

16 Set. 76

RICARDO BELTRAN RÓZPIDE.

17828
VIAJES

Y

(Voy 1847)

DESCUBRIMIENTOS

EFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA

EN SU RELACION CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFÍA

Y DE LA HISTORIA

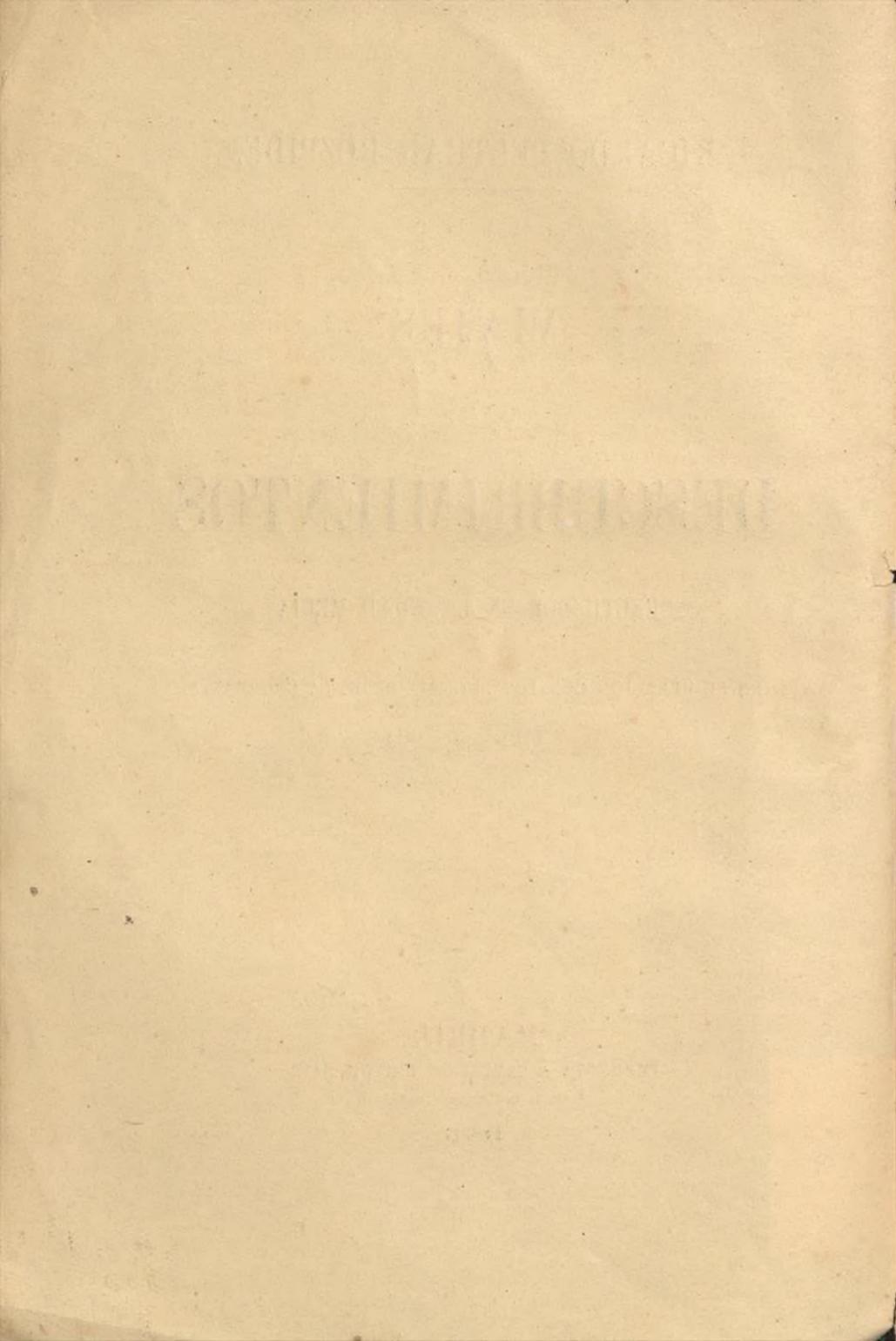
L. 2

MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Calle de la Colegiata, núm. 6

1876



~~42~~
1782
Aves 1847

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS.

Ricardo Bertram
Corpuse

1842

RESOLUCION

del Excmo. Sr. D. Juan Manuel de Rosas

VIJES Y DESCUBRIMIENTOS

del Sr. D. Juan Manuel de Rosas

Por el Sr. D. Juan Manuel de Rosas

ALIAS

DESCUBRIMIENTOS

EFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA

EN SU RELACION CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA

Y DE LA HISTORIA

Ricardo Bellán y Roldán

RICARDO BELLÁN Y ROLDÁN

MADRID

IMPRESA Y CARGO DE ESTOS LIBROS

En la calle de...

1878

VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS.

Quando al hojear un libro de Geografía ó un Atlas vemos descritos y delineados con admirable fidelidad y exactitud los múltiples accidentes de tierras y mares, siguiendo el curso de los rios, la inclinacion de las montañas, las sinuosidades de las costas, y sin más operacion que aplicar el compás sobre un pliego de papel nos es fácil decir la distancia que media entre dos lugares, calcular los días de viaje y prevenir los obstáculos que puedan ofrecerse, muchos de antemano ya conocidos; cuando, en suma, encontramos que nuestra vida se cumple en el siglo XIX y que, salvo los países centrales de Africa y Australia, algunos pormenores de Asia y América y los misteriosos Polos del Planeta, toda la Tierra la conoce y la domina el Hombre, mereceríamos que se nos tachara de egoístas é indiferentes, si recogiendo los últimos adelantos de la ciencia geográfica, diéramos al olvido los incesantes esfuerzos de animosos exploradores que vivieron en siglos pasados y que, sacrificándose consciente

76 S

VIAJES

Y

DESCUBRIMIENTOS

EFFECTUADOS EN LA EDAD MEDIA

EN SU RELACION CON LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA

Y DE LA HISTORIA

POR

RICARDO BELTRAN Y RÒZPIDE

MADRID

IMPRENTA Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Calle de la Colegiata, núm. 6

1876

ó inconscientemente en aras de las generaciones que hoy somos, consagraron sus días á la realización del gran pensamiento de estudiar y dar á conocer el Globo, á través de todo género de obstáculos y dificultades.

Es la Geografía ciencia que se ocupa en la descripción de la Tierra, abarcando el estudio de los elementos constitutivos del Globo, las variadas formas de la superficie del Planeta, los seres que en él viven y las relaciones mediante las que el Mundo del Hombre revela que es sólo un átomo de la creación divina: la Tierra en el Espacio, la Naturaleza en la Tierra, el Hombre en la Naturaleza, hé aquí la triple división de la Geografía en Geografía astronómica, física y humana. Mas sería empresa superior á nuestras fuerzas recordar los grandes acontecimientos y los gloriosos nombres que han venido á crear la ciencia geográfica desde las primeras edades en que la Humanidad, en alas de su inteligencia y en vías de indefinido progreso, fijóse en el fenómeno natural, y mediante observación sensible trató de buscar causas, leyes y principios. Una historia de la Geografía no puede ni debe ser asunto de nuestro trabajo; la materia es tan vasta y tan espinosa, que requiere algo más que un artículo ó serie de artículos, y así, en cuanto al tiempo, nos limitaremos á una de las tres grandes Edades en que universalmente se ha dividido la historia, y aún dentro de esta Edad circunscribiremos más nuestro objeto, porque, prescindiendo de los esfuerzos llevados á cabo por el Hombre en pro del mejoramiento de las ciencias físicas y astronómicas, nuestro punto de mira será preferentemente el viaje de

descubierta que tanto ha contribuido á acelerar los progresos de la Geografía descriptiva y política.

Perplejos ante aquellas tres Edades, dudando entre la antigua, la media ó la moderna, nos inclinamos á la Edad Media, edad, sin duda, la más interesante de todas, porque parece el crisol donde se funden los cuerpos simples de la naturaleza social humana para formar la sociedad moderna, porque en ella se rompe la unidad avasalladora del mundo antiguo, y razas y pueblos que vienen de ignotas comarcas recogen sus fragmentos y tejen la cuna de las nacionalidades contemporáneas y, finalmente, porque en la Edad Media, tras un momentáneo eclipse del saber de los antiguos, vuelve la ciencia á brillar con nuevos reflejos, gracias á la fecundante sávia que se produce por la mezcla y confusión de diferentes elementos de vida y de cultura. Y siendo este modo de ser el propio de todas las manifestaciones del espíritu en la Edad Media, claro que la ciencia geográfica no ha de presentarse como una excepcion: los conocimientos que había adquirido la antigüedad merced al genio aventurero de fenicios, griegos y cartagineses y al espíritu militar é invasor del pueblo romano, atesorados en clásicos libros y conservados por la tradicion en las regiones que baña el Mediterráneo, son la base, pero nada más que la base, de los libros, mapas y planisferios que producen árabes é italianos en los siglos XIII, XIV y XV: sobre aquella base se levanta algo original que no es griego ni romano y que nos muestra que hay en los hombres de la Edad Media, no sólo facultades receptivas, sino anheio tambien que les impulsa á ir tras lo desconocido y á apro-

vechar lo que el acaso les depare. Arabes y Normandos, Italianos y Portugueses recorren las tierras y las aguas sin temor á los desiertos ni á las olas: no siempre el noble deseo de labrar cimiento más seguro á la ciencia les gufa en sus viajes; mas si equiparando la ciencia á la moral despreciáramos sus conquistas cuando la intencion no es santa, pobre, muy pobre sería la cultura humana, y pecaríamos contra la ley divina que suple la ineptitud é imperfeccion del hombre con el azar y el centelleo misterioso de su omnisciencia en la razon. Lo cierto es que en el período que media desde las invasiones de los Bárbaros hasta los últimos años del siglo XV, á través del desorden con que se ofrecen los hechos y las doctrinas en aquellas edades, hallaremos datos más que suficientes para mostrar que el conocimiento de la Tierra como morada del hombre se va depurando merced á una serie continuada de viajes y exploraciones, realizadas por pueblos desemejantes en raza, en religion y en ideales artísticos.

En resumen: el fin que nos proponemos, como es obvio deducir de las anteriores líneas, es hacer una reseña histórica de los principales viajes y descubrimientos verificados en la Edad Media, para demostrar la influencia que ejercieron en los progresos de la Geografía y de la Historia.

Mas como en todo trabajo, literario ó científico, sea de la índole que quiera, es condicion esencial un plan ordenado, cumple á nuestro propósito fijar bien sus límites y determinar sus interiores partes. Abarcamos toda la Edad Media, la que empieza con la ruina total del Imperio romano y las irrupciones de los Bárbaros y termina con el triunfo de los Turcos

en Constantinopla, el descubrimiento de América ó la Reforma, que uno ú otros se han considerado como hechos culminantes que señalan el paso de la Edad Media á la moderna. De entre ellos elegimos el segundo, porque la última década del siglo XV, aquella que presenta en la Historia los nombres de Vasco de Gama y de Colon, abre nueva y fecunda edad en la historia de la Geografía, y nos impide pasar adelante cuando circunscribimos nuestro asunto á los descubrimientos y viajes de los tiempos medios, que estudiaremos atendiendo á cada uno de los pueblos que más activa representación ofrecen y á los hombres que personifican el genio del siglo y de la raza en las esferas de la Geografía política y descriptiva, no como cultivadores de esta ciencia, sino como observadores del hecho, su fundamento capital.

Bajo tal sentido podrá dividirse la historia de los viajes y descubrimientos realizados en la Edad Media en seis capítulos ó secciones, á saber:

- I. Los Pueblos Occidentales y los Bizantinos en los primeros siglos de la Edad Media.
- II. Los Arabes.
- III. Los Normandos ó Scandinavos.
- IV. Los Cruzados, los Mongoles y las primeras Embajadas al Asia.
- V. Marco Polo y viajeros de los siglos XIII, XIV y XV.
- VI. Los Portugueses.

I.

La sencillez y la inexperiencia del hombre que comienza á paladear las delicias y las amarguras de la vida culta, y el egoismo y la refinada molicie del hombre decrépito que desfallece agobiado por el vicio y la falta de sentido moral: hé aquí la sociedad Europea en este primer periodo de la Edad Media.

Cuando un pueblo pierde la fe y el sentimiento religioso sin adquirir por medio de la reflexion conciencia del bien y de los deberes y destinos del hombre, cayendo en la supersticion y el fanatismo, ese pueblo se halla irrevocablemente condenado á morir tras una agonía lenta y dolorosa: tal es el Imperio Bizantino. Muéstrase lo contrario en Occidente: no hay aquí un pueblo que agoniza, sino una civilizacion que nace; los Bárbaros se reparten los despojos del Imperio y construyen el cimiento de los grandes Estados europeos. Es este un periodo de gestacion: los Francos, los Anglos, los Sajones, los Germanos, los Godos eran paganos, infieles;

traían una civilización agreste y primitiva, pero la Iglesia los atrae, los convierte, los educa, en ella y por medio de ella encuentran las maravillas de la antigüedad, y recogiendo lo que pertenece á otra época y á otra cultura, lo hacen suyo, le imprimen un sello original y aspiran á trabajar por cuenta propia en el laboreo de la inteligencia humana.

Los pueblos bárbaros, al descender de sus estepas y bosques, cambiaron su vida nómada por la vida de la ciudad y del castillo, y ávidos de encontrar regiones más hospitalarias, habían llegado hasta las últimas tierras meridionales de la Europa romana. Y cuando las tribus que moraban en la Scandinavia tratan de seguir el ejemplo de sus hermanos, está ya la Europa central y meridional ocupada por las nuevas razas, y dejándose llevar de sus hábitos marítimos surcan y exploran los mares que bañan las costas de su Península. A la vez no satisfacía á la Iglesia la conversión de los Bárbaros que se enseñoreaban de las Galias, de España y de Italia; todos los hombres, de cualesquiera raza y condición que fuesen, debían grabar en su alma la nueva doctrina de paz y caridad, porque la religión de Jesucristo era una religión universal, y de aquí la predicación del Evangelio á todos los pueblos de la tierra. Y ya que los del Norte, los que habitaban las regiones del Báltico, del Oder y del Vístula, permanecían en aquellos sitios desconociendo las divinas máximas del Redentor, era menester que la Iglesia fuese á buscarlos en sus mismos hogares y arrojará en su suelo las primeras semillas de la civilización.

Viajes de Noruegos ó Scandinavos, misiones de la Iglesia cristiana; he aquí lo único que puede

servir á nuestro objeto en los primeros dias de la Historia occidental.

Los Scandinavos, eligiendo el mar como teatro de sus excursiones, prestan importantes servicios á la Geografía del Norte de Europa, y gracias al rey Alfredo de Inglaterra, á Adam de Brema y á los hermanos Zenó, puede hoy su historia enriquecerse con noticias y datos interesantísimos que hallan comprobacion en el libro conocido bajo el nombre de *Heims kringla* (1). Creemos necesario dedicar un capítulo aparte á los Normandos, así es que en este primero sólo haremos mencion de viajes anteriores al siglo X, dejando para más adelante aquellos que realizan en mares occidentales y tan dignos de estudio por el interes que han excitado al conocerse y por las relaciones que guardan con uno de los más notables acontecimientos de la historia de la geografía y de la historia del mundo.

Alfredo el Grande, rey de la Anglo-sajones de la Heptarquía, inserta en su traduccion de Orosio dos relaciones de viaje, la del danés *Wulfstan* y la del noruego *Other* que visitaron las comarcas septentrionales de Europa.

Wulfstan se hace á la mar en un puerto del Sleswig, navega durante siete dias por el Báltico, llega á la desembocadura del Vístula y termina su expedicion en Truso, ciudad mercantil situada en las inmediaciones de Elbing. Indudablemente aquellos mares los conocían ya los daneses; así es que

(1) Crónica de los Príncipes noruegos de Islandia, por Snorre Turlesson (siglo XII).

lo importante para los progresos de la Geografía se halla, no en que *Wulfstan* explorara las costas más cercanas á su patria, sino en las relaciones que mediaban entre Anglo-sajones y Daneses, que permitieron á Alfredo el Grande suministrar nociones muy nuevas sobre la Geografía del Norte de Europa en la descripción del mundo que sirve como de prólogo á la traducción de la Historia universal de Orosio.

Other, hombre acaudalado, nacido en uno de los cantones más septentrionales de Noruega, entró en deseos de averiguar hasta dónde llegaba su tierra hácia el Norte, y caminando en este sentido, tras algunos días de viaje, primero por los desiertos ó estepas que hacen casi inhabitables las regiones comprendidas entre el mar y los montes Dofrines, y después navegando sin perder de vista la playa, toca en la desembocadura de un gran río, quiere remontarlo, pero la hostilidad de los hombres que pueblan sus orillas, los primeros que encuentra desde que abandonó su país, le obliga á desistir de su propósito. Sigue adelantando hácia el Norte; un mar inmenso, sin límites, se ofrece á su izquierda, tierras desiertas á la derecha. De vez en cuando interrumpe la monotonía del paisaje la aparición de pescadores Fineses ó Beormas que persiguen la ballena ó el morso: entónces *Other* desembarca, conversa con ellos y escucha maravillosas relaciones. La Biarmia ó Permia, costa habitada por los Samoyedos, es el último punto á donde llega *Other*, después de un verdadero viaje de descubierta que justifica el sobrenombre de Nuevo Pytheas con que algunos historiadores le designan.

Tierras que los Romanos habían presentido sin poder determinar su forma ni su extension, hombres que vivían ignorados del resto del mundo, van á entrar en los dominios de la Geografía y de la Historia, merced á la loable curiosidad de *Other* y á las nobles aspiraciones del rey Alfredo de Inglaterra que, no satisfecho con lo que decían las Historias eclesiásticas del venerable Beda y de Orosio, añade de suyo todas las noticias de su época referentes á la Germania y pueblos Scandinavos: Aquellos hombres oscuros, intratables, que recibieron en són de guerra al audaz Noruego, se llamarán Normandos, y cuando el Feudalismo va á destrozarse el vasto Imperio de Carlomagno, los Normandos ayudarán al Feudalismo, se harán dueños de feraces provincias en Francia, en Inglaterra y en Italia, y llegarán á pasear sus toscas naves por el clásico mar Mediterráneo: entregando su destino á las olas, haciendo del mar su mundo y del barco su vivienda, piratas y corsarios, representan en la historia la última invasion de los pueblos del Norte. Sólo cuando ellos vienen, y fijándose en tierra se hacen señores, duques y reyes, puede decirse que empieza la Edad Media: los tiempos que corren desde Honorio hasta la muerte de Ludovico Pio, parecen tiempos de transicion entre la Edad antigua y la Edad media.

Se encuentran, además, en la traduccion del rey Alfredo, datos de no escaso interés y relativos á *Wulfstan* para el estudio de los orígenes de determinados pueblos y de las costumbres propias á los que moraban en los alrededores del Vistula. *Wulfstan* señala la isla de Bornholm con el nombre

de Burgendelandia, palabra que involuntariamente hace pensar en los Burgundos ó Borgoñones: habitaban éstos las riberas occidentales del Vístula, los terrenos donde hoy se levanta la ciudad marítima de Dantzig, y no es de extrañar que desde este punto recorrieran el corto trayecto de mar que los separaba de Bornholm y dieran su nombre á esta isla. Háblanos de la ciudad de Truso, situada más allá del Vístula, y nos refiere que los Estios—hombres del Este—bebían leche de yegua, no sepultaban en invierno á los cadáveres y los bienes del que moría se entregaban al mejor jinete de la tribu. Secreto que guarda todavía la Historia es el de las emigraciones y movimientos de razas y pueblos que allá en las entónces desconocidas regiones del Norte de Europa produjeron y continuaron la terrible avalancha humana que se conoce con la frase de *Invasión de los Bárbaros*. Las indicaciones de *Wulfstan* empiezan á aclarar algo este punto oscuro, teniendo presente las costumbres de los que moraban al Oriente del Vístula: algunas las conservaban los Rusos á mediados del siglo XVI y otras traen á la memoria las devastadoras falanges de Atila; así es que no puede asegurarse que en la época del viajero danés hubiera desaparecido ya todo contacto con los Hunnos: los Estios parecen tribus mixtas de raza Slava y Turaniense. Y en general, si se han de estudiar con algun fruto los orígenes históricos de Prusia, Rusia y Polonia, preciso es atender á las noticias que Alfredo el Grande recogió de *Wulfstan* en su descripción del mundo.

A la vez el proselitismo religioso proporcionaba

nuevos elementos de vida á la Historia y ensanchaba los límites de la Geografía por medio de los predicadores de la fe. El célebre apóstol de Alemania, *San Bonifacio*, hace oír la doctrina del Salvador á los pueblos que vivían al Oriente del reino de los Francos, marcha despues á los países donde moraban los Slavos, y desde allí remite á los Pontífices curiosas cartas, dándoles cuenta de todas las noticias que había podido recoger acerca de las tierras, costumbres é historia de los pueblos á quienes predicaba el Evangelio. La descripción que de estos países hizo no fué tampoco perdida para Alfredo el Grande, pues á ella se atuvo principalmente en lo que se refiere á los Slavones. Así, mediante los esfuerzos de *San Bonifacio* y otros ilustres misioneros, ibanse conociendo las naciones establecidas en las comarcas que riegan el Oder y el Vistula, y los hombres del Sur se daban la mano con los marinos del Norte. *Oton*, obispo de Bamberg, predicó á los paganos de la Pomerania y llegó hasta la isla de Rugen. En tiempo de Oton II figuran ya en la Historia los Polenos ó Polacos, y reinando Lodovico Pío, el monje *Anscario* visita á Dinamarca y Suecia, casi desconocidas del resto de Europa: el diario de sus viajes, hoy perdido, sirvió á Adam de Brema dos siglos más tarde para la descripción de los países del Norte.

Otro hecho que ha de influir notablemente en beneficio de las ciencias histórico-geográficas es el de las Cruzadas. Pero ántes de realizarse la gran lucha entre los sectarios de Cristo y de Mahoma, se prepara el terreno merced á las peregrinaciones que contribuyen á desarrollar en alto grado el es-

piritu de observacion. Allá en la Palestina murió el Hijo de Dios, y el peregrino atraviesa la Europa y sufre los rigores del clima y la malevolencia de los hombres, para ir á postrarse ante la santa piedra que le revela un mundo de dicha y de ventura. El Asia menor, las islas del Archipiélago, la Siria, las costas de Africa, regiones son conocidas ya de antiguo; mas el hombre de la Edad Media, que ha olvidado su cuna, vive en completa ignorancia de los países y pueblos del Oriente: el sentimiento religioso será la primera causa de relaciones entre el Europeo y el Asiático, y estas relaciones redundarán en pró de la Geografía, porque cuando los peregrinos vuelvan á sus campos, á sus castillos, á sus conventos, describirán detalladamente las tierras que han visto y se harán lenguas de las raras costumbres y extravagantes usos de los pueblos que han tratado. Entónces la fantasía tiende sus alas y la verdad se cubre con multitud de formas seductoras y extrañas, inseparables de gentes que viven en una sociedad rudimentaria y que empiezan apenas á dejarse llevar por la corriente de la civilizacion. Sin embargo, otros peregrinos que por su estado social han hallado medios de recibir una instruccion superior á los hombres de su tiempo y comprenden la utilidad de fijar las propias observaciones, escriben la relacion de sus viajes: esto hicieron *Arculfo*, obispo frances, y *San Villibaldo*, obispo de Auchstedt. El primero, al finalizar el siglo VII fué en peregrinacion á Tierra Santa y visitó á Jerusalem y Jericó, el mar Muerto y el lago de Tiberiades, la Samaria y la vasta llanura de Gazan; en suma, todos los lugares que inmortalizaron

el Antiguo y el Nuevo Testamento, no omitiendo en la descripción de las comarcas que recorrió á Tiro, Damasco, Alejandría y otras ciudades célebres en la historia profana. Algo más tarde, en 730, es cuando el inglés *Vilibaldo* abandona su patria y pasando por Italia y la isla de Chipre, se dirige á Palestina para visitar, con escasa diferencia, los mismos lugares que fueron teatro del viaje cumplido por *Arculfo*.

Muy pobres y escasos eran los conocimientos geográficos en aquellos siglos de barbarie; pero estas y otras expediciones anteriores contribuyeron á fomentar algun tanto la afición á describir el mundo: pruébalo así el mapa que en el siglo VII poseía San Galo, fundador de la abadía de su nombre, el mapa que se conserva en la biblioteca de Turin, compuesto en 787, y las tres mesas de plata de Carlomagno, que figuraban la Tierra, Roma y Constantinopla.

En los primeros dias de la Edad Media, la audacia del marino y el entusiasmo religioso aparecen como causas primeras de perfeccion y adelanto en la ciencia que busca el conocimiento de la Tierra. Así lo confirman las exploraciones verificadas en los mares y países del Norte de Europa y los viajes ó peregrinaciones llevados á cabo por los que pertenecen á la religion de Cristo y sienten en su alma vivo deseo de contemplar los lugares que vieron nacer, padecer y morir al Reformador de los hombres. Pero á la vez que los pueblos de Occidente tienden á esparcir la vida dirigiendo su actividad á las regiones orientales, es Asia teatro de invasiones, guerras y conquistas, que hacen pasar sucesi-

vamente el señorío de aquel antiguo mundo á los Persas, á los Arabes y á los Turcos. El que tiene á gala llamarse heredero de los Césares se ve con frecuencia obligado á pactar tregua deshonrosa con los adoradores del fuego ó á aplacar con oro la sed de conquistas de los guerreros musulmanes, y de aquí embajadas y misiones políticas que contribuirán á enriquecer la Geografía y á facilitar los estudios históricos.

También el comercio, verdadera palanca que remueve todos los obstáculos que se oponen á la constitucion de la gran familia humana, empieza á producir eficaces resultados cuando todavía los pueblos que llenan la segunda Edad de la Historia mantienen vivos sus odios de raza y su antagonismo religioso. Dizabul, khan de los Turcos, desea encontrar mercados para sus sedas y envía un embajador á Justino II, sucesor de Justiniano; se firma un tratado comercial y al regresar el turco á su país, acompaña el griego *Zeimark*, primer europeo que penetra en las apartadas regiones del Asia Central, desconocidas de los geógrafos griegos y romanos. Suena ya en la Historia el nombre del pueblo Turco, y la Geografía, la Etnología, la Historia política extienden sus dominios más allá de la Transoxiana y del monte Imaus, lugares que los clásicos suponían poblados de seres quiméricos ó cubiertos por las aguas del Océano. Las comarcas que bañan los rios Si-hun y Tchui, así como las tierras que visitó *Zeimark* cuando se dirigía al corazón del Turkestan, fueron descritas por Menandro, autor contemporáneo, en las historias de Justino y Tiberio, y otro historiador de los primeros años del siglo VII,

Simocata, continuando á Menandro, consagró sus estudios á las tribus asiáticas turcas ó húngnicas, aunque concediendo más importancia á su historia y costumbres que á la geografía de sus comarcas. Las nuevas y curiosas noticias que uno y otro reunen fueron utilizadas por el emperador Constantino Porphirogénito en el libro que escribió para la educación de su hijo Romano II, y en la *Recopilación de Embajadas*.

Un mercader griego que moraba en Egipto, *Cosmas Indopleustes*—viajero cosmógrafo en la India, según M. Charton,—á principios del siglo VI tomó el hábito y escribió en doce libros una obra intitulada *Topografía cristiana del Universo*, donde expuso doctrinas de algunos Padres de la Iglesia sobre el sistema del mundo y resumió todos los errores de su tiempo acerca de la forma de la Tierra: esta es plana, hablar de los antípodas es hablar de un grosero absurdo y la noche es efecto de la ocultación del Sol tras una gran montaña. Nosotros debemos prescindir y prescindimos de tales disparates científicos; buscamos sólo al viajero, y entónces encontramos que ha recorrido la India hasta Siedeiba—Ceilan—y tal vez el reino de Axum ó actual Abisinia, pues nos le cita sin afirmar terminantemente que le hubiera visitado. En esta parte la obra de *Cosmas* es de alguna utilidad, porque muestra un espíritu observador que le lleva, no sólo al mero estudio geográfico de aquellos países, sino también á consignar en su *Topografía* el genio y carácter de los hombres, la especialidad de las producciones del suelo y de sus industrias favoritas, y en su afán de recoger noticias y curiosos da-

tos, copia la célebre inscripción de Adulis, preciada fuente para la historia y geografía del reino de Axum.

A lo dicho puede reducirse todo lo que en los primeros días de la Edad Media se hace en pró de la Geografía y de la Historia. Merced á los viajes de *Wulfstan*, *Other* y *Cosmas*, á las misiones de los apóstoles del Evangelio y á las embajadas y relaciones políticas y comerciales de los Bizantinos ó Griegos con los dominadores de Asia, complétase el conocimiento que los clásicos tenían acerca de varias regiones del Norte y Oriente, y se avanza algo en esta dirección, salvando las barreras que circunían el mundo de los antiguos. La India, Ceilan, Abisinia, los países orientales del Caspio, los mares del Norte de Europa, no fueron lugares completamente desconocidos para los romanos, sino poco y mal conocidos; ménos noticias tenían acerca de los valles del Imaus y el Altai, y ahora las tribus que moran en estas comarcas se ponen ellas mismas en camino de figurar dentro de la Historia, porque los pueblos tienden, áun sin darse cuenta de ello y por diferentes medios, á comunicarse las creaciones de su espíritu y los productos de su ingenio y de su industria.

Pero todo es rudimentario é imperfecto, como imperfecta y rudimentaria es la sociedad en cuyo seno se verifica el renacimiento, transformación y progreso de las ciencias y de las letras; todo requiere tiempo: la Humanidad, considerada en conjunto, procede en su carrera histórica lentamente y por grados, como si fuera guiada por oculta mano

que compensa el entusiasmo y el fuego de la juventud con la calma y la experiencia de la ancianidad. Sería desconocer la Historia en el hecho y en la ley afirmar que en el período Bárbaro-cristiano pudo la Geografía acaudalarse con más valiosas adquisiciones; los hombres de aquella época hicieron lo que podían hacer, dar el primer paso: muy pronto, en este mismo período, los Normandos, los reyes del mar, llevan sus barcos hasta las playas de un mundo que ellos conocieron cinco siglos ántes que las naciones más cultas de Europa; los Árabes continúan la obra de *Cosmas*, y la fe religiosa y la codicia mercantil extienden el campo de la Geografía desde los mares de la China hasta las costas occidentales de Africa. Monjes y legos heredan las aspiraciones de *San Bonifacio* y de *Zeimark*; los Khanes tártaros reciben en sus tiendas á enviados de la Iglesia y á embajadores de los príncipes cristianos y, por último, aparecen en la historia de los descubrimientos geográficos, *Marco Polo*, el viajero infatigable, y los Portugueses, los Fenicios de la Edad Media; aquel explora las tierras interiores de Asia, surcan éstos los mares occidentales de Africa, y uno y otros, á la vez que estimulan la actividad del marino y despiertan febril entusiasmo en el ánimo del viajero, aportan á la ciencia nuevos elementos de vida, contribuyendo á popularizar opiniones, teorías, sistemas que llevarán á *Cristóbal Colon* hasta las playas de América, y á *Vasco de Gama* hasta las costas de la India.

II.

Confusion de razas y de pueblos es la ley predominante en la historia de la Edad Media: los descendientes de Sem y los hijos de Jafet, el Germano y el Griego, el Slavo y el Romano, el Árabe y el Judío, todos juegan importantísimo papel en aquellos siglos de carácter preferentemente religioso y militar. La religion santifica la guerra, y la guerra es el crisol donde van á fundirse tantos y tan diversos elementos. La guerra pone en contacto á las gentes del Septentrion con el culto griego y el romano político, y la guerra enlaza las tradiciones orientales con los destinos de Occidente. Hay un vencedor y hay un vencido, y aquel inclina su frente y pide al vencido el pensamiento y la idea. El mundo antiguo no ha muerto. Y uno de los elementos que mejor refleja la admiracion del hombre que nace á la vida culta por la cultura que fué, es el elemento semita-arábigo-musulman, digno de estudio, porque llega á formar reinos é imperios, y abrazando su poder los dos extremos de Europa, hay un natural

estímulo que le lleva á ensanchar el mundo para extender sus dominios.

La situacion de la península Arábiga, entre el mar Rojo y el golfo Pérsico, entre el Egipto y la India, asegúrale grandes ventajas políticas y comerciales, y por esto, desde muy antiguo, habíase dado el árabe á la navegacion y al comercio. En la parte central moraban las tribus del Hedschaz, raza vigorosa y noble, caballeresca y de imaginacion fecunda. Nómadas, y aislados del resto de los pueblos asiáticos, salvo de aquellos que habitaban las costas del mar Rojo y el golfo Pérsico y tal vez del mar de las Indias, llegó el día en que los arabes á la voz de un profeta salieron bruscamente de su oscuridad y trasformaron el mundo moral y materialmente. Y esto lo hicieron con una actividad asombrosa; aún no había terminado el siglo VII y ya extendían sus conquistas hasta el reino de Cabul, hasta las provincias de Kaschgar y el Pendjab, y tocaban la extremidad occidental de la costa africana. Su guerra era guerra santa, porque buscaban creyentes del único Dios, aspirando á fundirse con los pueblos vencidos, mas sin abjurar de sus costumbres y tradiciones, tal vez porque se movían siempre dentro de una misma faja de tierra, y por consiguiente en climas análogos. De esta manera les fué ya posible en el siglo IX vivir en frecuentes relaciones de comercio con la Europa septentrional y el África oriental, con Madagascar, con la India y con la China, en tanto que el esplendor de la filosofia y de las letras, y el cultivo de la medicina, fisica y matemáticas, immortalizaban las academias y escuelas de Córdoba y de Bagdad, escuelas y academias donde no apare-

ció una ciencia nueva, donde lo que se hizo fué buscar y reunir los elementos dispersos del saber de los clásicos para atesorarlos con los elementos de la cultura oriental.

Todas estas circunstancias son parte á que podamos asignar como causas que dieron á los Arabes gran importancia en geografía, las siguientes:

1.^a La dilatada extension del Imperio musulímico.

2.^a El proselitismo y la peregrinacion á la Meca.

3.^a El impulso dado á la inteligencia por las escuelas de Bagdad y de Córdoba.

4.^a Su antigua aficion al comercio, aumentada á la par que fué creciendo su poder y su fe.

Así, la Geografía, la Etnología y la Historia ensanchan sus horizontes, y unos hombres llevados por la audacia interesada del comerciante, y otros por amor á la religion ó por el deseo de ver y estudiar tierras y pueblos desconocidos, realizan grandes exploraciones y notables descubrimientos. Llegan los Árabes á las mesetas del Asia central, y allí se encuentran en las fronteras del Imperio chino; salúdanse con las armas, pero pronto esa region de Asia tan suspicaz con el extranjero, entra en relaciones con los comerciantes musulmanes, y recibe una embajada de Harum-al-Raschid. Tribus enteras de las orillas del Niger abrazan el Islamismo, y las grandes caravanas que atraviesan el desierto abren nuevos caminos de vida á gentes semi-salvajes. Además, la Arabia es una península, constantemente las olas van á romperse en sus playas, y familiarizado con aquel espectáculo, no arredran al Árabe los peligros de la navegacion; hombres de la Arabia son

los que hicieron aquellos remotos viajes á la India, de que nos habla el Antiguo Testamento. Sin embargo, para ser imparciales, preciso es reconocer que los viajes marítimos de los Árabes influyeron muy poco en lo relativo á un mejor conocimiento de la configuracion y forma de nuestro planeta; África continuaba siendo una isla separada de otras tierras por el Nilo, el mar Caspio no tenía límites y el mundo terminaba en las Columnas de Hércules, perdiéndose por entónces el recuerdo de los viajes, históricos ó legendarios, de fenicios, griegos y cartagineses. A nuestro modo de ver, la causa de este fenómeno es el predominio del interes mercantil sobre todos los demas intereses humanos. Cierta que en la historia de los descubrimientos geográficos juega gran papel el mezquino interes de la riqueza y la inmoderada codicia que, lanzando á los hombres á locas aventuras, llévanlos á ignotos países donde habitan razas tambien desconocidas; pero no es ménos cierto que el afan de lucro y el egoismo del comerciante desdeñan, por lo general, todo lo que no sirva á sus fines, y como al mercader le importa muy poco la forma ó límites de tierras y mares, y como el interes que le guía es un interes puramente privado, se comprende que las excursiones marítimas de los comerciantes Árabes no tengan la importancia que los viajes de fenicios y cartagineses, empresas que parecían nacionales y cuyo objeto era descubrir nuevas rutas y explorar apartadas regiones, con ulteriores designios de colonizacion.

El Árabe santifica el comercio, y sin embargo, no logra un poderío marítimo que pueda competir con su poderío terrestre. Al comenzar la predicacion de

Mahoma sus naves eran tan toscas que no señalaban ningun progreso sobre los bajeles usados siete siglos ántes de Jesucristo. Despues que las conquistas le llevaron á establecer relaciones con otros hombres y pueblos, encontrando su actividad más amplia esfera para el comercio, aumentó su importancia marítima, é innumerables velas surcaron el golfo Pérsico. Pero, no obstante, el principal comercio quedó limitado á los mares del Sudeste; visitaron los Árabes la isla de Ceilan y las Maldivas, supónese que tambien las de la Sonda, y hay quien cree hallar en las fabulosas islas de Wakwak las Molucas: hácia el Oeste fundaron establecimientos en las costas orientales de Africa, en Zanguebar, Mozambique y Sofala, hasta los territorios cercanos á la Cafrería. Mas repetimos que el pueblo árabe no fué un pueblo marino; el afan de sus Califas era engrandecer el imperio de Mahoma con sus ejércitos de tierra firme, y los esfuerzos del navegante quedaron siempre aislados y sometidos al interes individual. El viajero será un *turista*, un curioso, si no es un comerciante, que al volver á sus hogares contará las maravillas que ha visto, exornadas con todo el aparato de una imaginacion oriental, y áun estas excursiones legendarias se encerrarán dentro de un estrecho circulo de personas.

Se ha, con todo, afirmado que los Arabes conocieron las islas Canarias, que avanzaron hácia el Oeste por el mar Tenebroso ó Atlántico y que las quillas de sus barcos habian cortado las aguas del Báltico y de los mares del Norte. Cuéntase que ocho habitantes de Lisboa partieron de esta ciudad en 1147 con ánimo de llegar á los últimos límites del

Océano, y después de larga ausencia regresaron hablando de grandes maravillas y portentos, haciendo cundir la idea de que aquellos mares estaban vedados al hombre, porque los cubrían eternas tinieblas: esta es la empresa de los *Magrurinos* ó desengañados, conceptuada hoy como fábula por la mayor parte de los historiadores, y que, áun caso de ser hecho real, ella misma prueba su importancia escasa ó nula para la ciencia geográfica. A mediados de este siglo comenzó á ponerse en duda que las islas Canarias hubieran sido visitadas por bajeles árabes, y Joaquin José da Costa da Macedo publicó en 1844 una *Memoria em que se pretende provar que os Arabes nao conhecerao as Canarias antes dos Portugueses*. Respecto á las monedas árabes encontradas en las regiones septentrionales de Europa, como Suecia y Noruega, Humboldt opina, y con gran fundamento, que provienen, no de viajes marítimos, sino de las relaciones comerciales entre Arabes y Slavos, muy extendidas en el interior de las tierras.

Para conocer más en detalle el valor y representación del pueblo árabe en la historia de la Geografía, digamos algo, siquiera sean escasas palabras, acerca de sus principales viajeros, debiendo ántes advertir que algunos se distinguen más como geógrafos, y de aquí dificultades cuando se trata de averiguar las tierras que ellos mismos visitaron y aquellas de que sólo hablan por referencias. Y si á esto agregamos la acción del tiempo y la ignorancia del idioma, que han hecho desaparecer monumentos y relaciones de gran importancia, comprendemos que la influencia de la cultura arábica en los

progresos de la Geografía no puede considerarse de modo que llene cumplidamente las aspiraciones de un espíritu investigador de la verdad.

Entre los cultivadores de la ciencia geográfica que pueden unir á este título el de viajeros, merecen el primer lugar *Massudi* é *Ibn Hankal*.

Hácia el año 915 residía *Massudi* en Istakan, la antigua Persépolis; desde este punto se dirigió á la India, visitó despues la costa oriental de Africa y regresó por el Mediodía de la península Arábiga. Los originales de su más importante obra se han perdido, aunque no há mucho tiempo corrió la voz de haberse descubierto un ejemplar en Constantinopla. Por fortuna, consérvase un extracto de dicha obra con el título de *Praderas de oro y minas de piedras preciosas*, donde se describen varios países de India y Oriente de Africa con cierta tendencia muy marcada al reino mineral, sin prescindir por eso de los demas elementos naturales, indispensables para una descripción completa y acabada. En este extracto se hallan las relaciones de *Wahab* sobre la India y China, publicadas en frances por el padre Renaudot.

Ibn Hankal, nacido en Bagdad, es un infatigable viajero que durante treinta años recorre y estudia todas las comarcas que obedecen la voz de los Califas. Su libro *Rutas y Reinos*, escrito en 976, entra más de lleno que el de *Massudi* en los dominios de la Geografía; es una descripción geográfica, política y estadística de las provincias que constituyen el imperio del Islam, basada en los viajes del autor y tal vez en obras de geógrafos anteriores, como las de *El-Istakiri* y *Abu-Seid* (870).

Enviados del sultan Muktadir-Billah cerca del rey de los Búlgaros, lograron su conversion en 924, y en una segunda embajada fué á la Bulgaria *Ibn-Fozlan*, que escribió la relacion del viaje: de ella se conservan numerosos fragmentos que dan á conocer las comarcas del Volga y suministran preciosos datos sobre los primeros tiempos históricos de la nacion rusa. Ya en el siglo anterior *Sallan el Intérprete* había explorado los alrededores del mar Caspio, por orden del califa Vatek, en busca de las comarcas hiperbóreas de Og y Magog, citadas en el Coram, casi en la misma época que el noruego *Other* visitaba la Rusia septentrional.

¶ Pero entre todos los viajeros musulmanes, el más notable es, sin duda alguna, *Ibn-Batutah* ó *Abdallah El Lawali*. Vivía en Tánger y dedicó sus primeros años al estudio de las leyes; mas la ciencia del derecho no logró enseñorearse del alma de *Batutah* hasta el punto de que olvidara otras esferas del saber humano, sino que junto á las leyes penales y civiles formaban amigable consorcio las descripciones del mundo y los libros de Geografía, ya escritos y conocidos en su tiempo. Había nacido en tierras que lindaban con el mar Tenebroso, los últimos confines del mundo, y allí nada veía ni nada vieron los que ántes de él cultivaron la geografía descriptiva; por el contrario, en el Oriente, los mares y golfos que al Sur bañan las playas asiáticas no agitaban sus aguas en una noche sin fin, brillaba el sol y había estrellas para guiar al viajero ansioso de descubrir las islas que encerraban en sus entrañas el diamante, que mezclaban con sus arenas las arenas de oro, y que en medio de una frondosa vege-

tacion ofrecian al audaz mercader los tan codiciados árboles de las especias. No hay en el Oriente montaña, mar ó lago que, cual otras columnas de Hércules, señale por aquel extremo limites al mundo, y el Oriente es el teatro donde *Batutah* va á representar su papel de viajero: quiere ser testigo de aquellas maravillas que lee, se ahoga dentro de los muros de Tánger, y en 1325 sale de su ciudad natal, y como buen creyente se encamina á la Meca. Antes de llegar á la ciudad Santa se detiene en Egipto é intenta remontar el Nilo; cumplido su deber religioso, penetra en Siria, y despues de recorrer Persia, Irak y Mesopotamia, se dirige á Aden, atraviesa el mar Rojo y hace alto en Abisinia. Desde aquí, y costeano la península Arábiga, se encamina á las islas del golfo Pérsico, famosas por sus perlas y sus inmensos aromáticos bosques, para volver pasos atrás, llegando á la Meca en 1332.

Segunda expedicion en Egipto hasta El Cairo y vuelta á Siria, de donde resuelto á aventurarse en territorios ménos conocidos, marcha al Asia menor, se embarca para Crimea y el Kaptschak y avanza hasta Bolghar, capital de la Bulgaria, ya descrita por *Ibn-Fozlan*.

Hasta aquí habian llegado los Arabes; lo que hoy es la Rusia Central estaba poblado de séres quiméricos y extrahumanos: hácia Asia, el país de Gog y Magog era el más septentrional del mundo, defendido y separado del resto de los hombres por una inmensa muralla, espesa nieve, lúgubres desfiladeros y fragosas montañas, que encerraban espantables y fieros moradores, porque allí donde los sentidos ó la razon no alcanzan, súpuelos la fantasía, y

entonces aparecen la leyenda y la fábula, que se forman siempre en torno de algo real é histórico, porque la imaginacion no crea, en el propio sentido de esta palabra, sino que sobre un hecho cierto, por más que sólo contenga un átomo de verdad, se levantan todas las grandes concepciones de la fantasía, y por esto es posible descarnar el mito, el cuento, la fábula ó la leyenda, y ver en su fondo la historia de un pueblo que empieza á vivir y los caracteres morales y artísticos de la raza á que pertenece.

Las gentes de la Bulgaria dijeron á *Batutah* que más allá de los confines de su reino se extendía un vasto desierto que era preciso atravesar en cuarenta dias de camino, por lo ménos, para llegar al país de las Tinieblas, poblado de seres que más parecían genios que hombres. Gran aliciente para el atrevido viajero; aquellas tierras desconocidas le atraen, acomete la empresa de explorarlas, pero al encontrarse solo en el desierto, bajo un cielo triste y brumoso, que no cobija ni un árbol ni una choza, decae su entusiasmo; aquellas soledades sin fin arredran á *Batutah*, que desiste de su proyecto y baja á Constantinopla, desde donde toma el camino del Kiptchak, y dejando el mar Caspio al Sur, penetra en Asia, atraviesa el Kharizim ó país de Khiva, la Bukaria, el Korasan y el Kandahar, hasta el valle del Indo, y avanzando más allá de este rio, llega á Delhi, bellísima ciudad, donde parece que abandona su pasión por los viajes para volver á sus antiguas costumbres y ser el representante de la ley y del derecho. El emperador Mohamed le nombra cadí de la ciudad y permanece dos años en Delhi

ejerciendo tan elevadas funciones: comprometido en una supuesta conspiracion, ve en peligro su vida, pero el Sultan, rindiendo homenaje á sus vastos conocimientos geográficos y al trato frecuente que en anteriores viajes había tenido con tribus mongolas, le encomendó una mision para el emperador de China. Los pueblos rebeldes al yugo de Mohamed atacaron su escolta, y *Batutah* cayó prisionero; logró fugarse, y despues de mil penalidades regresó á Delhi, donde se organiza nueva expedicion que atravesó con más fortuna el país rebelde.

Batutah, tomando la ruta del Mediodía, visitó primero los puertos occidentales del Indostan, desde Cambaya hasta Calicut, y escoltado por juncos chinos, verdaderos jardines y casas flotantes, que conducían los magníficos presentes del soberano de Delhi al Hijo del Cielo, se dirigió á la ciudad de Khambaluk ó Pekin. Pero durante la noche una violenta tempestad echa á pique sus barcos, y las furiosas olas se apoderan de riquezas sin cuento. *Batutah* ya no se atreve á presentarse á Mohamed, abandona su servicio y se embarca para las islas Maldivas, donde permanece año y medio y casa con tres mujeres. El encono de un visir, que envidiaba su reputacion, le obligó á emprender de nuevo su agitada vida; entónces se embarca para Ceilan y visita á Sumatra, Java y las principales ciudades del Celeste Imperio.

Hasta aquí llega *Batutah*; los montes In-Chan le cierran el paso, la Mandchuria y la Siberia escapan todavía á los esfuerzos de los viajeros de su siglo; pero hombres del Mediodía, hombres que pertenecen á un pueblo culto y que se halla en incesante

contacto con los pueblos que limitan la cuenca del Mediterráneo, exploran, como éstos, las regiones más elevadas del Asia central, primera vivienda del hombre, que olvidó al pasar á tierras de Occidente. *Ibn Batutah* es el Marco Polo de la civilización musulmana.

En 1350 regresaba *Batutah* después de veinticinco años de ausencia. Pero aún no habían terminado sus viajes: en 1352 el sultán de Marruecos le confió una misión para los negros habitantes del otro lado del Sahara y, trasponiendo el Atlas, visitó á Timboctu y los bárbaros pueblos del Sudan, regresando á Marruecos para establecerse en Fez y morir en 1377.

Estos son los viajes del famoso musulmán *Ibn Batutah*: la narración original se perdió; sólo quedaron algunos extractos á que han acudido los modernos historiadores de la geografía y que han sido traducidos al francés por M. Defremery.

Veamos ahora qué merecimientos alcanzaron los Arabes en sus excursiones marítimas.

A principios del siglo IX un mercader de Bassora llamado *Suleiman* surcó el golfo Pérsico y mar de Oman, atravesó el Océano Indico, hizo escala en multitud de islas, Ceilan, Nicobar, Andaman y Sumatra, cuyas minas de oro pondera, y dejando atrás á Malaca y el golfo de Siam, penetró en los mares de la China cinco siglos ántes de *Batutah*. Hé aquí la superioridad, cuando se trata de descubrimientos y de relaciones entre pueblos, de los viajes marítimos sobre los terrestres; no en balde se ha dicho que la civilización se halla en razón directa de las millas de costa que un país tiene, por-

que el mar no separa sino que une á los hombres y á los pueblos, porque las tempestades y las borrascas son siempre peligros que pasan, son á veces la mano de la Providencia que impulsa al hombre hácia el hombre para aumentar la gran familia humana; porque los desiertos de cálidas arenas ó de blanca nieve y las montañas y los hondos valles son obstáculos permanentes que enervan la actividad y abaten la audacia del viajero.

Ya en el siglo IX el comercio se había extendido por Oriente hasta el punto de que juncos chinos abordaban á puertos musulmanes, y así se comprende que *Suleiman* no marchara al acaso, sino en busca de aquellos lugares de donde venían el té y la porcelana. Pero *Suleiman* era un mercader, y si aquella atrevida expedición pudo proporcionarle los productos que deseaba, quedó satisfecho y no aspiró á más: otro árabe, *Abu-Zeid*, fué quien escribió ó completó las relaciones del viaje de *Suleiman*, adicionándolas con las de algunos otros marinos, principalmente con las de *Ibn Vahab*, que hácia el año 875 navegó por los mares de la China y desembarcó en este oscuro país. Ofrecenos la obra de *Abu-Zeid* la primera relación de las comarcas chinas, relación conocida há tiempo en Europa, gracias al abate Renaudot (1).

Batutah, *Massudi*, *Hankal*, *Suleiman* y *Vahab* son los musulmanes que deben figurar en primera línea como viajeros que contribuyen á extender los dominios de la Geografía, recorriendo lugares poco

(1) *Anciennes relations des Indes et de la China*, 1718.—*Jour Asiat.* sept., 1846.

ó nada conocidos: tras ellos pueden citarse algunos nombres de menor importancia, como *Albiruni*, que de 1000 á 1014 acompaña á la India al sultan Mahmud de Ghazni, y recoge datos de algun interes sobre las provincias del Norte del Indo, y el español *Ibn-Said*, que hácia la mitad del siglo XIII viaja por la Mauritania y Egipto, descendiendo por las orillas del Nilo y visita las comarcas orientales de Africa y las occidentales de Asia.

De esta breve reseña histórica dedúcese que los países mejor conocidos de los geógrafos y viajeros árabes, son, como es natural, aquellos que han abrazado la religion de Mahoma, mas sin desconocer remotísimas comarcas de Asia, Africa y Europa. Nombres que equivalen á los modernos de Irlanda, Inglaterra, Schleswig, etc., léense en sus geografías, refiriendo pormenores de estas tierras y ciudades del Norte, adquiridos indudablemente por los comerciantes que frecuentaban las vías mercantiles entre el centro de Asia y la Rusia meridional. Señores del Africa, penetraron hasta más allá del Niger en el interior, hasta Sofala en Oriente, y hasta Cabo-Blanco en Occidente; y ahora cabe preguntar si efectivamente los Arabes descubrieron las islas Afortunadas. Nos hablan de Chaledat, de Lako, Saali, Chasaran; de los *Magrurinos*, errantes ó desengañados, que despues de navegar once días hácia el Oeste y veinticuatro hácia el Sur, vieron aparecer entre las olas una tierra desconocida que hallaron poblada de ovejas, de carne tan amarga, que no la pudieron comer; y en otra isla, á que abordaron despues, dijéronles sus habitantes que

si navegaban más hácia Occidente se verían envueltos en densas tinieblas. Ahora bien ¿qué islas eran estas? ¿Eran las Canarias? Malte-Brun hace de Lako, Lanzarote; de Saali, Fuerteventura; de Chasarán, Tenerife, y supone que las islas de los *Magrurinos* son las Canarias, fundándose en que regresaron al puerto de Asfi, en la costa occidental de Africa. Pero, aún admitiendo que estas hipótesis dejen de serlo para ser verdades, y que, regresando los *Magrurinos* por Asfi, las islas que vieron hubieran de ser *necesariamente* las Canarias, ¿qué importancia tiene para la Geografía ver una isla, darla un nombre y volver á Africa ó á España sin saber la distancia que la separa de las tierras más próximas, sin traer ningún recuerdo de ella y sin dejar allí ningún vestigio que atestigüe en su día el descubrimiento y modifique en un sentido de progreso la vida de sus moradores, si los tiene? ¿Es esto un descubrimiento? No; esto es, á lo más, la base necesaria para que luégo se haga el descubrimiento: se dice y se repite que al Oeste de Africa hay islas y archipiélagos esparcidos aquí y allá sobre las aguas del mar Tenebroso; los geógrafos se hacen eco de estas habiellas de los pueblos de la costa; la tradicion las va transmitiendo de padres á hijos, hasta que llega el día en que uno ó varios navegantes se lanzan al mar con ánimo de conquistarlas, si sus pueblos son salvajes, ó con intencion de entablar relaciones mercantiles si son cultos ó semi-cultos; entónces se realizará el descubrimiento. Y de esto hay mucho entre los árabes: tenían el defecto de no marcar las distancias, y de aquí conjeturas y más conjeturas cuando se trata de saber, por ejemplo, qué isla era

Sahabia, la del ámbar amarillo, cuál Lake, la de olorosas maderas, y tantas otras que se hallan en el mismo caso.

Respecto al Asia, hemos visto á unos viajeros recorrer las estepas septentrionales del mar Caspio, subir á Kirghiz y descender por lo que hoy se llama Turquestan, y á estos mismos y otros avanzar hasta los mares de la China y visitar la capital del Celeste Imperio. Ya en los primeros dias del poder musulmico, gentes enviadas por el califa Valid—704 á 715—atraviesan el Kachgar y se internan en China, y desde entónces comienzan á ser frecuentes las tentativas para entrar en relaciones con el citado Imperio. En el año 850 los árabes tenían cónsul en Canfú—Canton,—prueba de que sus propósitos comenzaban á realizarse, ingiriéndose entre los chinos, cuyos conocimientos geográficos sirvieron para ilustrar no poco á los viajeros musulmanes; pues *Fa-hian* en el año 400 y *Hien-Shang* hácia 635 habian recorrido gran parte de Asia, dando noticia á los suyos de lejanas comarcas y extraños pueblos. Sabemos además que en el siglo IX *Vahab* y tal vez el mismo *Abu-Zeid* toman el camino del mar y llegan á Canfú, término del comercio marítimo de los árabes que, no satisfechos, suben más al Norte hasta Pekin y allí se convencen de que la costa oriental de Asia aún no es conocida en su totalidad. Y todas esas tierras que se suponen en la costa y multitud de islas que hay en los últimos confines del mar Amarillo, ofrecen gran arsenal á la imaginacion y son las comarcas de los genios, de los enanos y gigantes, de animales monstruosos, de reyes poderosísimos y ciudades encantadas. Así

lo comprueban las *Mil y una noches*, y principalmente los viajes de Simbad el Marino, donde algun autor moderno ha tratado de buscar datos de cierto interes para la historia de la Geografía (1). Este aspecto maravilloso que se da á los países no conocidos es general á todos los tiempos y lugares, y revela el espíritu geográfico de los pueblos: si en alguno escasean estas fábulas—que no son muchas veces más que exageraciones de cualidades, vicios y virtudes de los hombres ó restos muy desfigurados de antiquísimas tradiciones,—poco interes ofrecerá en la historia de la Geografía. ¿Qué importa que en tal ó cual región vivan hombres con cabeza de monstruos marinos, ó las serpientes hagan inhabitables sus feraces campos? La idea nace y se da el primer paso, trascurrirán años ó siglos, irá aumentando la curiosidad, y el hombre, guiado por esa fuerza misteriosa que le lleva hácia lo desconocido, ensanchará el mundo y entregará nuevas razas á la historia.

Resumiendo, podemos decir ahora que los conocimientos geográficos de los Árabes, más allá de los límites del mundo romano, se refieren principalmente á los extremos Sudoeste y Este; los Romanos conocieron la Libia y costa septentrional de Africa, y los Árabes hollaron las arenas del Gran Desierto, recorrieron la Nigricia y vieron deslizarse las aguas del Nilo occidental ó Niger; los Romanos supusieron la existencia de un dilatado territorio más allá del Ganges, y los Árabes trasponen el Ganges y la península de Malaca, golpean con sus remos las

(1) Walckenaer, *Analyse géographique des voyages de Sinabá.*

olas del grande Océano, visitan el Imperio chino, descubren islas al Sur y predicen tierras al Oriente. Al Sur las que con seguridad puede afirmarse conocieron son las Maldivas: en cuanto á las islas de la Sonda, enclavadas en la parte de la Oceanía que se llama Malasia, ya no es tan fácil determinar si todas ó alguna llegaron á ser descubiertas por los Árabes. Citan á Kala, Djaba, Suborno, y se quiere hacer de estos nombres Sumatra, Java y Borneo, fundándose en que muchos de los productos que sus barcos traían de Oriente, alcanfor, campeche, marfil, parecen propios de estas islas. Tambien se ha preguntado si las islas de Wakwak son las Molucas, y si era posible que, penetrando por el estrecho de Malaca y aventurándose en el mar de Java, hubieran llegado á la extremidad oriental de la Malasia, observando que en Mindanao y otras islas oceánicas se conservan vestigios de lengua y religion árabe y persa. No hay, que sepamos, ningun dato para afirmar explicitamente tales hechos y suposiciones, pero de aquí no deducimos la contraria, la negacion rotunda, máxime que, no siendo imposible, es probable que tal sucediera, dada la intrepidez y osadía del comerciante árabe, sólo que conforme á nuestro principio ántes asentado, como es el mercader quien visita las tierras oceánicas, el conocimiento que de ellas se adquiere es vago y se generaliza muy poco; no es aún el descubrimiento, tal y como nosotros lo entendemos.

Los países septentrionales presentan muy poca novedad en la geografia de los Árabes; salvo escasa diferencia lo mismo supieron los Romanos de todo el litoral del Ponto-Euximo. Las embajadas á la

Bulgaria sirven, si, admirablemente á la historia, pues proporcionan detalles de gran utilidad para el conocimiento de los orígenes del pueblo ruso, y los viajes de *Batutah* nos enseñan que las comarcas situadas entre el mar de Azof y el mar Caspio ofrecían, como hoy sucede, escaso aliciente á pueblos activos y emprendedores, y nos muestran que aún no se tenía la más ligera noción de la Siberia ni de la China septentrional.

En suma, el mundo de los Árabes era un mundo todavía muy incompleto, pero contenía como en gérmen los grandes descubrimientos que inmortalizaron al siglo XV y dieron importancia capital en Geografía á los siglos de la Edad moderna. *Batutah* continúa á *Marco Polo*, los *Magrurinos* presagian a *Colon*, y *Suleiman*, *Vahab* y otros oscuros navegantes comienzan la exploracion de los mares del Este y Sur que, andando los tiempos, ha de crear en lo que se pensaba inmensas soledades de agua un vasto archipiélago que se denominará Oceanía.

Además, preciso es no olvidar que los Árabes causaron un notable desarrollo en la ciencia geográfico-descriptiva. Sabemos que algunos de los viajeros citados escribieron libros, donde á sus propias observaciones añadían los conocimientos adquiridos en el estudio de la Antigüedad clásica, é inclinándose hácia esta pendiente, universal en los tiempos medios, á la vez que se recogen las enseñanzas de ilustres varones griegos y romanos, la ciencia de los Árabes se enriquece con las obras de *Istakiri*, autor de una Geografía con caracteres histórico-descriptivos; con las *Recreaciones geográficas*.

cas de Edrisi de Ceuta (1), ó *Geographia nubiensis*, según la traducción latina que se hizo en los últimos años del siglo XVII; con los escritos de Yakut y Kazvini, publicados en Alemania en 1866 y 1869 respectivamente, y con la célebre *Verdadera situación de los países* (2), de Ismael Abul Feda, príncipe de Hamah, en Siria, que murió en 1331, pudiendo añadir á estos nombres los de Albiruni, El Bekri y otros de menor importancia.

Los progresos de la Geografía trascienden inmediatamente á la Historia, porque la Geografía describe y estudia la tierra, y la tierra es el plano donde nacen, viven y mueren hombres y pueblos. Si consideramos la Historia como simple narracion de hechos acaecidos en edades que fueron, como estos hechos se refieren al hombre, su agente, y como el hombre es sér de espacio y el espacio que ocupa es la Tierra, se comprende la imposibilidad de historiar el hecho y transmitirlo íntegro en todos sus pormenores y detalles, sin el prévio conocimiento de los lugares que fueron teatro de tal ó cual empresa ó memorable suceso. Si damos á la Historia el alto sentido filosófico que ha alcanzado, y con justicia, en los tiempos modernos, obvio será también entender cómo del exacto conocimiento de las regiones ó comarcas donde habita una raza ó mora un pueblo, depende muchas veces el de las leyes á que han obedecido y obedecerán ese pueblo y esa raza

(1) Vivía en la corte de Rogerio II, rey de las Dos Sicilias, y escribió dicha obra para explicar el monumental planisferio que este príncipe se había mandado construir. Representaba el mundo conocido de los Árabes y los Griegos.

(2) Muy extensa en la descripción de Siria, Arabia y Egipto.

en su desarrollo histórico. La inteligencia del hombre es tan poderosa, que suele alterar profundamente las condiciones privativas de los lugares en que vive, pero esto acontece después que las influencias de la naturaleza exterior han impreso en la raza caracteres indelebles.

Los geógrafos árabes nos describen el mundo que conocían: aquellas tierras que los últimos romanos pintaron con líneas vagas y confusas adquieren ahora fijeza y colorido; se habla de sus ciudades, de sus ríos, valles y montañas; se determinan á veces sus límites; se reseñan los usos y costumbres de sus moradores; en una palabra, se va haciendo posible la Geografía histórica, la ciencia que estudia la Tierra como el campo de la Historia. El libro de Yakut, *Indicador de los países por orden alfabético*, es una colección á manera de Diccionario de interesantes noticias de todos los países que constituían el Califato; y al describir la Siria, la Arabia, el Egipto, hace por la historia de Sirios, Árabes y Egipcios tanto como el que narra los hechos que allí pasaron; ambos se completan, el uno recoge lo que vió ú oyó, el otro pone el sello de verdad haciendo patentes las relaciones del lugar con los caracteres y condiciones del hecho. Sin conocer la historia de los árabes, con la sola lectura del libro de Yakut se pueden trazar los rasgos generales de la civilización oriental musulmana.

La Historia universal es la historia del género humano, y cuando la Historia se desenvuelve sometida á un pueblo ó á una idea, Roma, Cristo, Mahoma, no hay historia universal; para que la haya es preciso abarcar todos los pueblos y razas, y para

ello es necesario conocerlos, y conocerlos en sus mismos hogares, y hé aquí cómo *Massudi, Hankal, Batutah, Suleiman, Vahab, Istakiri, El Edrisi, Yakut* contribuyen con sus viajes y sus libros á aportar nuevos elementos á la Historia. Pertenecían á una de las razas más grandes de la Edad Media que, extendiéndose prodigiosamente por Asia, Africa y Europa, obligó á pueblos que vivían separados de las ciencias y de las letras, y que, rudos y agrestes, desconocían las ventajas de la civilización, á levantarse de su oscuridad para venir á figurar en la Historia, mostrando que las leyes que rigen el desenvolvimiento y progreso de la sociedad humana son siempre las mismas para todos los tiempos y para todas las razas; la guerra, la conquista, el comercio y el viaje que, acercando unos á otros hombres, preparan el día en que la única ley y lazo sea la fraternidad universal.

III.

En los primeros siglos de la Edad Media Noruegos y Daneses habían explorado los mares septentrionales de Europa: *Other* remontó la costa de la península Scandinava, aventurándose en el dédalo de islas que se extienden más allá del círculo polar Artico, y despues, hombres de su misma raza dirigieron atrevidas expediciones al Norte de las islas Británicas, fundaron colonias en las Shetland, Feroe é Islandia, y establecidos en este último país, vivían entre el viejo Continente y el Nuevo Mundo, entónces completamente desconocido de los pueblos de Europa. La Groenlandia sirvió como de puente para que los hijos de los primeros colonos islandeses pisaran los terrenos donde hoy se levantan las ciudades de Boston y Nueva-York.

La idea de tierras separadas de Europa por las turbulentas aguas del Océano, no es idea nueva y que pertenezca exclusivamente á los hombres del siglo XV. Las exploraciones de Fenicios y Cartagineses al otro lado de las columnas de Hércules nos

indican la tendencia irresistible que desde las más antiguas edades conduce al género humano hácia Occidente. Cuando la antigua civilizacion se derrumba para dar paso á la barbarie, los primeros pueblos que en la Edad Media heredan la mision de Fenicios y Cartagineses, son los Normandos: como ellos, marinos intrépidos, unos navegan al acaso en la ancha sábana de agua que se dilata al Oeste, y otros descienden al Sur buscando fértiles países donde acampar y dar fin á su vida aventurera. El Norte de Europa había pasado de las tinieblas de la ignorancia al crepúsculo de la fábula; ahora los Normandos van á hacer brillar sobre aquella parte del globo los primeros rayos de luz de la verdad y de la historia. Llegará el siglo XV, y con él hechos que señalan inmenso adelanto en la inteligencia humana; pero hechos que no serán producto de generacion espontánea, sino de gérmenes fecundos sembrados aisladamente en los siglos anteriores. Si tan felices descubrimientos immortalizan la época de Colon y Vaseo de Gama, debido es á causas antiguas, como la naturalizacion del hombre y de la ciencia, los progresos de la náutica, el conocimiento de las tierras interiores y orientales de Asia, propagado por los monjes embajadores cerca de los Tártaros y extendido por los mercaderes que revolviéron el mar de las Indias para encontrar el codiciado país de las especias, y finalmente, los descubrimientos de los Normandos que, con más ó menos exactitud, eran ya conocidos por los geógrafos italianos en los últimos dias de la Edad Media.

Consideraciones son estas que justifican la necesidad de estudiar con algun detenimiento los hechos

en virtud de los que adquirieron los Normandos importancia capital en la historia de la Geografía.

Nacidos en tierras pobres y estériles, al par que osados navegantes, entregáronse á merced de las olas, y hácia fines del siglo VII debieron desembarcar en Irlanda, pues por mucho tiempo se dió en aquella isla el nombre de *danair* ó danés al extranjero. Desde allí les fué ya fácil ocupar las islas Shetland y Hébridas que, de seguir la ruta del Norte en su viaje á Irlanda, parece natural que fueran visitadas ántes que aquella; pero lo cierto es que la historia pone la fecha de la ocupacion de dichas islas en la segunda mitad del siglo IX. Por la misma época, un buque scandinavo, impelido hácia el Norte por los vientos ó por la audacia de sus tripulantes, llegó al archipiélago Feroe, cuyas remotas islas preludiaban la existencia de otras tierras, y el pirata noruego *Nadod* confirma las suposiciones, siendo arrojado por la tempestad á las playas de Islandia.

Los primeros viajeros scandinavos señalaron á Islandia una extension muy aproximada á la que hoy le conceden los geógrafos: en siete dias, dijeron, puede darse la vuelta al país. Sin embargo, parece que no era la primera vez que hombres de Occidente abordaban en Islandia: los noruegos encontraron allí libros cristianos, campanas y otros objetos que no hacen aventurado el juicio de Letronne, para quien misioneros irlandeses expulsados de las islas Feroe, visitaron la Islandia hácia 795, apoyándose, sin duda, en la obra de Dicuil, donde se dice, y refiriéndose á la misma fecha, que monjes irlandeses habían pasado á Thule. De ser esto así, preciso sería afirmar que las Feroe fueron

descubiertas por los Normandos ántes de la época asignada líneas más arriba, pues que Normandos eran los que arrojaron de aquellas islas á los misioneros, y que la llamada Thule por Dicuil es efectivamente la Islandia. Pero dejando de mano esta cuestion critica, de suyo difícil por la falta de documentos y de escasa importancia para nuestro objeto y para la historia de la Geografía en general, diremos que de 875 á 878 una colonia conducida por *Leif* ó *Ingolf* fundó en Islandia el primer establecimiento normando, tierra hospitalaria entónces, porque, aunque rodeada de hielos, hallábase cubierta de bosques que hoy han desaparecido.

Prospera la colonia con nuevos emigrantes, y uno de ellos, *Gumbiorn*, piérdese en los escollos que llevan su nombre y ve la costa oriental de la gran isla ó península llamada Groenlandia. Cien años despues, en 983, recibe una colonia de islandeses, y desde aquí, siguiendo la playa en direccion Sud-oeste, no fué ya difícil que se llegara á América. El jefe de la colonia era el islandés *Erico Rauda* ó el Rojo, noble noruego desterrado por asesino. En el libro denominado *Espejo de los reyes* se dice que los primeros viajeros desembarcaron en la punta de Hvarf, y como allí abundaban los bosques y sotos de abedules, dieron al pais el nombre de Groenlandia ó Tierra-verde. Al Norte, los hielos acumulados por efecto de las corrientes pusieron coto á la audacia de los más atrevidos piratas, y los establecimientos normandos quedaron limitados á las tierras que se extienden al Sud del cabo Desolacion, como lo atestiguan ruinas de aldeas é iglesias y otros vestigios de colonizacion scandinava hasta el grado 76 de latitud,

entre ellos una piedra rúnica con la fecha de 1135.

Causa admiración la actividad de los marinos normandos, que en poco más de un siglo descubren, exploran y colonizan las islas Shetland, Hébridas, Feroe, Islandia y Groenlandia. Pero los colonos son hombres de poca cultura, la dureza del clima emborece más su espíritu, y sólo cuando las misiones difunden entre ellos la luz del Evangelio, empieza Europa á adquirir noticias de los nuevos países que han conquistado aquellos normandos que tanto terror la inspiraban. A pesar de todo, las comunicaciones entre el Norte de Europa y Groenlandia eran escasas; más de dos años se empleaban en el viaje, y en 1383 la muerte del arzobispo de Groenlandia supuso á los seis años de fallecer el prelado. De aquí maravillas y prodigios que referir de aquel país: se decía que un pastor de la Scandinavia, acompañado de una cabra, pasó por encima de los hielos de Noruega á Groenlandia, poblada de gigantes monstruosos que se alimentaban de bellotas como manzanas y vivían entre sorprendente rocas de hielo. Ya en los primeros años del siglo XV se hacen más frecuentes las relaciones con Europa: los colonos groenlandeses rinden tributo á San Pedro, y los marinos del Mediodía se atreven á visitar la Islandia y allí completan sus conocimientos geográficos, vuelven á su patria, refieren ó escriben lo que han visto ú oído, detallan en un plano los perfiles de las nuevas tierras, y enlazando estos descubrimientos con los descubrimientos realizados en el Oriente de Asia, aventúranse peregrinas ideas sobre la existencia de remotas y desconocidas islas en los mares de Occidente.

Empero, isla ó península la Groenlandia, está aneja al continente Americano, del que la separa tan sólo un brazo de mar, el estrecho de Davis. En las proximidades del año 1000, *Leif*, hijo de *Erico Rau- da*, marchó con *Biorm* en busca de unas tierras á donde éste había sido arrojado por la tempestad algunos años ántes. Avanzaron los expedicionarios en direccion Sur hasta el grado 41 ó 40, y desde aquí subieron costeano las playas á que se refería *Biorm*; hicieron su primera escala en la isla de *Nantuket*, un grado al Sur de Boston, y pasaron despues á Nueva-Escocia y Nueva-Findlandia ó *Terra-nova*. La Tierra del Labrador, tan inmediata á Groenlandia, fué de las últimas en descubrirse, lo que no debe causar extrañeza atendidos los escasos medios de navegacion de aquella pobre colonia. Es muy probable que visitaran tambien los países que riega el San Lorenzo, pues dicen sus historiadores que remontaron las aguas de un río en cuyas márgenes no se veían más que bosques y matorrales, y donde en el día más corto el sol permanecía ocho horas sobre el horizonte, prueba de que el río se deslizaba bajo el paralelo 49 ó 50.

En las costas reconocidas por *Leif* era muy comun la vid silvestre, y de aquí que los Scandinavos denominaran al país *Vinlandia* ó Tierra del vino.

Diferentes viajes continuaron efectuándose, y ya en 1121 hay noticia de que un obispo groenlandés pasó á *Vinlandia*, con objeto de predicar á los colonos el cristianismo. Se sabe tambien que si en un principio se hicieron cruda guerra indígenas y normandos, en breve el mutuo interes obligó á unos y otros á presentarse en actitud más pacífica, y entró

la colonia en relaciones de comercio con los naturales, *skrelingas* ó enanos, que le suministraban preciosas pieles.

En consecuencia, se puede afirmar que los marinos islandeses y groenlandeses conocieron la América cinco siglos ántes que Colon, hecho indudable, segun los testimonios de Erico el Rojo, Thorfinn Karlsefue y Snorre Turlesson, y comprobado además por los monumentos ó piedras con inscripciones rúnicas, descubiertas en aquellas latitudes y pertenecientes á los siglos XI y XII.

La Islandia es un país célebre por sus cronistas é historiadores. Ya en los siglos mencionados eran muy populares en todas las costas del Norte los *Sagas* ó cuentos históricos, admirable depósito de historia tradicional, donde se narran, mezclando la poesía y la historia, las primeras empresas y aventuras de los pueblos normandos en los países septentrionales. Tras los cantores épicos, sabios islandeses recorrieron las cortes scandinavas, donde hallaban datos y noticias de interes para completar sus estudios históricos y geográficos, á que eran en extremo aficionados, y redactaron las crónicas que hoy constituyen una de las principales fuentes de conocimiento en la historia de la Geografía. Y aquí observamos otra vez la íntima relacion que existe entre ambas ciencias. Los primitivos viajes y descubrimientos de los Normandos suministraron asunto á los poetas para cantar las glorias y excelencias de su raza, y á estos viajes se debe en gran parte el alto lugar que ocupa la Historia en las literaturas del Norte, porque allí los cronistas no tuvieron que limitarse á consignar únicamente las empresas de

sus reyes; hallaron además multitud de hechos cumplidos por un pueblo que no vivía sujeto al terruño, por hombres de inquieto genio que cifraban su dicha en adquirir un barco que les diera el absoluto dominio de los mares. Se descubren apartadas tierras, y es preciso decir á la posteridad cuándo y cómo se descubrieron, quién hizo el descubrimiento y á qué pueblo pertenece el osado marino que arribó á sus playas: la Historia halla aquí un estímulo poderoso, y á la vez, los mismos hechos que eterniza infunden nuevos alientos á otras generaciones y mantienen vivos el entusiasmo que suscitan los viajes y la afición á los estudios geográficos.

Siendo, pues, indudable, por el testimonio de sus cronistas y demas razones expuestas, que los Normandos conocieron algunos territorios de América, aparece como exigencia inmediata averiguar si estos viajes llegaron á oídos del intrépido genovés y pudieron influir en la inquebrantable firmeza que mostró para llevar á cabo sus propósitos (1).

Base de toda consideracion que sobre este asunto se haga, será el estudio de las relaciones que desde el siglo XI al XV mantuvieron los pueblos del Mediodía. Que los colonos de Groenlandia no vivían

(1) *Antiquitates americanæ, sive scriptores septentrionales rerum ante-Columbianarum in America*: libro publicado por la Sociedad de anticuarios del Norte, establecida en Copenhague. Contiene antiguos documentos, en que se hace mencion de Vinlandia; interesantes noticias referentes á América, entresacadas de los Anales de Islandia; compendios de algunos libros geográficos islandeses, y curiosos datos sobre el viaje del obispo Erik en 1121 y otros de que hacemos mencion en el texto, como el de los colonos de Groenlandia, en 1547, al país de Marklaad.

apartados de toda comunicacion con su antigua patria, con Islandia, nos lo prueba el hecho de encontrar las principales fuentes para la historia de sus empresas marítimas en cronistas islandeses; que la Islandia no permaneció olvidada de las naciones septentrionales de Europa ni estas de Islandia, lo confirman las misiones que aquella isla recibió de Europa y envió á Groenlandia, la crónica eclesiástica de Adam de Brema y otras anteriores al siglo XIV, donde se da noticia de viajes emprendidos á islas norte-occidentales, ora de noruegos ó escandinavos, animados aún por el espíritu de aventuras, ora de comerciantes que deseaban adquirir en tan lejanas tierras pieles y otros productos naturales: sirva de ejemplo el viaje atribuido á *Madoc-ap-Owen* en 1170.

En 1347 zarpó de Groenlandia un buque para Markland ó Nueva-Escocia, en busca de maderas de construccion, y al regresar, los vientos le arrojaron á la costa occidental de Islandia: esta es la última noticia que hay tocante á las relaciones de islandeses y groenlandeses con América; pero las comunicaciones de Islandia con Europa, aunque escasas, nunca se interrumpen, y así en 1383 pudo saberse la muerte de su prelado. Adam de Brema, en su ya citada crónica, describe un país, que parece ser el conocido con el nombre de Vinlandia, segun noticias que le comunicaron Swen Estridson, rey de Dinamarca, y sabios cronistas daneses; luego había ya en el viejo continente idea más ó ménos exacta de aquellos descubrimientos. Y si alguna duda puede haber en este punto, la disiparán las cartas y documentos de los hermanos Zeni, nobles de Venecia.

Nicolás Zeno equipó un navío en 1380, y doblando el estrecho de Gibraltar, tomó rumbo hácia el Norte; la tempestad le condujo más allá de Inglaterra, encontrando refugio en las islas Feroe ó en las Shetland, cuyo rey le encomendó la direccion de sus escuadras. El disponer de una flota numerosa hace verosímil la creencia de que Zeno, no solamente recogiera noticias y descripciones de los países descubiertos al Norte y al Oeste, sino que tambien los visitara, contribuyendo así á aclarar y completar las tradiciones noruegas, cuya nocion tan confusamente había llegado hasta Europa. Desde este momento las tierras visitadas por los isleños del Norte entran en los dominios de la Geografía, porque *Nicolás Zeno* no sólo dirige á su hermano interesantísimas cartas relatando sus viajes, sino que además traza un mapa de los mares del Norte y colonias normandas. Al Sur y hácia el Este se dibuja la Escocia; más al Sudeste, Dania ó Dinamarca, y al Oriente la Gotia ó Suecia; al Oeste de Noruega hay una isla grande, rodeada de otras pequeñas, formando un archipiélago que lleva el nombre de Estlandia y debe ser el grupo de las islas Shetland, y más al Occidente la Islandia. Entre los 64° y 65° de latitud al Sur de Islandia y Noroeste de Escocia, se ve la tierra denominada Frislandia, que el príncipe pirata Zeno arrebató al rey de Noruega; mas como en los parajes que señala *Zeno* no existe hoy ninguna isla, háse abierto ancho campo á la discusion y á las hipótesis: para unos es América, para otros las islas Feroe, no faltando quien suponga la desaparicion de Frislandia en las aguas, siendo un resto de la catástrofe la isleta de Bus ó

Bry al Sud de Islandia. Más al Septentrion se observa una gran península enlazada con el Norte de Noruega por una línea vaga, donde se lee: *mare é terra incognite*; es la Groenlandia donde, según Zeno, había una iglesia y un monasterio de frailes junto á un volcan y manantial de agua caliente ó geyser, siendo por esta causa aquellos territorios más accesibles á la vida humana. Añade que en primavera y en estío, es decir, en la época del deshielo, cruzan los mares embarcaciones de Islandia, Suecia y Noruega, que les llevan la leña de sus bosques; otro dato que pudiéramos aducir como prueba de las relaciones existentes durante la Edad Media entre el Norte de Europa y los Normandos de Groenlandia y América.

Cítanse además en el mapa y cartas de Zeno dos costas denominadas Estotilandia y Droceo, á mil millas al Oeste de Frislandia, y al Sur de Groenlandia. Cuenta que unos pescadores frislandeses naufragaron próximos á las playas de Estotilandia, donde permanecieron bastantes años y llegaron á hablar el idioma del país, cuyos naturales, un tanto civilizados, comerciaban con Engroenlandia en azúfre, pieles y pez, y poseían en su real biblioteca libros latinos. Suponen los geógrafos que la Estotilandia es la isla de Terranova, poblada por los colonos scandinavos de Vinlandia y Groenlandia, que en tres siglos habían alterado su lenguaje hasta el punto de hacerse ininteligible á los hombres de su raza; los libros latinos serian tal vez llevados por el obispo que en 1121 pasó á Vinlandia á predicar el Evangelio. Confirman estas suposiciones la palabra Estotilandia, palabra scandinava, que vale tanto

como *tierra exterior del Este*. El soberano de Estotilandia confió á los náufragos la mision de explorar los mares que se extendian al Sur de sus dominios, y al cumplirla llegaron los frislandeses á la isla de Drogeo, cuyos habitantes, antropófagos, los devoran, ménos á uno que por ser diestro pescador lo retienen como esclavo. Despues de largo cautiverio, pudo huir á su patria, y allí refirió que la tierra donde había sufrido esclavitud era muy dilatada, y parecia *un nuevo mundo*, y que si los indigenas de la costa se señalaban por sus bárbaras costumbres, hácia el Sudoeste halló pueblos más cultos que tenían ciudades y templos. Sabido esto por el príncipe reinante, dirigió una expedicion á aquellos lugares, la que, despues de descubrir una isla llamada Icaria, tuvo que buscar refugio en las costas de Groenlandia, obligada por las tempestades. Drogeo parece ser la Nueva Escocia, y Malte Brun cree que los pueblos civilizados que vivian en ciudades y oraban en templos son pueblos de la Florida, Luisiana ó Méjico, en cuyo caso el frislandés debió recorrer por el interior toda la costa oriental y meridional de la América del Norte.

En los Sagas scandinavos se vislumbran huellas de otra expedicion á América verificada por los Irlandeses ántes del año 1000. Los Normandos establecidos en Vinlandia oyeron de los Skrelingas que hácia el Sur, y más allá de la Bahía de Chesapeak, vivían hombres de piel blanca que caminaban llevando delante de sí especie de banderas y hablando en alta voz, y los colonos les creyeron pueblos cristianos que iban en procesion con estandartes y entonando himnos religiosos. Karlsefue llama País

de los hombres blancos á las costas situadas entre la Virginia y la Florida y, segun referencias de la segunda mitad del siglo XI, el islandés Ari Marson fué arrojado por la tempestad en 982 á la costa donde vivían los misteriosos hombres blancos. De aquí suponer que pueblos convertidos ya al Evangelio visitaron y poblaron la América años ántes del descubrimiento de *Leif*.

Pero todo esto no son más que vagos indicios que han ido entresacándose de antiguos monumentos de carácter poético, y adonde tal vez acudieran los cronistas islandeses para dar más amenidad á sus narraciones históricas; así es que, prescindiendo del hecho que, aun caso de allegar todas las condiciones de certeza, tendría escasisimo interes, volvamos á nuestro principal objeto, resumido en estas palabras: Importancia de los viajes y descubrimientos de los Normandos y su influencia en los progresos realizado por la Geografía en los últimos años del siglo XV.

Las regiones septentrionales de Europa eran de antiguo poderoso iman que atraía á los hombres avezados á los peligros del mar. Naves de Fenicia, de Cartago y de Marsella surcaron las olas que rompen en las playas de Inglaterra, Suecia y Dinamarca; pero el hombre vive sujeto á las influencias de la Naturaleza, el lugar en que nace crea en él propias condiciones de vida, y los países del Norte ofrecían tenaz resistencia á los marinos del Mediterráneo. Para acaudalar la Geografía con la descripción y conocimiento de las comarcas situadas más allá del paralelo 60, fué preciso que apareciera en la historia un nuevo pueblo de costumbres ma-

ritimas, de carácter osado y desenvuelto en un clima análogo al de las latitudes que iban á ser teatro de sus viajes y audaces correrías. Cumplen esta misión los Normandos. Unos toman rumbo hácia el Sur y van á asombrar á los hijos de los bárbaros con la barbarie de sus padres, y otros se dirigen al Oeste, descubren islas, penínsulas y continentes, y sólo se detienen cuando de Norte á Sur se levanta la tierra como valladar opuesto á su audacia sin límites. Las islas Feroe, Shetlandia é Islandia, las costas occidentales de Groenlandia, la península de Nueva-Escocia y los países que hoy forman los florecientes Estados de Massachusets, Rhode-island y Connecticut, puéblanse con numerosas colonias de la raza scandinava, y créase una cultura que, aunque muy inferior á la de los Arabes, contribuye poderosamente á revelar y rectificar la geografía del Noroeste de Europa. Islandia vino á ser el centro de aquella civilización, y las empresas de sus príncipes noruegos son trasmitidas á la posteridad por cronistas cuyas narraciones prueban evidentemente que jamás se rompieron los lazos que la unían á la que pudiéramos llamar metrópoli, á la vez que ella lo era de las colonias establecidas en Groenlandia y América.

Siendo tan escasos los documentos de aquella época, tampoco podían ser abundantes los datos que hemos aducido como prueba de las relaciones mantenidas entre Islandeses, Groenlandeses y colonos de América; pero la situación geográfica de las tierras que nos ocupan y el carácter y costumbres de los hombres que fueron á poblarlas, piratas unos, pescadores otros, dan, á nuestro juicio,

suficiente motivo para afirmar que se repitieron, con más frecuencia de lo que puede inferirse de tales noticias aisladas, los viajes entre unas y otras islas, y de aquí que al iniciarse la Edad de oro en la Geografía, y al extenderse por Europa maravillosos relatos de las tierras septentrionales, marinos y geógrafos del Mediodía encontrarán en Islandia elementos de gran valor en la esfera de los conocimientos geográficos.

Así pudo *Nicolás Zeno* trazar su interesante carta, y el marino genovés recibir la primera impresión que, andando los tiempos, hizo madurar en su espíritu la idea de buscar tierras orientales en los mares de Occidente. En las *Cinco zonas habitables de la tierra*, dice *Cristóbal Colón* que en Febrero de 1477 visitó la Islandia, y aunque nada más añade sobre este punto, sería verdaderamente extraño que un hombre como Colón permaneciera indiferente en aquellos lugares que había ya descrito su compatriota Zeno. Lo más probable es que Colón oyera hablar de tierras situadas al Oeste, conceptuadas como islas por los naturales de Islandia, que tal vez tuviera noticia del extenso viaje del pescador frislandés hacia las regiones meridionales, contribuyendo todo ello á afianzar en su ánimo las teorías científicas que habían de producir el total descubrimiento de América.

Humboldt opina que Colón no adquirió en Islandia el menor vestigio de América, fundándose en que si hubiera querido buscar ese país no hubiera marchado en su primer viaje en dirección Sudoeste. Tal argumento sólo prueba que Colón no aspiraba á visitar de nuevo las tierras descubiertas por los

Normandos y, en efecto, sabido es que al fin del siglo XV el único pensamiento que preocupaba á los marinos y á los pueblos mercantiles era facilitar las comunicaciones con Asia y llegar al Oriente por los caminos de Occidente. A esto aspiraba Colon, y hé ahí por qué tomó la direccion Sudoeste; las tierras ocupadas por los Normandos tal vez parecieran al sabio genovés los últimos limites septentrionales de aquellas otras de que se hacían lenguas Marco Polo y los demas viajeros del Oriente; tal vez alentaran sus propósitos, porque cuando en latitudes tan elevadas veía el navegante tierras donde reposar de las fatigas de un largo viaje, ¿no era lógico que se diera idéntico fenómeno en las zonas templadas, clima donde la Naturaleza se muestra más pródiga en creaciones vivientes y que necesitan de un medio, de un suelo donde explayar su actividad y su vida?

Dicho se está que tampoco nos avenimos con las conclusiones de Vivien Saint Martin, cuando dice que la América para los Normandos fué una tierra, una isla más vista por ellos; que no supieron la extension de lo descubierto, y la noticia que dió la casualidad se perdió como había venido, *sin dejar rastro*, contradiciéndose á renglon seguido, pues añade que *si Colon conocía estas tradiciones*, ninguna relacion tuvieron con los cálculos cosmográficos que fueron el punto de partida de su empresa; luego sí, como pone en duda, logró conocer dichas tradiciones, algun rastro dejarían, y los rastros en materia de descubrimientos tienen más importancia de lo que á primera vista parece.

Muy cierto es que el descubrimiento de América

por los Normandos no tuvo, ni con mucho, la importancia que el descubrimiento de Colon, ya por la escasa cultura de los pueblos que lo llevaron á cabo, ya tambien por la naturaleza especial de los lugares á que se limitaron sus exploraciones, que ofrecían poco aliciente al colono y al navegante; muy posible es tambien que no llegara á los pueblos civilizados de la Europa meridional ninguna noticia clara y concreta de aquellas recientes colonias, como en absoluto afirma Humboldt; pero la historia testifica que los hombres del Mediodía fueron al Norte á buscar lo que hasta ellos no llegaba, y despues de los hechos expuestos seria ceguera desconocer que la Europa septentrional y los viajeros italianos del siglo XV tuvieron noticia más ó ménos exacta de los descubrimientos de islandeses y groenlandeses. Navegó Colon en los mares del Norte, y fuera incomprensible que un hombre que maduraba en su pensamiento la idea de buscar la India hácia el Oeste, despreciase ni áun los rumores más vagos sobre aquellos confines de la tierra.

Qué el descubrimiento de América por los Normandos no fué un verdadero descubrimiento, como dice Vivien de Saint Martin. ¡Hé aquí el poder inmenso de la gloria y de la fortuna! Los grandes hombres eclipsan siempre á los más pequeños, y por levantar á Colon y concederle el primer puesto en la conquista del mundo, se rebaja el mérito de los osados marinos del Norte. No; Colon dió al antiguo continente un continente nuevo, y para pregonar muy alto la gloria del inmortal genovés, no es preciso olvidar á los Normandos, ni obstinarse en disminuir la importancia de sus empresas marítimas.

Lo cierto es que en el siglo XI plantas europeas hollaron el suelo americano y una nueva raza fundó en él establecimientos y colonias que comerciaban activamente con sus hermanos de Groenlandia; pronto el conocimiento de las nuevas tierras cundió entre los islandeses, y sus cronistas tuvieron á gala narrar los viajes de sus compatriotas y cantar las excelencias de los países descubiertos y colonizados; y en los albores del siglo XV un italiano prestará á la fortuna y audacia de los hombres del Norte la ciencia que les falta, se dibujará un mapa de aquellas regiones, y al Oeste se verán trazos de líneas que señalan en las soledades del Océano los lugares donde viven los descendientes de *Biorm* y de *Leif*.

Si la noción de América no logró generalizarse en los grandes Estados europeos, culpa fué, no de los Normandos, sino del aislamiento en que vivieron durante la Edad Media los pueblos del Norte y los pueblos del Mediodía. No se conoce todo el continente Americano ni lo conocen todos los hombres, pero Europa ha puesto el pié en América, é Islandia sabe que existen colonias fundadas por gentes de su raza en aquellos territorios; la noticia llega á las monarquías scandinavas y al Norte de Alemania, y tres siglos despues del descubrimiento, *Nicolás Zeno* perfila en su mapa las costas de Vinlandia, trabajo imperfecto para dar á conocer aquella exígua parte del Nuevo-Mundo, pero lo suficiente para mostrar que ha comenzado ya el prólogo del drama *Descubrimiento de América*.

IV.

Al caer el Imperio Romano, la Geografía siguió la suerte de la civilización antigua. Los pueblos que lograron establecerse en las ruinas del caduco Imperio de Occidente eran pueblos oscuros que traían una cultura muy inferior á la de los vencidos, y las continuas guerras é invasiones de aquellos primeros siglos imposibilitaron que las nuevas razas, orgullosas con el timbre de conquistadoras, se apropiaran los conocimientos adquiridos por la Antigüedad clásica. Todo desapareció por el momento; las regiones de Asia y de Africa que Griegos y Romanos habían descrito, quedaron olvidadas; no hay que hablar de otras que los latinos conocieron imperfectamente, y á falta de nociones geográficas, la fantasía, excitada por la superstición, creó multitud de países y pueblos imaginarios.

Algo se debe en esta época á los Griegos del Bajo Imperio; pero nuestro objetivo es ahora el Occidente, y aquí sabemos que los Scandinavos y los apóstoles del Cristianismo son los que abren serie

de exploraciones de cierto interes topográfico é histórico. *Wulfstan* y *Other*, *San Bonifacio*, *Arculo* y *San Villibaldo* dieron el primer impulso; comenzó á viajarse por mar y por tierra; se describieron regiones del Norte y Oriente de Europa, y á la vez que aparecian itinerarios, relaciones de viajes y otros escritos de carácter geográfico, la ciencia antigua se enlazaba con los nuevos descubrimientos por medio de la Iglesia, que conserva aquella y la difunde, auxiliando á los Arabes, entre los pueblos que van á constituir la sociedad moderna. Los Arabes llegan á los últimos extremos de Asia, al Ecuador en Africa, al Atlántico en Europa, y dominando en tres continentes, aproximan países y pueblos que jamás se conocieron. Y en tanto que los misioneros cristianos predicán y convierten, y los musulmanes declaran al mundo su guerra santa, los Normandos, los Argonautas del Norte, desafian con audacia las tempestades del Océano, sobrepujan á todos los marinos de la Antigüedad, y despreciando peligros, desembarcan en las costas del continente Americano.

Así es que nueve siglos despues de Jesucristo, si bien es cierto que la Geografia vive aún en el período de su infancia, tambien lo es que se despierta notable aficion á los estudios geográficos é históricos, gracias á estos primitivos viajes, sobre todo entre los Arabes y Scandinavos: se recorre la tierra desde las costas orientales de Asia hasta la Noruega, desde la Etiopía hasta la Tartaria; se explora el interior de los países; se estudia el carácter, religion y costumbres de pueblos que vienen á la vida comun de la especie humana, y el comercio terres-

tre y marítimo adquiere prodigioso vuelo, porque las caravanas atraviesan los desiertos, y los buques se entregan á merced de las olas, que suelen llevarlos á remotas playas; en suma, se pierde el temor, nace el deseo, se aviva la curiosidad, y las mismas maravillas y prodigios que se refieren de otros países y otros hombres inducen al marino, al comerciante, al misionero, al político á visitar las apartadas regiones que tales portentos ofrecen.

Sin embargo, la cultura cristiana en general es muy pobre en los siglos que preceden á las Cruzadas. Los primeros progresos alcanzados por la Geografía en virtud de las misiones al Norte de la Germania, y las peregrinaciones á Jerusalem, dieron origen á alguna que otra obra de importancia histórica, como la del monge irlandés Dicuil, siglo IX, que contiene varias noticias referentes al Nilo, islas de Escocia y descubrimientos de la Islandia é islas Feroe, y la de Alfredo el Grande, que ya conocemos; pero esto era una excepcion dentro de la regla comun, eran muy pocos los llamados á participar del botin: en breves palabras, la escasa ciencia que había en la sociedad occidental era ciencia monástica y cortesana. No así los Arabes que, ayudados de los Judíos, crearon una brillante cultura en los primeros períodos de la Edad Media, porque los Arabes no vivian separados de la Naturaleza como los cristianos perdidos en estéril misticismo y bárbara ignorancia. Además, su profeta santificó el comercio, y la profesion de mercader valia entre ellos tanto como el más preciado título de nobleza entre las razas germanas. Se comprende, pues, que la Geografía en el hecho y en la ciencia se acauda-

lara con nuevas conquistas y obras de no escaso mérito durante el breve, pero vivo esplendor de la civilización arábiga. Pero en este punto los Judíos no siguieron á los Arabes, ni podían hacerlo por carecer de nacionalidad: un pueblo que ha perdido su libertad y su independencia podrá crear filósofos, poetas, naturalistas, comerciantes, pero ni directa ni indirectamente puede contribuir á engrandecer los dominios del hombre en la tierra descubriendo remotos países; la guerra y la propaganda religiosa, móviles poderosos en la Edad Media para este orden de acontecimientos, son imposibles en la raza hebrea, esclavizada y perseguida en todas partes: su comercio va inficionado de ruindad y avaricia, y vive sometido siempre al de otro pueblo, Arabes ó Bizantinos, Venecianos ó Genoveses. Un Judío, *Benjamin de Tudela*, de gran autoridad hasta el siglo XVI, describió en 1160 el Sur de Europa, Grecia, Palestina, Egipto, Etiopía, Mesopotamia ó India; pero su obra no nos dice de un modo positivo que hubiera llegado él mismo á todos los países que cita y describe, y respecto de los no europeos, puede desde luego asegurarse que habla de oídas, pues frecuentemente se refiere al testimonio de otros viajeros (1). Sin embargo, no es de despreciar la

(1) Caso de haber visitado todos los países que cita, hé aquí el itinerario de su viaje: Barcelona, Marsella, Génova, Luca, Roma, Nápoles, Otranto, Zeitun (Valaquia), Constantinopla, islas del Archipiélago, Trípoli, Tiro, Jerusalen, Damasco, Balbek, Mossul, Nínive, Bagdad, Bassora, Amaria, Amadan, Ispahan, Samarcanda, faldá del Thibet, Chuzestan (en las riberas del Tigris), mar de Oman, Quilon (costa de Malabar), Ceilan, China, mar Rojo, Abisinia, El Cairo, Gizeh, Alejandria, Dandeta, Mesina, Roma, Luca y Paris. Describe con gran copia de da-

obra del español *Benjamin de Tudela*, porque nos muestra cómo los conocimientos adquiridos por los Árabes en el Oriente y Africa van tomando carta de naturaleza en Europa, y cómo se prepara el terreno para que den óptimos frutos en el campo de las ciencias geográfico-históricas los viajes de osados mercaderes ó navegantes italianos y portugueses. ¿Y en virtud de qué causas los pueblos de Occidente se apropiaron los conocimientos adquiridos por los Arabes?

Terminaba el siglo XI, cuando un Concilio y un hombre, el Concilio de Clermont y Pedro el Ermitaño, haciéndose intérpretes del sentimiento general y de las creencias populares, iniciaron la empresa memorable y heroica que lleva en la historia el nombre de *Cruzadas*. El mundo cristiano se dirigió al Asia, pronto á recabar de los sectarios de Mahoma el sepulcro del divino Jesús y los lugares en que padeció y murió por el hombre; y esta inmensa agitación de pueblos, esta sangrienta lucha entre dos religiones y dos razas, reobra en beneficio de la cultura humana y del progreso intelectual, moral y político de la sociedad europea. Las rudas y groseras costumbres de los pueblos europeos suavizanse en su contacto con la civilización arábiga, se conocen nuevos productos de la industria ó de la naturaleza, y de aquí necesidades que es preciso satisfacer abriendo amplias relaciones de comercio con los orientales. Los pueblos del Mediterráneo, principalmente los Griegos y las Repúblicas

los los lugares donde moran gentes de su raza; es árido en sus relaciones y, según Baratier, abunda en errores geográficos.

cas italianas, mantienen activo comercio con el Asia menor, y de este modo Venecia, Génova y Pisa, á la par que se alzan con el poderío marítimo en el Mediodía de Europa, contribuyen á difundir por Italia la ciencia de los Arabes, y particularmente el conocimiento de las tierras que habían descubierto ó visitado y descrito en las obras ya citadas. Teatro además el continente Asiático de grandes revoluciones que trajeron á la escena pueblos hasta aquella época desconocidos, se creó la necesidad de entablar relaciones con las tribus de Tartaria y con la China, dando así nuevos alientos á ese espíritu romántico y ávido de emociones y peligros, propio de la Edad, que engendraba vivo deseo de emprender largos viajes y atrevidas exploraciones, prediciendo y preparando en los siglos XIV y XV los descubrimientos de América y de la ruta á las Indias por el cabo de las Tormentas.

Al derrumbarse el Califato, diferentes pueblos y sectas religiosas se van sucediendo, y levantan sobre sus ruinas imperios más ó menos poderosos. Los Aglabitas se extienden por Africa y Sicilia; Zeiri funda su reino al Occidente de Africa; los Fatimitas se hacen dueños de Egipto; al mediar el siglo XI los Almoravides edifican la ciudad de Marruecos y se enseñorean de la España musulmana, y tras ellos Almohades y Benimerinés continúan tremolando en Africa y en España los estandartes del Profeta. A la vez, pueblos nómadas y medio salvajes recogían los girones del Imperio de Bagdad y de Damasco en Asia, y los Turcomanos avanzaban hasta lo que hoy se llama Turquía europea; en 1037 Togrul Bez conquista el Korassan y el Asia menor, y á los Gazne-

vidas y Seldjiucidas sucederá en 1308 el poder Otomano. Pero nuevos Hunnos cayeron sobre aquellos Bárbaros del Oriente: los pueblos que moraban en las vertientes del Altai oriental, los Mongoles, levantaron un día sus tiendas, y á la voz de Temudgin, que toma el título de Tchinghiz-khan ó Gran Khan de los Khanes, abandonan sus desiertos, caen sobre el Sur y avasallan á los Turcos orientales; atraviesan el Gran Desierto de Cobi, toman por asalto á Pekin y se derraman por el Norte de la China; invaden la Bukaria, y dueños del Kharizim y el Korassan, llegan á las costas del mar Negro. Ogodai, sucesor de Gengis-Khan, conquista la Siria, Asia menor, Georgia, Armenia, y nõ satisfecho con formar, cual nuevo Alejandro, un solo imperio de Asia, conduce sus hordas á Rusia, Polonia, Silesia y avanza hasta Hungria.

Los Cruzados y los Mongoles tropezaron en Siria con un mismo enemigo, los Musulmanes, y los que ántes exclamaban en sus rezos *a furore Tartarorum, libera nos, Domine*, envían ahora misiones y embajadas á los señores de Asia y se les cree medio cristianos, enlazando la existencia de los pueblos Mongoles con la tradicion del Imperio del Preste Juan en el Asia Oriental. Una espantosa revolucion ha mostrado á Europa tierras y pueblos que desconocía, y es necesario averiguar quiénes son y de dónde vienen esos Bárbaros y convertirlos al Cristianismo, si son paganos. Además, Cristianos y Mongoles tenían un mismo pensamiento, debilitar á todo trance el poderío musulman, y esta comunidad de interes abrió fácil camino á los enviados del Pontífice y á los embajadores de los prin-

cipes cristianos cerca de los khanes tártaros, jefes de tribu, entre quienes se hubo de repartir el dilatado imperio de Ogodai. De la Persia se hizo un principado casi independiente, un nuevo reino que lindaba con los estados del Sultan de Egipto, y de aquí excisiones entre Musulmanes y Tártaros que los cristianos fomentaban porque así convenía á sus intereses y propósitos. Pero el Imperio mongol continuaba fraccionándose; el khan persa se vió en peligro y buscó un apoyo fuera de los suyos, convidando con su alianza á los pueblos occidentales, y éstos, que veían al Cristianismo inclinar su cabeza en Siria bajo los repetidos golpes del Sultan de Egipto, accedieron á las excitaciones del rey de Persia, que ponía á disposicion de Felipe el Hermoso 200.000 caballos y 100.000 caballeros tártaros. De esta manera se irán afianzando de cada vez más las relaciones entre Oriente y Occidente, y las embajadas á los generales tártaros, señores de Persia, Armenia y Georgia, reportarán consecuencias de inmensa utilidad para la geografia y la historia del Asia. Se desconocía la mayor parte de Asia Central, y ahora las misiones y embajadas van á derramar claridad sobre aquellos países, de tal modo, que en los primeros años del siglo XIV podrá escribirse un *Indicador de los caminos de la Gran Tartaria para uso de los misioneros.*

Antes de comenzar la breve reseña que nos proponemos hacer de los principales viajes emprendidos por un interes religioso ó político al Turkestan y países circunvecinos, bueno será advertir que presentan en general graves dificultades cuando se trata de seguir paso á paso al viajero con escrupu-

losa exactitud: hay oscuridad, achaque común á todos los viajes de la Edad Media y que nace de varias causas. Los viajes y exploraciones por tierra han ofrecido siempre obstáculos de gran monta, que es preciso ir superando á la vez que se camina: el hombre más intrépido y entusiasta pierde la serenidad necesaria para observar y estudiar fielmente lo que ve, y si á esto agregamos las circunstancias especiales del viaje y tenemos en cuenta lo imperfecto de los medios disponibles para llevarlo á cabo, obvio será comprender cómo en las relaciones de los viajeros de la Edad Media se involucran países, pueblos y nombres, y se hace de las islas continentes y de los continentes islas. Por otra parte, los misioneros desconocían las observaciones de sus predecesores y de los que á la vez que ellos vagaban entre las tribus mongolas; todos anotaban sus primeras impresiones, y de aquí contradecirse unos á otros y referir maravillas y prodigios, fábulas y portentos. Además, los originales se han perdido, y como las copias no son su fiel trasunto, faltan á veces medios hábiles de asignar á un determinado viajero tal ó cual hecho de importancia suma para el acaudalamiento de la Geografía ó de la Historia. El mismo Marco Polo, que tanto renombre ha alcanzado, no distingue como debiera los países que visitó de aquellos otros que cita por referencias, aunque la verdad es que de Marco Polo no se han encontrado dos manuscritos iguales. Por estas razones, despues de haber examinado detalladamente cada uno de los viajes ó embajadas al Oriente, será preciso agrupar los resultados generales obtenidos, y de ellos deducir el tanto de bene-

ficio que reportó la Humanidad en el conocimiento de su mundo desde que Tártaros y Cristianos des-envuelven mayor intimidad de relaciones entre Europa y Asia.

En 1245, siendo Papa Inocencio IV, los frailes franciscanos *Lorenzo de Portugal*, *Benito de Polonia* y *Juan de Plan Carpino* fueron enviados á las regiones del Volga, pertenecientes á Batu, khan de Kaptchack, y por la misma época *Ascelino*, *Simon de San Quintin*, *Alejandro* y *Alberto*, dominicos, se dirigieron á los dominios de Batchú, khan de Persia y Armenia, agregándoseles en el camino *Andrés de Lonjumel* y *Guichard de Cremona*.

Durante trece meses viajaron los de la primera embajada, y fué su cronista *Juan de Plan Carpino*, nacido en Perugia en el año 1182. Despues de atravesar la Germania, la Hungría y la Sarmatia, llegaron á la residencia del khan Batu y le hicieron entrega de las cartas del Pontífice. Aún no estaba cumplida su mision; debian continuar en busca del Gran Khan de los Khanes, y entónces por vez primera, despues de Zeinmark, dos europeos visitaron las vastas regiones del Asia interior, lugares completamente nuevos para aquellos frailes que no tenían la menor noticia de la embajada de Justino. La viuda de Ogodai, regente del príncipe Kuyné, oyó en audiencia solemne y bajo una inmensa y lujosa tienda de púrpura á los enviados del Papa, quienes tuvieron que permanecer entre aquellas hordas hasta que el hijo de Ogodai fué consagrado emperador y se dignó recibirlos. *Carpino* aprovechó maravillosamente el tiempo estudiando el país y las costumbres de sus pobladores. Lluvias de granizo,

huracanados vientos y frecuentes tempestades, en que el rayo ocasionaba numerosas víctimas, hacian de la Tartaria un pais inhospitalario, donde entre elevadas montañas y llanuras de ardiente y movetiza arena habitaban hombres de mediana estatura, de chata nariz, ojos pequeños y barba rala, afeitada la cabeza y cubiertos con túnicas que se abrían de alto á bajo y prominentes gorros de púrpura. Pueblos supersticiosos, creían en un Dios que recompensa y castiga, adoraban el sol, la luna, el fuego, el agua y la tierra, y en la tumba donde yacía el cadáver de un príncipe ó afamado guerrero, colocaban un hondo plato lleno de carne, una taza de kumis, un pollino y un corcel embridado y con silla. Hombres y mujeres usaban la misma vestidura, y la ocupacion favorita de unos y otras era la caza, el arco y la equitacion.

Por fin, Kuyné despidió á los embajadores, entregándoles cartas para el Póntifice, que terminaban con esta arrogante frase: *Adoramos á Dios, y con su ayuda destruiremos la tierra entera desde Oriente hasta Occidente.*

Como premio á sus servicios, fué nombrado *Plan Carpino* en 1247 arzobispo de Antivari, en Dalmacia. Falleció hácia 1250.

Ascelino y sus compañeros se dirigieron por mar á la Siria, y por Mesopotamia y Persia alcanzaron las fronteras del Kharizim, donde se hallaba Batchú. *Ascelino* anotó tambien sus observaciones; pero son de menor importancia, por referirse á países ya bastante conocidos.

Para los fines políticos de nada sirvieron estas dos embajadas, y el mismo resultado se obtuvo de

las que San Luis, durante su cruzada á Palestina, confió al monje *Andrés* en 1248, y al franciscano *Ruysbrook* ó *Rubruquis* en 1253.

Corrió la voz de que el Gran Khan se había convertido á la religion cristiana, y el rey de Francia envió á *Rubruquis* y á *Bartolomé de Cremona*, que en el mes de Junio del citado año se embarcaron en Constantinopla. Atravesando primero los países y desiertos que se extendían entre el Don y el Volga, y despues el rio Jaick ó Ural, llegaron á una ciudad llamada *Kenchat*, admirable por la multitud de viñedos que adornaban sus campos, y luégo á otras dos, *Talach* y *Equius*, cuya situacion, así como la de *Kenchat*, aún no se ha podido determinar con exactitud: supónese, sin embargo, que el gran rio que hallaron en *Kenchat* es el *Yaxartes* ó *Syr Deria*. Designa *Rubruquis* la China Septentrional con el nombre de *Catay*, y da término á su viaje en la ciudad de *Kara-Korun*, cerca de *Tangut* y del *Thibet*, capital del gran Imperio mongol y corte á la sazón de *Mangú-Kan*, donde vivían prisioneros de guerra franceses y alemanes empleados en la explotacion de minas y fabricacion de armas, no muy descontentos de su suerte (1). El Khan le permitió residir dos meses en la corte, y en este período tuvo ocasion de admirar las extrañas costumbres de aquellos pueblos, más que tolerantes, latitudinaristas, que se diría hoy, en ideas religiosas, porque

(1) Conversó *Rubruquis* con una mujer de Metz, prisionera de los Mongoles en Hungría y destinada al servicio de una de las esposas de *Mangú*, cristiana también. Adornaban el salon del trono en el palacio de *Karakorun* un árbol y cuatro leones de plata, contruidos por *Guillermo Boucher*, platero parisien.

Mangú y los suyos asistían indiferentemente á ceremonias de cristianos, musulmanes y budhistas.

La ruta seguida por el embajador de San Luis es, con escasa diferencia, la que siguió *Plan Carpino*, y también hay gran semejanza en los datos que uno y otro nos conservan. Sin embargo, la relación de *Rubruquis* es ménos interesante porque el monje belga no se distingue por ese atento espíritu de observación que caracteriza al fraile italiano.

Desde Kara-Korum regresó por el mismo camino á Trípoli de Siria.

Tanto en el manuscrito de *Rubruquis*, descubierto en una biblioteca de Cambridge, como en la relación de *Plan Carpino*, se cita más de una vez al famoso Preste Juan, monarca cristiano que residía en el centro de Asia: Alberto de Aix y Othon de Freisinga hablaron de él á principios del siglo XII, y cronistas árabes, como Abul-Faradge, consignan también la tradición. *Rubruquis* encuentra ya un sér real en quien encarnar al imaginario Preste, y dicenos que es el príncipe mongol y nestoriano Ung-Khan, á quien en nombre de San Luis propuso una alianza contra los Mongoles enemigos del Cristianismo. *Plan Carpino* lo hizo príncipe indio, y en el siglo XV los Portugueses le convirtieron en rey de Abisinia.

Las relaciones de *Carpino* y *Rubruquis* forman época en la historia de la Geografía, porque descubren nuevos horizontes á los pueblos de Occidente que habían olvidado los conocimientos de la antigüedad clásica y aún no tenían noticia de los escritos de Arabes y Bizantinos, y recogen curiosas é importantes observaciones acerca de la situación

geográfica de los lugares y distribución de razas y pueblos á mediados del siglo XIII. Asienta *Rubruquis* que los Hunnos y los Húngaros son de raza finlandesa, originarios de los montes Urales, y nos dice que en la Crimea halló hombres de raza goda que hablaban aún su lengua primitiva y que él entendió por ser originario de los Países-Bajos. Los pueblos musulmanes de las orillas del mar Caspio, el Kachgar, los Morduinós, Búlgaros y Samoyedos, los Alanos, los Gazharos de Crimea, los Iberios, las tribus mongolas que vagan errantes por las fronteras de China, y otros países y pueblos del centro de Asia, se mencionan y describen en la relación de *Plan Carpino*, que habla además detalladamente de cuatro tribus y siete ciudades tártaras y del Benitabeth, como él dice, region que parece ser el Thibet. Se sabe por *Rubruquis* que ya en su tiempo los Khanes mongoles obtenían considerable producto de los lagos salados de Crimea; que la bebida favorita de estos beduinos del Norte era el *Kumís*, preparado con la leche de yegua, y el aguardiente de arroz; que en sus campos nacían plantas de gran aplicación á la medicina, como el ruibarbo, á la vez que abundaban las cépas, sobre todo en las orillas del Syr Deria. Y por su permanencia durante algún tiempo entre las tribus que lindaban con el mar Caspio, se demostró que éste era un lago sin comunicación alguna con el Océano del Norte, como en pasadas épocas se creía.

En aquellos siglos y dentro del mundo cristiano, la ciencia vivía refugiada en los claustros, donde se conservaban las noticias que recogieron los monjes embajadores. Pero algo llegaba á oídos del pueblo,

trasfigurado y con maravillosos tintes, lo que no tenía su razón de ser únicamente en la fantasía general, sino en las mismas narraciones de los frailes que mezclaban lo verdadero y posible con lo falso é inverosímil; así es que mientras por un lado nos describen con acierto las costumbres, producciones y ciudades de los pueblos sometidos á los Khanes tártaros, por otro admiten consejas y portentosas maravillas, y las refieren como cosa común y corriente. *Carpino* habla con mucha formalidad de los Parossitas, cuya boca y estómago son tan pequeños, que no pueden alimentarse más que de humo, y *Rubruquis* halló un país cerca del Catay, donde los extranjeros se conservan sin envejecer desde el momento que establecen en él su morada, amén de otros prodigios que hubieron de encontrar en el Oriente. Nada de esto, sin embargo, nos causa asombro; lo extraño sería que los frailes del siglo XIII se hubieran hecho superiores al influjo de la imaginación y al brillo mágico de lo desconocido que de tal modo ofusca las inteligencias. Eran los tiempos en que vivían, tiempos de general ignorancia, en que el más sabio pasaría hoy como muy mediano erudito; los monjes aún no figuraban en primera línea, y escasos en conocimientos y desenvuelta su razón en la atmósfera del siglo, no pudieron levantarse sobre el común de las gentes, y tomaron las cosas tal como las veían ó se las contaban. Lo nuevo extasiaba todavía más al vulgo de los campos y al guerrero; oyeron con asombro referir prodigios de lejanos países, y entónces lo fabuloso y sobrehumano tomó proporciones extraordinarias.

Por esto ni *Ascelin*, ni *Carpino*, ni *Rubruquis*

bastan para dar á conocer el Asia Central. Las Cruzadas han abierto las puertas del Oriente, y los enviados del Pontífice y de San Luis son los primeros que las franquean y revelan la existencia de países que vagamente se descubren en las obras de los Romanos y en las Geografías de los Árabes, mas por lo mismo que son los primeros, sus noticias aparecen incompletas y muchas veces inexactas ó dudosas, necesitándose verdaderas legiones de viajeros, unos conducidos por el afán de propagar el Evangelio ó dar cima á una mision política, y otros por el deseo de apropiarse las tan ponderadas riquezas del Asia Oriental, para ir familiarizando á la generalidad de los hombres con los pueblos de allende el Caspio, construir la geografía y la historia de sus inquietas tribus y variados países, y hacer saber á la Europa que más allá de sus límites existe un vasto mundo habitado por razas y naciones, ricas y populosas y no ajenas del todo á las ventajas de la civilizacion. Así se procede en la historia: las ciencias caminan paso á paso, y la ciencia descriptiva de la Tierra obedece á esta ley general. Durante tres siglos, monjes, caballeros y mercaderes, explorando y reconociendo las tierras interiores de Asia, excitarán la curiosidad de los pueblos y harán germinar en los espíritus ideas más atrevidas y aspiraciones más levantadas, que preparan los grandes descubrimientos con que termina la Edad Media y se inaugura la moderna.

A otras esferas de no menor interes trascienden las favorables consecuencias que para el buen cumplimiento de los fines generales de la humanidad derivan de las Cruzadas primero, y despues, en

mayor escala, del conocimiento de las tierras y pueblos centrales de Asia, mediante los viajes y escritos de los monjes embajadores.

Los dos continentes, Asiático y Africano, separados del nuestro por la debilidad del Bajo Imperio y por el cisma de Focio, vuelven, mediante las Cruzadas, á unirse con Europa: el europeo despierta de su letargo y ve nuevos pueblos y nuevos hombres, otras costumbres y otros estudios; admírase en Italia y en Constantinopla, y nota el adelanto de los Musulmanes y la aparición de nuevas razas en el vasto escenario de la sociedad humana; Arabes y Persas, Turcos y Mongoles se mueven y se agitan sin cesar en Asia; caen unos imperios y se levantan otros en sus ruinas; al espanto y al terror suceden el asombro y la curiosidad, y á la guerra las relaciones de política y de comercio; empiezan la misión y la embajada, y si el primer embajador corre graves peligros, los enviados de San Luis son recibidos con ménos barbarie, aunque con cierto orgullo y menosprecio; despues los cristianos se niegan á prosternarse ante un rey infiel, y el príncipe tártaro no se muestra enojado por esta conducta altanera; y así, y no obstante diferencias de raza, de religion y de costumbres, latinos y germanos, semitas y mongoles irán estrechando sus lazos, y dilatándose el horizonte de la vida y del pensamiento, nuevos destinos se abrirán á la cultura y perfeccion moral y material de los hombres. Desde este momento podrán resplandecer en la historia la verdad y la imparcialidad, porque ya la ignorancia y el fanatismo de secta ó de partido no llevarán sus sombras á la inteligencia: para los primeros historiados

res de las Cruzadas son los Musulmanes gentes despreciables, súbditos del vicio y ajenos á toda virtud, casi unos canibales; Guillermo de Tiro, Jacobo de Vitry y Villehardouin los consideran ya como hombres capaces de sentimientos generosos, tan afables en su trato y dignos en sus maneras como bravos en el combate. Y de la misma suerte participan los Tártaros; las fieras hordas de Ogodai, que hicieron temblar de espanto á la cristiandad, reciben en sus tiendas y ciudades á los que ántes rezaban á su Dios que los librase de ellas.

En suma, las relaciones de *Carpino* y de *Rubruquis* son el punto de partida de la ciencia histórica del Oriente: describiendo, á la vez que países, la organización militar y política y las costumbres de los pueblos del Turkestan, del Thibet y de la China occidental, dan á conocer el genio y carácter de raza, y conociendo esto es ya posible depurar los hechos que integran la historia de Asia durante los siglos XI, XII y XIII.

Merced á estas primeras negociaciones de los príncipes cristianos con los kanes de Tartaria, no solamente se desvanecen errores históricos y se adquiere una noción más justa de la forma y extensión de las comarcas orientales, sino que, continuando vivo en toda la Edad Media el sentimiento de curiosidad que aquellos viajes excitaron, se puede conjeturar el origen y camino de los grandes descubrimientos científicos é industriales, la pólvora, la imprenta, la estereotipia, el grabado en madera y la artillería (1). En el siglo X usaban los

(1) Abel Remusat. *Mémoires sur les relations politiques des Princes Chrétiens avec les empereurs mongols.*

chinos *carros de fuego*, semejantes á nuestros cañones, y el nieto de Tchinghiz-Khan marchó á la conquista de Persia llevando consigo un cuerpo de artillería china. Desde tiempos remotos conociase en este país la polaridad del imán; cinco siglos ántes de Guttenberg, en 958, aparecieron los primeros libros impresos mediante una plancha de madera de una sola pieza, tal como comenzó á usarse la imprenta en Occidente, y en 1154 circulaba papel moneda entre los Tártaros. Los naipes, una de las primeras aplicaciones del arte de grabar en madera, se inventaron por los Chinos en 1120, y no se oye hablar de ellos en Europa hasta 1332 en que Alfonso XI de Castilla prohibió su uso á los caballeros de la Vanda.

Todo esto llegaba á Europa, gracias á una mayor comunicacion de los pueblos occidentales con los de Asia, de tal modo, que Tártaros originarios de las fronteras de China, iban á Roma, Paris, Lyon, Barcelona, Lóndres; y Franceses, Italianos, Españoles, Ingleses y Flamencos atravesaban el continente asiático para estudiar las artes, idioma, creencias y costumbres de sus moradores, y recoger nuevas ideas que habían de introducir notables adelantos en la Geografía, en la Historia, en la Política, en la Religion y en los procedimientos científicos é industriales.

La Barbarie, la fundacion del gran imperio de los Arabes y las continuas guerras interiores de Asia cortaron las relaciones de los pueblos occidentales con la India: los Cruzados y las misiones y embajadas del siglo XIII cumplen en la Edad Media la mision de Alejandro en la Antigua, abriendo de nuevo las puertas del Oriente. Un doble movimiento se realiza en la esfera de las ciencias que enseñan á conocer la Tierra y el Hombre; por un lado la guerra y el proselitismo religioso impulsan y dirigen los descubrimientos de Occidente á Oriente; por otro, el espíritu del comercio lleva al Occidente los progresos alcanzados por las razas orientales.

Dueños los Arabes de Alejandría, pierde esta gran ciudad su antiguo poderío comercial; Constantinopla recoge su herencia, y hácia 1204, época de la cuarta cruzada, cuando los emperadores griegos son expulsados de Constantinopla y se funda el Imperio latino, sostenido por los Venecianos, la orgullosa República se declara señora del comercio,

ganando privilegios sin tasa. Pero en 1260 la dinastía griega recobra el trono de Byzancio, con el apoyo de Génova, mortal enemiga de Venecia, y desde entónces toda la importancia comercial y marítima pasa de los Venecianos á los Genoveses. Así, por espacio de dos siglos, Venecianos y Genoveses comerciaron con India y China por medio de caravanas que partian de las costas del mar Negro, porque el encono de los Musulmanes cerró el camino de Egipto hasta 1260, desde cuya época Venecia, Génova, Sicilia y Aragon firman tratados con el Soldan de Egipto y vuelve Alejandría á ser la principal estacion del comercio entre las Indias y las costas del Mediterráneo.

Y atendiendo al espíritu general de los pueblos que se distinguen por una mayor expansion de vida en la época que historiamos, fácil será comprender la relacion constante de los hechos con el estado especial de la actividad é inteligencia humanas en los siglos XIII, XIV y XV, hallando así ámplia base para el exámen de los principales viajes y descubrimientos que preceden á los dias de Colon y Vasco de Gama.

Italia en la Edad Media, no obstante el mortal encono de bandos y parcialidades opuestas que la mantienen en perpetua y sangrienta lucha, y la dividen en multitud de pequeños Estados, independientes unos, ótros sometidos á influencias ó poderes extraños y que alternativamentè llaman ó rechazan á Alemanes, Franceses y Españoles; á pesar de esto, ó tal vez por ello mismo, ocupa el primer lugar entre los pueblos de Europa cuando se atiende á clasificarlos en órden á su vida intelectual: las

ciencias, las letras, las artes, la industria adquieren un brillo capaz de ofuscar la vista del que ha penetrado la oscuridad de los tiempos feudales, y la culta Grecia parece que revive en las ciudades de Italia, porque el genio, buscando inspiracion en las grandezas de la antigüedad pagana, rompe los estrechos moldes del misticismo cristiano y protesta contra el absoluto imperio de la idea religiosa. Y si en general en la historia de las ciencias y de las artes figuran tan dignamente los pueblos italianos, estraño fuera no poder decir lo mismo de la historia de la Geografía, máxime si recordamos lo ya expuesto acerca de la importancia comercial de alguna de sus Repúblicas. El viajero más conocido en la Edad Media pertenece á Italia, y dentro de Italia á la República de Venecia.

Dos mercaderes de noble familia, *Nicolás y Mateo Polo*, se encaminaron en 1250 á las tierras de la Tartaria occidental con intencion de vender mercancías que habían adquirido en Constantinopla. Cumplido su objeto en las orillas del Volga, donde vivía el khan Barkah, se preparaban á regresar, cuando la guerra que estalla entre Barkah y el khan Hulagú les obligó á dirigirse hácia el Este para evitar la peligrosa ruta del Don. Pasan entónces al Norte del mar Caspio, y por el lago Aral y atravesando el Sihoun—antiguo Yaxartes—llegan á la gran ciudad de Bokhara. Tres años permanecen en los Valles del Syr Daria y Amon Daria, durante los que estudian la lengua y costumbres de los Tártaros, é instados por el vencedor Hulagú, visitan á Kublai Khan, cuarto hijo de Gengis-Khan, Emperador de China, que en el verano fijaba su residencia en Mongolia. El Gran

Khan les colmó de agasajos, les interrogó sobre Europa y sus principales acontecimientos, pidiendo detalles acerca de la Iglesia, del Papa y Emperadores y Reyes que dominaban en los pueblos occidentales y, satisfecha su curiosidad, nombró á los dos hermanos sus embajadores cerca del Pontífice. En 1269, despues de diez y nueve años de ausencia, tornan *Nicolás* y *Mateo* á su patria, donde aquel sabe que su mujer murió, dejándole un hijo, nacido á los pocos meses de su partida. Este hijo era *Marco Polo*. La silla de San Pedro estaba vacante por defunción de Clemente IV, y dos años trascurrieron sin elegirse Pontífice; al fin se consagró á Gregorio X, y con cartas credenciales del nuevo Papa, que se hallaba en Acre, volvieron desde esta ciudad á internarse en Asia. En este segundo viaje, emprendido en 1271, les acompañó el jóven Marco, á la sazón de diez y siete años de edad.

Lentamente atravesaron el Asia occidental y la Tartaria, á causa de las lluvias y desbordamientos de los grandes rios. Despues de recorrer Armenia, Georgia y Persia, pasan el Hindou-kuch y llegan á Badaekan, ciudad próxima á las fuentes del Oxo ó Dji-hum; se internan en la fria y áspera comarca de Balacian, salvan las montañas Bolor entre el Altai y el Himalaya, siguen caminando por las regiones del Kachgar, Cotan y otras de la pequeña Bukharia y entran despues en la provincia del Khamil, donde eran los hombres tan hospitalarios, que cedian á los viajeros sus hijas y mujeres. Este país linda ya con el Gran Desierto de Gobi; era preciso atravesarlo, y como Marco Polo no conocía la fatiga cuando trataba de completar sus estudios geográficos, los via-

jeros penetraron en él, y á los cuarenta dias de camino vieron á Karakorum, capital de los Tártaros. No se detienen aquí, sino que avanzan hácia el Norte; visitan el reino de Tenduz, gobernado por un descendiente del Preste Juan, y atravesando la gran muralla, llegan á Tsaan-Balgassa y á Chang-ton, donde los recibió Kublai-Khan.

Antes de pasar más adelante, bueno será advertir que la magnífica obra de Marco Polo *Il Millione di Messer* (1)—el libro de las maravillas del mundo, como le denominaron los primeros copistas—no es precisamente la relacion de un viaje, sino una obra descriptiva y estadística, donde es difícil distinguir lo que el viajero ha visto por sí mismo de aquello otro que le han contado y él refiere. En la relacion se dice textualmente que *Marco Polo, sabio y noble ciudadano de Venecia, vió todo esto con sus propios ojos, y lo que no vió lo oyó de boca de hombres instruidos y dignos de fe*. La gran semejanza entre la relacion del viaje de *Hinan-Thisang* (2) peregrino budhista del siglo VII y algunas descripciones de *Marco Polo*, contribuyó á que Humboldt, siguiendo el parecer de Jaquet, emitiera su juicio sobre *Il Millione*, opinando que el fondo de esta obra pertenece á la observacion directa y personal del viajero.

(1) Cuando Marco Polo regresó de su viaje, gustaba mucho hablar de los millones del Gran Khan; por esto sus compatriotas dieron en llamarle *Messire Million*, y de aquí el nombre de su libro.

(2) De 628 á 643. Su itinerario es este: Tartaria, montes Thso-ung-ling, Tasch-Kend en las orillas del Yaxartes, desfiladero de las Puertas de hierro, valle de Kabul, Indo, valle de Kachemir, imperio de Magadha, curso del Ganges hasta su desembocadura, costas del Malabar y Guzerate, márgenes del Bajo Indo, Indo Kuch, pequeño Thibet, Kaseghar y China. (Klaprot: *Memorias relativas al Asia*.)

pero que además echa mano de documentos oficiales y particulares, especialmente libros chinos y mongoles, que pudo muy bien conocer y consultar como gobernador de la ciudad de Yangú. Añádase á esto la falta de método con que escribió su libro *Marco Polo*, y se comprenderá la dificultad de trazar con exactitud la ruta del viajero y de seguirle paso á paso en sus expediciones á través de las comarcas del centro y oriente de Asia. Indudablemente, si es acertada la opinion de Humboldt, *Marco Polo* desmerece como viajero, pero en cambio adquiere proporciones extraordinarias al considerar que no se circunscribe á recorrer los países del Oriente por mera curiosidad ó guiado por un fin político ó un interes comercial, sino por laudable afán de completar la ciencia geográfico-descriptiva y recoger todo lo que pudiera servir al mejor conocimiento de los pueblos asiáticos.

Sin embargo, la geografía y la historia de Asia deberían más á *Marco Polo* si la falta de método no hubiera inutilizado en parte sus esfuerzos. De vuelta á Italia, y preso por los Genoveses en combate naval, entretiene las horas de cautividad redactando su famoso libro con la ayuda de Rustigielo de Pisa, que hacia las veces de amanuense; y escrito de memoria, sin indicar direcciones ni distancias, con muy mala ortografía en los nombres propios y sin distinguir lo suyo de lo ajeno, aparece la relacion vaga y oscura, oscuridad que aumenta á la par que la ignorancia y descuido de los copistas van alterando el original y se traduce á diferentes lenguas. De aquí inexactitudes y exageraciones que en los tiempos modernos han llevado á algunos á

dudar de la veracidad de *Marco Polo*, acusándole de describir países que no ha visto, acusación que sería más fundada si teniendo noticias de esos países no las hubiera incluido en su libro. Las exageraciones no deben ser motivo de reproche, dada la impresión que siempre ejercen en el ánimo las cosas nuevas, y la inexactitud que pueda notarse en algunos pasajes no autoriza á desconocer la rigurosa fidelidad con que en otros muchos describe los países y apunta las producciones de su suelo y costumbres de sus moradores.

Ahora y tras estos párrafos á guisa de preliminar indispensable para huir de torcidas interpretaciones y falsos juicios, continuaremos el relato del viaje exponiendo todas las noticias y datos de mayor interés que *Marco Polo* recogió durante su permanencia en Asia y que sirvieron para formar la descripción más completa que se había hecho de las regiones orientales de aquel Continente, en un libro que fué la principal base de los estudios geográficos hasta mediados del siglo XVIII.

Favorablemente acogidos los viajeros entre las tribus mongolas, ya muy civilizadas por su contacto con los pueblos del Iram y de China, el Gran Khan nombró al joven *Márcos* para uno de los mejores destinos de su corte, y habiéndose apoderado aquel jefe de las regiones meridionales de China ó Manghi, entregó al veneciano el gobierno de una de sus nueve provincias, que comprendía Yangú ó Yang-Tehen y otras veintisiete ciudades. En los tres años que desempeñó este cargo, de 1277 á 1280, recorre *Marco Polo* los países sometidos á su autoridad y otros comarcanos, gira visitas á las

más importantes ciudades, como Tso-chen, Pianfú, Ava, Kassay, Taiping y Nanking, explora los valles del rio Amarillo y el Irauadi, y desde este punto, pasando por Annam y Tung-king, se dirige al Nordeste de China, donde visitó las ciudades del litoral, entre ellas la célebre Quinsay, moderna Hang-Tehou, la Venecia de los chinos, según *Marco Polo*, y albergue de los más ricos mercaderes del mundo.

Durante su permanencia en Manghi, estudia y adopta la lengua y los usos de los Mongoles, cruza el pais de caminos y canales, crea institutos para alimentar á los pobres y recoger los niños expósitos, y desde su ciudad de Yang-Tchen acopiaba los materiales que le habían de servir en la prision de Génova, ya recorriendo todas las provincias de China, ya buscando con afan el trato de los hombres conocedores de aquellas comarcas y de los escritos ó tradiciones de su raza, que en este punto empiezan á adolecer de oscuridad ó confusion los historiadores de la Geografía que se ocupan en resumir y comentar la obra de *Marco Polo*. Los grandes detalles que hay en su libro acerca del Japon son parte á que algunos hayan afirmado que, saliendo del puerto de Zeitung, en la China Sud-oriental, y puesta la proa al Norte, visitó las islas que él llama Zipungu, para descender despues por el mar de la China á la provincia de Ciamba, al Sur de Cochinchina, miéntras que otros sostienen que, encargado de una mision por Kublai-Khan, se dirigió en línea recta á las costas de Cochinchina y mares del Sur.

Hacia ya algun tiempo que los viajeros deseaban regresar á Europa, detenidos en China tan sólo por

complacer al Emperador, cuando el matrimonio de la hija de éste, Cogatra, con Arghum, príncipe mongol de Persia, les proporcionó ocasión para cumplir sus propósitos. La caravana que, atravesando el centro de Asia, se dirigía á Persia con los embajadores de este reino y la futura esposa de Arghum, tuvo que volverse obligada por los obstáculos que opusieron la naturaleza y la mala voluntad de las tribus errantes del Desierto. Entónces se pensó en variar de ruta, y acudieron á *Marco Polo* para que con su práctica y experiencia de viajero guiara á la ilustre comitiva por las aguas del Oceano Índico. *Nicolás, Mateo y Marco*, que llevaban ya diez y siete años viviendo en territorio chino, parten al fin con la princesa Cogatra, los embajadores persas y una escuadra de catorce buques, elegidos entre los mejores de la marina imperial. Hiciéronse á la vela en el puerto de Zeitung, y tocando en Saigon, islas de Condor, Bintang, Sumatra, Nicobar y Andaman, llega la flota á Ceilan, desde donde se eleva hácia el Norte para recorrer las costas de la India occidental, Coromandel, Goleonda, Lar, cabo Comorin, Culam, Eli y Gudjarate. Al llegar aquí parecía natural que *Marco Polo* se encaminara directamente á Persia; mas sin duda quiso explorar otras tierras que excitaban su curiosidad, y—atendiendo á la relacion—se internó en el mar de Oman, costeó la Arabia, tocó en la isla Socotora, avanzó hasta Madagascar, y virando hácia el Noroeste, visita la isla de Zanzibar, ve las playas africanas, reconoce la Abisinia y la ciudad de Adem, y llega á Ormuz, donde da fin á su larga travesía la flota que equipó el emperador mongol. Los venecianos se dirigieron por tierra á

Trebisonda, y de aquí á Constantinopla y Negroponto, donde se embarcaron para Venecia. En 1295, despues de una ausencia de veinticuatro años, entraba *Marco Polo* en su ciudad natal. Nadie reconocía á los tres viajeros, ni sus mismos parientes: se desconfió de ellos, se les tuvo por impostores; pero un espléndido festin, servido con un lujo asiático, y la lluvia de rubíes, esmeraldas, zafiros, diamantes y carbunclos que dejaron caer de sus toscas vestiduras de viaje ante los convidados atónitos, ahuyentaron el recelo, y ya no hubo quien se atreviera á poner en duda las extraordinarias narraciones de *Marco Polo*. Poco despues, como ya hemos indicado, cayó prisionero de los genoveses; en 1299 fué puesto en libertad, y murió, segun datos más fehacientes, hácia 1323.

En su relacion describe minuciosamente el Thibet, todas las grandes ciudades del Imperio chino y los mares, islas y costas del Este y Sur de Asia. La vasta region del Thibet comprendía ocho reinos, donde los hombres jamás contraían matrimonio con virgenes; en ese país abundaba el almizcle, y con tal motivo habla del almizclero, el gran faisán y otros animales propios de dicha region, que describe con bastante exactitud. Al Sudoeste coloca la provincia de Saindú, por donde corre el Ganges, que termina al Oriente con el rio Brius, tal vez el Bramaputra, cuya ribera opuesta pertenecía al Carajam ó país de Asoam. Entra despues en el Imperio chino y describe á Combalú, Pekin, Nankin, Quinsay,—Hang-Tchen—y el puerto de Sanfú-kan-Phu, de gran comercio con las Indias: entre las maravillas de Pekin, cita la *pedra negra*—carbon de

pedra—que se arrancaba de las montañas de Kathai, porque á la vez que describe estos países y el Tangut, al Oeste del rio Amarillo, da exactísima idea de las costumbres, producciones é industria de los habitantes de sus ciudades y de las tribus nómadas del campo. Hace la biografía del Gran Khan; pondera las magnificencias de su palacio; da cuenta del gobierno imperial, notable por su centralización excesiva; menciona el papel-moneda, la porcelana, el arroz, el algodón, el azúcar, y admira el vasto comercio de los puertos chinos, así como la abundancia del oro en relación á la plata, aunque es de notar que guarda silencio respecto al té.

Al Mediodía del Japon, cuyos moradores eran blancos é idólatras, se extendía un vasto mar, con 7.440 islas—no afirma haberlas visitado todas—y en los mares del Sur, que indudablemente recorrió él mismo, pues por ellos emprende su vuelta á Europa, la primera provincia que cita es la de Ciamba, rica en elefantes y madera de ébano. Al Sudeste se encuentra la isla más notable del mundo, la Gran Java—Borneo,—de donde vienen las especias, y próxima á ella la Pequeña Java, sin duda Sumatra, cuyos isleños son hoy tan salvajes como nos los pinta *Marco Polo* en el siglo XIII. Al Norte de Sumatra describe una isla de cada uno de los grupos Nicobar y Andaman, pobladas por antropófagos que tienen cabeza de perro; y despues de visitar la isla de Ceilan, de inmensa extensión ántes que la cubrierán las aguas del mar, pasa á la India, describe las costas de Coromandel, Malabar y Guzerate y da á conocer las castas, clases sociales y tribus de la

península Indostánica, los Chamanes ó hechiceros, las Balladeras ó rameras, y los famosos piratas de Lar ó Guzerate. Habla además de los reinos de Comorin y Delhi, y cita las ciudades de Coil—Travancore,—Cambaya, Semenat y Tana, de gran comercio con los Arabes y Chinos en el siglo XIII.

En este tercer viaje que hizo *Marco Polo* para regresar á su patria acompañando á los embajadores persas, halló ancho campo para nuevas y curiosas observaciones, porque vió otros hombres y otras costumbres y admiró la preciosa y exuberante vegetacion de las costas é islas del Mediodia, así como los perfumes de la Arabia. las especias procedentes de lejanas y maravillosas tierras, el topacio, la amatista, el zafiro y la esmeralda de Ceilan, los diamantes de Golconda, que alimentaban el poderoso comercio de las Indias con la Tartaria, los archipiélagos Malayos, el golfo Pérsico, el mar Rojo y las playas de Africa y Madagascar.

No se olvida á *Marco Polo* describir los últimos países que visita en Asia: además de las ciudades de Persia y division geográfica de este reino en ocho provincias, nos habla en su libro de la Arabia, del Africa oriental y de los desiertos del Norte de Asia; pondera la importancia comercial de Aden, los dátiles de Basora y las fábricas de brocados de oro y damasco de Bagdad. El gigantesco *Rok* de las *Mil y una noches* levanta su vuelo en Madagascar, y en los vecinos mares hay una isla donde sólo habitan mujeres, y otra poblada únicamente por hombres, fábulas que debió tomar del árabe Ibn-el-Onardi ó Bakubi, de quien es tambien la de los hombres con cabeza de perro que moraban en las

islas del golfo de Bengala. Aquí hallamos claramente demostrado que *Marco Polo* no visitó todos los países que cita en su obra, sino que da á conocer muchos por simples referencias de otros autores, que hace suyas. Así sucede con todas las tierras extremas, Norte y Sur, del mundo entónces conocido: en la Abisinia ó Abasee reinaba un monarca cristiano cuyos súbditos eran musulmanes, y al Norte, despues de un extenso país rico en peletería y cubierto casi siempre de nieves y hielos, se encontraba la region de las Tinieblas, cuyos moradores no tienen cabeza, se ven privados de la luz del sol en invierno y forman un numeroso pueblo tributario de los Mongoles. Sin embargo, á través de la fábula, se observan rasgos generales que tienden á dar una idea aproximada de la Siberia y tierras del Septentrion de Europa.

Estas son, en resúmen, las noticias que acerca del mundo oriental proporciona el importante libro del ciudadano de Venecia y viajero infatigable. A medida que los países de Asia se fueron reconociendo, se confirmó la exactitud de la relacion de *Marco Polo*, sobre todo respecto á las tierras que seguramente él mismo observó y estudió. ¿Cuáles fueron éstas? Difícil es, como ya indicamos, enumerarlas una por una; mas, no obstante, nos atrevemos á afirmar que sus verdaderos viajes se reducen á tres:

- 1.º Desde Italia hasta la China.
- 2.º Desde las costas orientales de este territorio al Sur de Asia, bien remontara ó no accidentalmente los mares Azul y Amarillo.
- 3.º Su regreso por el Oceano Índico hasta

la Persia, y de aquí á Constantinopla é Italia.

La Siberia, la China Septentrional, más allá de la Gran muralla, el Japon é islas del Grande Océano, Borneo y Sumatra, Arabia, Zanguebar, Abisinia, Madagascar y Siria son comarcas donde probablemente jamás estuvo *Marco Polo*, y todo lo que puede aventurarse es que arribara en cualquiera de sus viajes á puertos de alguno de esos países, pero sin detenerse en ellos el tiempo necesario para adquirir idea fiel y exacta por medio de observaciones propias.

De lo hasta ahora expuesto se deduce, y sin precision de insistir demasiado en mostrar las consecuencias altamente favorables que para el progreso de la Geografía y de la Historia derivan de la circunstanciada y completa relacion de los viajes y descripciones de *Marco Polo*, que es su libro base y fuente de todo estudio histórico-geográfico que se intente hacer de Asia en la Edad Media. Expresa la situacion respectiva de los lugares en lo que era posible, dado su tiempo; señala frecuentemente rios y montañas que sirven de confin á unos y otros países; menciona las ciudades más importantes del Este y Sur de Asia, y adelanta nociones muy aproximadas á la verdad respecto á las comarcas septentrionales de dicho continente é islas superiores de la Malasia, viniendo á ser el que recoge los adelantos de los Arabes en la geografía de Oriente, la acaudala con sus observaciones personales, la enriquece con todos los datos que puede adquirir de los Mongoles entre quienes vive, y formando una descripción, confusa sí, pero la más completa que se había visto del mundo oriental, la entrega á los

pueblos de Europa, ávidos de penetrar la oscuridad que envolvía las tierras donde se elevaban uno tras otro los poderosos imperios de Arabes, Tártaros y Turcos. Las costumbres especiales de raza ó de tribu, las producciones y caracteres del suelo en los reinos vegetal y mineral, así como la fauna de aquellas regiones; la constitucion política, militar y áun financiera de los Khanados mongoles; las relaciones que median entre diferentes príncipes y reyes; el comercio que tiende á estrechar las que no ha creado, nada olvida *Marco Polo*, y el hecho de redactar su libro de memoria, sin servirse de notas recogidas en el terreno mismo, en una prision y para distraer las amargas horas de cautividad, muestra más que nada el espíritu atento y observador del gran viajero veneciano.

La historia de los últimos tiempos del poderio mongol en Asia y la historia del comercio, tan influyente en los destinos y progreso de la especie humana, se perfeccionan y completan gracias á *Marco Polo*, porque no se limita á describir los caracteres físicos de los países que explora, la distribucion interior de las ciudades, los templos, palacios y edificios notables por su grandeza y suntuosidad, las producciones del suelo, las costumbres de los habitantes, las leyes políticas y administrativas, sino que además cuenta detalladamente batallas y hechos históricos que dieron renombre á determinados países del continente oriental: así, por ejemplo, refiere la toma de Bagdad por los Tártaros, habla del célebre Viejo de la montaña, jefe de los Hashishins, y recoge curiosos documentos sobre la Gran Turquía que, aunque fragmentarios, constitu-

yen la verdadera historia de los Kanés mongoles de Persia. Escribe también *Marco Polo* en su obra que los productos de la Península Indo-China y de las islas del Océano Indico llegaban sobre barcos del país á la costa Malabar, donde, unidos á las producciones de la Península Indostánica, se exportaban en barcos árabes y egipcios á los puertos del mar Rojo, para desde allí pasar á Alejandría y de Alejandría á Europa (1). Esta es la ruta principal del comercio durante la Edad Media, comercio que insensiblemente acercaba hombres y pueblos diferentes en raza y en religion, y por lo tanto en costumbres y organismo social y político.

La Geografía y la Historia, verdaderas antorchas que iluminan el pasado, aclaran el porvenir y disipan las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie, reconstituyendo el mundo y presentando la vida de los hombres en el mundo para extinguir odios y temores que en el alma engendra lo desconocido; la Geografía y la Historia que elevan la razon humana á más altas esferas, desde donde llama á todos los hombres y á todos los pueblos para enlazarlos en la unidad de su origen y en la comunidad de sus fines, y crea multitud de relaciones y mutuos intereses que preparan el dia feliz en que sea una verdad la santa aspiracion del sublime Mártir de la Cruz, *paz y caridad entre todos los hombres*; la Geografía y la Historia, repetimos, pasan del período de incubacion, en que todo vive y se desarrolla confuso y embrionario, á la edad juvenil de las grandes aspiraciones, desde el momento en que *Marco Polo*, in-

(1) Véase sobre este punto á Scherer: *Hist. del comercio*.

vestigando con genio excrutador las tierras orientales, abre de par en par las puertas que cerraban los últimos confines de Asia. En el mismo siglo XIII y en los siglos XIV y XV, italianos y franceses, ingleses y españoles, continúan la obra de *Marco Polo*, y confirmando sus relatos sobre los países meridionales y orientales del viejo continente Asiático, harán brotar en la mente de Colon el pensamiento que le lleva á descubrir un continente nuevo, y en los marinos de Portugal la idea de aventurarse en las olas vírgenes del Atlántico para costear el Africa y abordar en las playas meridionales de la India.

En la segunda mitad del siglo XIII figuran en la historia de la Geografía, además de *Marco Polo*, los nombres del armenio *Hayton*, de *Ricoldo de Monte Croce*, toscano, y del calabrés *Juan de Monte-Corvino*, obispo que era de Pekin en 1312. Las narraciones de viaje que escriben están muy por bajo de *il Millione di Messer*, pues aunque relativas tambien al Asia, desconocen sus autores varias comarcas de las descritas por *Marco Polo*, sobre no haber seguridad de que todos ellos sean viajeros: así se niega este título á *Hayton*, quien, como príncipe de Gorigos en Cilicia, pudo, sin necesidad de recorrer él mismo los países que cita, acopiar los materiales precisos para formar su incompleta descripción de Asia.

En el siglo XIV, los viajes del franciscano *Oderico de Pordenone*, del arzobispo *Juan de Cor*, del dominico *Jordan Catalan de Severac*, del inglés *Mandeville* y el mercader florentino *Balducci Pegoletti*, y

de *Pascual de Victoria* y *Juan de Mariñola*, también franciscanos, nos muestran que la religión, la política, la curiosidad y el comercio mantienen y avivan de cada vez más el impulso hácia las regiones, apénas entrevistas, del mundo oriental. Pero ante el libro de *Marco Polo* desmerecen, no solamente las relaciones del siglo XIII, sino también los viajes y las obras descriptivas que entran de lleno en el siglo XIV y primera mitad del XV. Así es que entre todos los viajeros que hemos citado, los únicos que requieren especial mención, por la mayor amplitud de sus conocimientos y como continuadores de *Marco Polo*, son *Oderico*, *Pegoletti* y *Mandeville*.

Oderico de Pordenone, misionero franciscano, de 1314 á 1330 atravesó el Asia desde las costas del mar Negro hasta el Imperio chino: sus observaciones, oscuras y confusas, ofrecen poco interés en punto á novedad, y únicamente cabe dedicarle alguna atención al describir los países marítimos del Indostan. Admira en la costa de Malabar los inmensos bosques, poblados de serpientes y cocodrilos, donde crece la planta de la pimienta, y menciona singulares supersticiones de los indios, como el respeto que profesan al buey, la costumbre de las viudas de perecer junto al cadáver del que fué su esposo, y el fanatismo que les llevaba á morir aplastados bajo las ruedas del gigantesco carro del Dios.

De la India pasó á Lamery—Sumatra?—país excelente y fértil, donde vivían tribus antropófagas, y hombres y mujeres iban desnudos: próximas se hallaban la isla de Ceilan, con criaderos de diamantes

y rubíes y aves de dos cabezas; la de Java, cuyo rey tenía el más alto y suntuoso palacio del mundo, con escalones de oro y plata, y otras 4.400 islas regidas por 64 príncipes.

Después se dirigió hácia China, á cuya parte meridional ó Manghí llama India superior: allí los hombres eran todos artesanos ó mercaderes, y tenían las uñas tan largas como diminuto el pié las mujeres, las más hermosas que había bajo el sol. Residió tres años en Pekin, cuyas magnificencias describe, y en su regreso á Europa, atravesó los dominios del Preste Juan, el Thibet y la gran provincia de Kassan—Kaschgar—sometida á China, siendo el primer viajero que habla del Gran Lama, *Papa del Oriente y jefe espiritual de todos los idólatras*.

Esto es, en muy breve resúmen, lo que dice el bienaventurado *Oderico* de los países de Asia: vemos, efectivamente, que salvo algun detalle de usos y costumbres de los pueblos de la India, en nada contribuye á aumentar los conocimientos que Europa tenía de Oriente en los últimos años del siglo XIII.

Baldwino ó Balducci Pegoletti, que recorrió el Asia en 1335, dejó escrito un itinerario de la ruta que seguía el comercio desde Azof á China, y aunque los lugares que cita los visitaron ó describieron ya *Carpino*, *Rubruquis*, *Marco Polo* y *Oderico*, completa los datos y observaciones de estos viajeros, determinando con bastante exactitud la situación de las principales ciudades del interior de Asia.

Los mercaderes pasaban de Azof á Astrakan, y de aquí á Sara ó Saray, capital de los Tártaros del

Norte, á 10 jornadas del mar Caspio y junto al rio Actuba, que desagua en el Volga. A orillas del Jaik ó Ural y á media milla del rio Djihun, Organzi ó Urgendi, se levantaba la floreciente ciudad de Sarauco; las caravanas llegaban despues á Oltrar, una de las mejores ciudades del Turkestan, y de aquí descendían á Armalek, capital de los Medos. Continúa citando otras ciudades, sin olvidarse de señalar la distancia que las separa por medio de los dias de camino. Camexu—Khamil—situada entre los montes Tian-Chan y Kuenlun, dista 65 jornadas á caballo de un rio que parece ser el Hoang-ho ó Amarillo, y Cassay es la Quinsay de *Marco Polo*, distante 250 leguas de Pekin. Así el itinerario de *Pegoletti* presta notables servicios á la geografía de Asia en la Edad Media, en cuanto confirma las indicaciones de *Marco Polo* respecto á la China septentrional, y citando las principales ciudades que sirven de estacion al comercio, pone á la historia en camino de conocer los poderes que regían al Asia en el primer tercio del siglo XIV.

Juan de Mandeville, caballero inglés, de genio atrevido y espíritu aventurero, abandonó su patria en 1327 para entrar al servicio del Soldan de Egipto y combatir despues al lado del Gran Khan de Katay contra los franceses. En 1356 escribió la relacion de sus viajes, adicionándola con noticias sacadas de antiguos cronicones y libros de caballerías. En esta obra, que dedicó á Eduardo III, describe gran parte de la Tartaria, la Persia, Armenia, Etiopía, India y sus islas, conforme á las narraciones de *Oderico* y á la geografía de *Hayton*, exornadas con un sinnúmero de prodigios y portentos: vió hombres de 16

varas de estatura, montañas con demonios que vomitan fuego, y frutos semejantes á una algarroba de gran magnitud que contenia un pequeño cordero. Con esta tendencia á lo maravilloso no pudo olvidar *Mandeville* al Preste Juan: coloca su reino en Pentaxoira—Pends-Chemir, entre la India y la Gran Bukaria?—y describe sus inagotables riquezas y sus soberbios palacios, donde resplandecía el oro y centelleaba el carbunelo.

Todas estas fábulas respondían admirablemente á ese afán de conocer historias maravillosas, tan común en los pueblos europeos del siglo XIV, y de aquí que entre todos los viajeros narradores de su época sea el que mayor predicamento alcanza *Juan de Mandeville*, cuyo libro es el más exacto reflejo de la geografía popular en aquel siglo y gran parte del XV.

Esta original manera de describir los países orientales, si bien es cierto que desnaturaliza su geografía y por el influjo irresistible de lo maravilloso en el ánimo hace olvidar las verídicas relaciones del libro de *Marco Polo*, contribuye en cambio poderosamente á aumentar en los pueblos la afición al comercio y á las grandes expediciones. Así se explican diferentes viajes realizados en aquellas edades. Cuenta la tradición, y se halla consignado por algunos historiadores italianos, que dos genoveses, Tedisio Doria y Ugolino Vivaldi, se propusieron llegar á la India por el Oeste, y refiérese también la historia del escocés Roberto de Macham, que, huyendo con su amante Ana de Arfé, arribó á la isla de la Madera, donde creyó hallar el Paraíso de sus amores.

Hay un hecho importante en los primeros años del siglo XIV que no debemos pasar en silencio: la famosa expedición de Catalanes y Aragoneses á Levante, acaudillados por Roger de Flor y Berenguer Entenza. El Imperio griego desfallecía ante el poder de los Turcos, que amenazaban cerrar de nuevo las comunicaciones entre Europa y Asia, y sin fuerzas para defenderse, determinó buscar amparo en extrañas y aguerridas gentes: entónces los héroes de Sicilia, de Nápoles, de los Pirineos lanzaron su grito de guerra en las feraces campiñas del Asia Menor, y las riberas del Pactolo y las vertientes del Tauro fueron testigos del estrago y matanza que señalan las victorias de los terribles almogávares. No ya viajeros ni mercaderes, sino soldados, gentes incultas que aún no habían formado clara idea de las regiones orientales más próximas á Europa, viven y acampan en su suelo, asaltan sus ciudades, llevan el influjo de su patria á las orillas del Bósforo y del mar Negro y, abriendo con sus excursiones militares más amplia esfera á las mercantiles, coadyuvan al progreso de la Geografía entre los pueblos españoles del Mediterráneo, particularmente entre los mallorquines. Navegantes de Mallorca son los primeros que surcan hácia el Mediodía el Océano Atlántico, como lo prueba la expedición emprendida por *Jaime Ferrer* al río del Oro en 1346, segun consta por el Atlas catalan de 1375.

Si ahora quisiéramos presentar una demostración palpable y evidente de los grandes progresos realizados en la Geografía durante los siglos XIII y XIV, nada más á propósito que los mapas generales del mundo pertenecientes á la citada época.

En los últimos años del siglo XIII y primeros del XIV se redactaron las copias de *Marco Polo*, se activaron los estudios cosmográficos, se fué adquiriendo una idea aproximada de la configuración de las grandes masas continentales, y aparecieron los mapas de Marino Sanudo y el famoso mapa-mundi catalan, á semejanza de los mapas árabes y señalando los lugares de Asia con los nombres que les había dado *Marco Polo* en su relacion. En el mapa de Sanudo, publicado en 1306, se halla claramente delineada la forma triangular de Africa, y en el mapa catalan, limitado al Noroeste por las islas Orcadas y Setlandia, Noruega y Dinamarca, al Sud por Tombuclu y Nubia, y al Este por la ciudad de Combalú ó Pekin, se dibujan al Occidente de África las islas Azores y Canarias; prueba de que los Europeos conocían dichas islas ántes de 1432 y 1495, fecha en que respectivamente se atribuye su descubrimiento á Portugueses, Españoles ó Italianos. Dicese que las Azores fueron visitadas por los Normandos, quienes primero las llamaron islas Bracir, como se lee en el mapa-mundi de Pisigano de 1367, y en otro de 1384 se ve la isla de la Madera con el nombre de *isola di Legname*, datos que sirven para no permitirnos olvidar que mucho ántes de Cristóbal Colon se navegaba ya por los mares de Occidente.

El siglo XV se inaugura con los viajes de *Juan de Bethencourt* á las Canarias y la invasion de Tamerlan en Asia, ambos hechos de gran importancia en la historia de la Geografía, porque, dueños los Europeos de las antiguas islas Fortunatas, tienen un punto avanzado en el Atlántico, frente al cabo Non

y dentro ya de latitudes africanas, y porque vencidos y destrozados los Turcos en Asia por las feroces tribus de Tamerlan, se reproducen las embajadas de los reyes de Europa á los príncipes mongoles, enemigos, como los cristianos, de los musulmanes.

El archipiélago de las Canarias, conocido de los antiguos geógrafos y navegantes bajo el nombre de islas Purpurarias y Afortunadas, quedó perdido en medio del desórden y confusion que caracterizan los primeros siglos de barbarie. Arabes, Italianos, Españoles y Portugueses se atribuyeron el descubrimiento de estas islas, y respecto á los Arabes ya dimos cuenta de los grados de verosimilitud que alcanza la pretendida expedicion de los *Magrurinos*. El Genovés *Lanziloto Maroxello* visitó en 1334 parte del archipiélago, y en 1344 *Angiolino de Taglio*, natural de Florencia, con una flota de cinco carabelas equipadas por Alfonso IV de Portugal, descubrió el pico de Tenerife y trece islas. D. Luis, almirante de Castilla é hijo de D. Alonso de la Cerda, con ayuda del rey de Aragon, armó una flota en 1345 destinada á conquistar las Canarias que el Pontifice le había concedido á título de reino, bajo condicion de convertir á los indígenas á la fe de Cristo. Estos intentos valiéronle á D. Luis el dictado de infante Fortuna; y decimos intentos, porque nunca pasó á estas islas, que se lo estorbaron las guerras de Francia (1) y la oposicion de Alfonso XI de Castilla, que alegaba derechos sobre aquellos dominios. Cincuenta años más tarde, en 1395, varios andaluces y

(1) Mariana: *Hist. de Esp.*, tomo II, libro VII, cap. XIV.

vizcainos concertaron en Sevilla nueva expedicion, que se limitó á piratear y hacer un desembarco en Lanzarote, regresando con muy buena presa, que atestiguaba la fertilidad del archipiélago.

Juan de Bethencourt, de noble familia y chambelán de Carlos VI de Francia, resolvió dejar la corte y su casa de Grainville en Normandía, para salir en busca de países que ofrecieran algun estímulo de novedad á su espíritu, ganoso de aventuras y hazañas. Pensó conquistar las Canarias, muy renombradas á la sazón á consecuencia del último viaje que hemos citado, y en 1402 se hizo á la vela en compañía de *Gadifer de la Salle*, con buen acopio de víveres y 270 hombres de guerra. Dobló el cabo de Finisterre y, costeando á Portugal, traspasó el de San Vicente y arribó á Cádiz; de aquí pasó á Sevilla á conferenciar con Enrique III, y á la vuelta halló á su tripulacion sublevada y decidida á no continuar el viaje. *Bethencourt* no desespera; con los más dóciles apareja y se aventura en alta mar. A los ocho dias, el horizonte dibujó los primeros perfiles de la isla Graciosa, y en breve los expedicionarios hicieron pié en Lanzarote y Fuenteventura. Pero escaso de provisiones y mal avenido con la tripulacion, regresó nuestro normando al continente en demanda de víveres y de soldados que no quebrantaran la disciplina con la frecuencia que lo solian hacer los que hasta entónces había alistado en sus banderas. Durante su ausencia nombró á *Gadifer* comandante general de las islas, y confió á *Berneval* el fuerte construido en Lanzarote, eleccion desacertadísima, pues dió lugar á graves tumultos y sangrientas colisiones, promovidas por el odio que

Berneval profesaba á Gadifer y su aviesa voluntad para con los naturales del país.

Era tambien propósito de *Juan de Bethencourt* obtener audiencia de Enrique III para rendirle pleito homenaje y ofrecerle el señorío de las islas: así lo hizo, y en su virtud el rey de Castilla le otorgó los auxilios que solicitaba, amén de otras concesiones, como el derecho de batir moneda y cobrar el quinto de las mercancías que de aquellas islas se exportaran á España.

Cumplido su objeto, se dirigió de nuevo al Archipiélago, bien provisto de víveres y de armas y con gente de refresco, y continuando la exploracion, descubrió la Gran Canaria, la isla de Palma y la de Hierro, en las que desembarcó, no sin tenaz resistencia de los naturales, sobre todo en esta última.

En diferentes ocasiones y por varias circunstancias abandonó *Bethencourt* el Archipiélago. Indispuesto con Gadifer, tuvieron ambos que presentarse al monarca, quien aprobó la conducta del primero, regresando Gadifer á Francia para no pisar más las tierras que descubrió en union del caballero normando. Y cuando ya se habían convertido al cristianismo los indígenas de Fuerte-Ventura, marchó *Bethencourt* á visitar su casa de Grainville, y multitud de franceses le acompañaron á su vuelta á las islas con ánimo de establecerse en ellas.

Todavía le fué preciso desplegar gran actividad para afirmar su dominacion en las Canarias, pues algunos indígenas se mostraban firmes en mantener la independencia: los isleños de la Gran Canaria pasaron á cuchillo á 22 de sus hombres, y no sin

grandes bajas pudo dominar á los de Palma y de Hierro, siendo de advertir que cuando iba á la conquista de la Gran Canaria, en 1403, traspasó el cabo Bojador, y operó un desembarco en la costa africana para reconocer el país.

Finalmente, sujetas ya las islas más rebeldes, bautizados la mayor parte de los indígenas y repartido el territorio entre los colonos, nombró gobernador á su sobrino Maciot ó Menante; obtuvo del rey de Castilla en Valladolid cartas para Inocencio VII, y nombrado por éste obispo de las islas Alberto de Maisons, partió *Juan de Bethencourt* para Grainville, donde vivió en activa correspondencia con su sobrino y antiguos compañeros de aventuras hasta 1423, año de su fallecimiento.

La enemiga que se declaró entre el obispo y el gobernador, fué causa de que el rey de Castilla enviase á Pedro Barba, quien se apoderó de las islas y las vendió despues á Peraza. De este pasaron á su yerno Diego García de Herrera, que se intituló rey de Canaria, y más tarde las vendió á D. Fernando el Católico, salvo Gomera, que conservó con el título de conde, hasta que el mismo D. Fernando hizo la conquista de todas las islas y las incorporó á Castilla.

Veamos, ahora, lo que sucedía en Asia en estos primeros años del siglo XV. Desmembrado el imperio Mongol, los Otomanos eran dueños del Oriente y aspiraban á dominar en Europa, cuando de improviso los pueblos Tártaros despiertan del marasmo en que vivían á la voz de Tamorlan que, al frente de innumerables y bárbaras tribus, invade las regiones del Indo y del Tanais, y con ánimo decidido de

avasallar á todos los pueblos de la tierra, corre á medir sus fuerzas con los Turcos Otomanos. La batalla de Ancyra, en que pelearon 900.000 combatientes y sucumbió el imperio de Bayaceto, puso al vencedor en relacion con los cristianos. La fama de sus victorias y de su incontrastable poder cundía por Europa, cuyos reyes eran ya de antiguo aficionados á enviar embajadores á los príncipes de las más remotas tierras, para conocer las leyes y costumbres de sus pueblos y naciones y pactar alianzas contra los musulmanes. Con aquel objeto Enrique III de Castilla envió al Oriente á *Payo Gomez de Sotomayor* y *Hernán Sánchez Pálazuelos*, quienes presenciaron la memorable batalla de Ancyra, y fueron agasajados con ricos presentes, entre ellos dos bellas esclavas húngaras, que casaron despues con los dos embajadores. Para corresponder atentamente á los obsequios del *Gran Tamorlan*, salió de Castilla en 1403 nueva embajada compuesta de *Ruy Gonzalez de Clavijo*, caballero de la real cámara, fray Alonso Paez de Santa María y Gomez de Salazar (1), que llevaban regalos de gran valor y mérito.

(1) El rey D. Enrique de Castilla... enviaba sus embajadores á los príncipes, á los de cerca y á los de léjos, para informarse de todo y trabar amistad en diversas partes. En especial á las partes de Levante envió á Pelayo de Sotomayor y Fernando de Palazuelos, para saber de las fuerzas, costumbres é intentos de aquellas naciones apartadas. Estos dos embajadores, acaso ó de propósito, se hallaron en aquella famosa batalla que se dió entre Turcos y Scitas: el Tamorlan, ganada la victoria, los trató con muestras de benignidad y cortesía. Al dar vuelta para España, quiso les acompañase un su embajador que envió para trabar amistad con el rey de Castilla... Volvieron con él Alonso Paez, Ruy Gonzalez y Gomez de Salazar, tres hidalgos que despachó el rey para que fuesen á saludar á aquel príncipe: viaje largo y muy dificultoso, de que los mismos compusieron un libro, etc.—Mariana: *Hist. de España*.

Los tres embajadores se vieron en situaciones bastante apuradas al recorrer las comarcas de Turquía y Asia, ántes de llegar al término de su viaje, descrito con curiosos pormenores por *Ruy Gonzalez de Clavijo* (1). En Constantinopla se embarcaron para Trebisonda, y por la Armenia, el Norte de Persia y el Corassan llegaron á la ciudad de Tauris, próxima al lago de Urniah, cuyo comercio y poderío ensalza. De aquí se dirigieron los castellanos á Sultania, punto de reunion de las caravanas indias y chinas, y continuaron su viaje hasta Samarcanda, capital de Tamorlan, casi tan grande como Sevilla y más poblada, desde cuyo punto á Pekin duraba el viaje unos seis meses, siguiendo el camino de las caravanas.

Como vemos, la relacion de *Clavijo* tiene escaso valor para la Geografía, porque los países que cita estaban ya descritos há más de un siglo; pero en cambio su obra es de bastante importancia por las noticias que recoge sobre las vías mercantiles entre India y Europa, y muy útil para el mejor conocimiento de la historia de Asia en los primeros años del siglo XV, sobre todo respecto á los pueblos tártaros.

En 1424, el veneciano *Nicolás Conti*, queriendo imitar á su compatriota *Marco Polo*, emprendió un viaje que había de durar 25 años. Desde Damasco se encaminó al Norte de Siria, y descendió por las regiones del Eufrates y Golfo Pérsico, hasta el Es-

(1) *Historia del Gran Tamorlan, é Itinerario y narración del viaje, y relación de la embajada que Ruy Gonzalez de Clavijo le hizo por mandado del muy poderoso rey y señor D. Enrique III de Castilla.*

trecho de Ormuz, donde se hizo á la vela para Cambaya, en la costa occidental de la India. *Nicolás Conti* no se limita, como *Marco Polo*, á visitar ó describir las costas de la India, sino que es el primer viajero de la Edad Media que recorre el interior de la Península Indostánica, además de la Transgángética, islas orientales de Asia y Sur de China ó Manghi. De sus viajes sólo se conserva un pequeño extracto en el libro de Zurla intitulado *Di Marco Polo é degli altri viaggiatori veneziani*.

Cuatro años ántes de abandonar á Damasco *Nicolás Conti*, Mirza Schah Rokh, rey de Persia, envió á China una embajada compuesta de 860 individuos: *Mirkhoud* dejó escrita una relacion del viaje, trabajó que aprovecha á los historiadores, porque es un completo resúmen de todo lo que se sabía entonces acerca de China.

El soldado alemán *Juan Schildberger*, prisionero de los turcos cuando fué derrotado el ejército de Sigismundo de Hungría, y despues al servicio de Tamerlan y otros Khanes hasta 1427, compuso un relato de poco interes, describiendo las comarcas que forzadamente visitó durante su cautiverio.

Bertrandon de la Brocquière, nacido en Borgoña y uno de los últimos peregrinos á Tierra Santa, describió los países del Asia menor, ya dados á conocer por los cronistas de las Cruzadas, porque la ruta de *Bertrandon* es precisamente la misma que siguieron varios ejércitos de la Cruz al dirigirse á Palestina. Esta falta de novedad y el estrecho círculo en que se encierra el relato del viajero borgoñon, son defectos que se hallan compensados por la exactitud de sus descripciones, en lo que es

muy superior á todos los viajeros que en la Edad Media proporcionaron noticias más ó ménos extensas sobre la geografia é historia del Asia menor.

Para terminar la sucinta reseña que venimos haciendo de hombres ilustres en el siglo XV por sus viajes, mencionaremos al flamenco *Guilleberto de Lannoy*, diplomático de los duques de Borgoña, peregrino, militar y curioso, que ofrece su espada allá donde hay que combatir, en España, en Brandemburgo, en Lituania, en Palestina; en suma, un verdadero tipo del caballero andante; y á *Josafat Bárbaro*, enviado por la República de Venecia á Tana ó Azof, cerca del rey Hussum Cassam, que recorrió el Kanado de Kaptshak, region entónces de la Tartaria, limitada por el Dniester, los Urales, Moscou y el mar Caspio, la Georgia, demas países del Cáucaso y principales ciudades de Persia.

Todos los viajes de la última mitad del siglo XV son de interes muy secundario, como sucede con los de *Caterino Zeno* y *Ambrosio Contarini*, diputados tambien por el Senado de Venecia al rey turco-mano de Persia, con el doble objeto de asegurar el camino de las Indias y suscitar contrariedades á Mahomet II.

Las observaciones de estos viajeros, si bien es verdad que no pueden considerarse como descubrimientos, prueban evidentemente que de dia en dia se van ampliando las relaciones entre Asia y Europa, iniciadas desde el siglo XII, á la par que desaparece ese tinte maravilloso que dominaba en los primeros escritos, claro indicio de los progresos de la Geografia, que redundarán en pro de un mejor conocimiento de la historia oriental en la Edad

Media. Los Musulmanes, los Cruzados, los Tártaros hostigaron la curiosidad de los pueblos europeos; *Carpino, Ascelin, Rubruquis* salvaron las primeras dificultades y abrieron las primeras etapas del camino de Oriente; *Marco Polo* ofreció á Europa el fecundo resultado de largos viajes y laboriosas investigaciones, y *Oderico, Pegoletti, Mandeville, Conti* confirmaron las ideas generales sobre la vasta extension de Asia, la riqueza de sus producciones, la diversidad de razas y el número infinito de pueblos que la habitaban. Pero la Geografía y las fuentes para la historia de Oriente todavía son imperfectas; no hay un conocimiento exacto de la situación relativa de los lugares ni de los límites especiales de cada país y generales del continente, en lo que sin duda influyeron las circunstancias políticas de Asia occidental, el continuo movimiento, la incesante lucha y frecuentes invasiones de unos y otros pueblos, que en el trascurso de breves años modifican y alteran las líneas divisorias de unas y otras comarcas, haciendo de suyo difícil y confusa la historia de Oriente en la Edad Media, desde el momento en que los Arabes, abandonando sus desiertos y sus feraces campiñas del Yemen y de Oman para sojuzgar á todos los hombres que nieguen la incontrovertible unidad de Dios, enseñan á las demas razas, jaféticas y turanienses, persas y mongolas, cómo se forman y se reducen á polvo los imperios.

Monumentos en que se reflejan fielmente los progresos alcanzados por la Geografía en el siglo XV, son los mapas de Bianco y de Fra Mauro. El primero, de 1436, es notable porque confirma las opinio-

nes favorables al conocimiento en el Mediodía de Europa de algunos de los países descubiertos por los Normandos en América: al Noroeste se halla dibujada una isla con el nombre de Stofaxisa, y la semejanza de esta palabra con la alemana *stockfisch*—aba-dejo—se ha creído dato para afirmar que pudiera ser Terranova: al Oeste de las Canarias hay una vasta extensión de tierra denominada Antillia, y al Norte de la Antillia otras islas llamadas de Satanás, los Diablos ó Demonios. En el planisferio de Fra Mauro, pintado hácia 1460 en los muros de una sala del monasterio de San Miguel de Murano, cerca de Venecia, se ven al Occidente las islas de San Brandan (1), Antillas y Bercil, próximas á las Azores, lo que, unido á la tradicion de los *Magrurinos*, del escocés Macham y la de las siete grandes ciudades donde los cristianos españoles se refugiaron huyendo de la morisma, muestra que, fija la atencion de viajeros y geógrafos en los países orientales, no olvidaban sin embargo el Oeste, donde se iban acogiendo las fábulas y maravillas desterradas del Oriente por una serie continúa de viajes y relaciones verdícas y tan exactas como era posible en aquellos tiempos y entre aquellos hombres.

Hubo un siglo en que el Europeo, ennegrecida su alma por la barbarie militar y su conciencia loca ante los espantosos dolores que reservaba Dios en la otra vida al pecador impenitente, no vió esperanza ni porvenir en la tierra, perdió la fe en sus

(1) Una ilusion de óptica hizo que los habitantes de las Canarias confundieran las nubes agrupadas en su horizonte con una isla montuosa, que llamaron de San Brandan, fenómeno muy comun bajo el cielo de los trópicos y que suele producir extraños errores.

destinos y, anonadado por el misticismo, la ignorancia y la superstición, olvidó que era hombre, para santificar su espíritu con penitencias y mortificaciones corporales. Pero el siglo X pasó, vino el XI, después el XII, y el bárbaro cristiano que de rodillas aguardaba el fin del mundo y de su vida en los yermos campos y sombríos castillos de Francia y de Germania, combate ahora en defensa de su Dios, que abre nuevos horizontes á la Humanidad en vez de exterminarla con saña iracunda y vengativa: caballeros y campesinos, nobles y plebeyos, invaden el Asia, luchan con los sectarios de Mahoma y pisan tierras vírgenes á la planta europea; á la guerra suceden relaciones de política y de comercio, el monje y el mercader penetran en las regiones interiores del continente Asiático, llavan la oliva de paz al Tártaro y cambian sus joyas y mercancías por los ricos productos de India y China. Y al terminar el siglo XV, lo propio y original de la Edad Media, el resultado de todos los viajes y descubrimientos que ya conocemos, la geografía y la historia del Oriente musulmán y tártaro, sienten el soplo vivificador del Renacimiento y de la imprenta, y lo antiguo y lo medio se unen para formar la ciencia moderna y proteger la aparición de los audaces genios que han de hacer de la Libia un vasto continente, de la Antilla y Vinland un nuevo mundo y de las islas de las Especies la quinta parte del Globo.

VI.

El pequeño reino de Portugal desarrolló su historia durante la Edad Media al modo que Castellanos y Aragoneses, en lucha perpetua con los Musulmanes que iba expulsando á tierras de Andalucía ó al continente vecino. Cuando dió fin la Reconquista, aislado del Mediterráneo, sin más campo á su actividad que el África y el Océano Atlántico, con reyes afanosos en crearle poderosa marina y en hacer de la navegacion y del comercio base principal de su futuro engrandecimiento, no pudo ménos de seguir la pendiente general de los tiempos y pensar en tierras desconocidas y nuevos caminos para Levante. El rey D. Juan, primero de su nombre y de la casa de Avis, desembarcó con sus cinco hijos en Marruecos, se apoderó de Ceuta, y desde entónces Portugal se halló en vías de conocer el África y las aún ocultas regiones de Oriente mejor que ningun otro pueblo de Europa. El marino portugues afronta ya en el siglo XV los peligros de la navegacion por alta mar y, sin temor á

los fantasmas que la ignorancia ó la superstición crearon en las oscuras é inexploradas regiones del mar Tenebroso, puso la proa de sus barcos hácia el Ecuador; atravesó la Línea, costeó el Africa y dobló su extremidad meridional, descubriendo el camino por mar para las Indias, que tanto anhelaban los hombres de la Edad Media.

Era además este siglo una época en que los progresos de las ciencias naturales y físicas desterraban las antiguas hipótesis geográficas, y las sustituían por otra más cercanas á la verdad, contribuyendo á facilitar sobremanera los viajes. La esfericidad del Globo llegó á ser afirmación generalmente admitida; los marinos que ántes sólo podían orientarse siguiendo las costas por el día y en las noches despejadas por la luz de las estrellas, disponen ya de la brújula; una asamblea de sabios sugiere la idea de aplicar á la navegacion el astrolabio de mar, y ésta, que ántes se juzgaba imposible alrededor de Africa por su vasta extension, los calores de la zona tórrida y las mil quimeras que forjó la calenturienta fantasía de los siglos medios, suscita ahora en Portugal un entusiasmo que raya en frenesí y en delirio, y á ese entusiasmo debemos el claro conocimiento de los países del Mediodía de Africa.

La idea madre de todas sus expediciones fué llegar á la India por los caminos del mar. La ruta de China é India por Asia menor, Persia y Tartaria era larga y peligrosa, y tan difíciles y costosos los transportes, que el comercio exigía imperiosamente nuevas vías que satisficieran las necesidades creadas por una mayor frecuencia de relaciones con los

países y pueblos de Asia. Sabíase por escritos árabes que en la extremidad Sur de Africa el mar quedaba libre hácia el Oriente y llegaba hasta las costas de la India; además, los viajes de Fenicios, Cartagineses y Árabes, y la memoria de otros conservados oscura y tradicionalmente en los pueblos marítimos del Mediterráneo, eran precedentes de no escasa importancia. En 1281 *Vadino* y *Guido Vivaldi* equiparon dos galeras en Génova destinadas á marchar á la India dando la vuelta por el Occidente de África; pero desgraciadamente una nave chocó en los arrecifes de la costa marroquí y tuvo que regresar á puerto, y la otra naufragó en la desembocadura de un gran río, que tal vez fuera el Senegal: diez años despues *Teodosio Doria* y *Ugolino Vivaldi* intentaron, tambien sin éxito, la misma travesía; Jaime Ferrer, de Mallorca, traspasó en 1346 las Canarias en busca del río del Oro, y finalmente, se dice que comerciantes de Dieppe y de Rouen dirigieron expediciones á la costa de África y fundaron colonias y factorias desde cabo Verde hasta la Mina. Estas y otras infructuosas tentativas, de que sólo quedaban oscuras reminiscencias, no aminoran en lo más mínimo los grandes merecimientos de los viajeros portugueses; ellos son los primeros que en el siglo XV revelan á Europa la existencia de mares inmensos que circuyen al África, y que con olas, tempestades y huracanes han de ser más breve y seguro camino para el Oriente que la antigua ruta de *Marco Polo*. Además, los tiempos eran muy otros de lo que habían sido en la antigüedad y en los primeros periodos de la Edad Media. El centro de la cultura humana pasa de unas razas á otras; en

el siglo XV los pueblos del Oeste y Norte de Europa crecen rápidamente en poderío material y moral, y los viajes de esta época, á la vez que se cumplen con esperanzas de mejor éxito, merced á los progresos del arte náutico y al carácter nacional que muestran, semejantes á las expediciones de los antiguos Fenicios, descubren una conciencia más clara del fin propuesto y aparecen dirigidos por una inteligencia superior que, consagrada al estudio, señala al viajero rutas, combina planes y promete recompensas al más audaz ó afortunado.

Inútil es decir que nos referimos al sabio infante D. Enrique, personificación de la ciencia geográfica en su siglo y alma de los primeros descubrimientos realizados por los Portugueses. De Juan I y de una princesa de Inglaterra nació el que había de hacer á Portugal señor de las costas y mares occidentales de África: quinto hijo de aquel Monarca, guerrero á la par que ilustrado, acompañó á su padre y hermanos á la conquista de Ceuta. Elegido por Juan I para gobernar esta plaza, adquirió de moros y judíos algunas noticias sobre los pueblos que habitaban al otro lado del país de los negros y sobre las minas de oro de Guinea, proyectando ya desde entónces llegar por mar á estas tierras. A su regreso de la famosa expedición á Tánger, se retiró á Sagres, extremidad meridional del reino, cerca del cabo de San Vicente: allí, rodeado, como Alfonso X y Federico II, de sabios hebreos y musulmanes, estudia á Tolomeo y Benjamin de Tudela; allí, frente á frente de mares desconocidos, medita sus grandes empresas y funda la célebre escuela de navegantes. Y, sin embargo, los nombres de *Bartolomé*

Diaz y Vasco de Gama eclipsan la gloria del infante de Sagres, porque hay en el mundo la fatal inclinacion de atribuir todo el mérito de una obra á aquel que la ejecuta, olvidando que los hombres que conciben la idea y maduran el plan siempre son los verdaderos autores.

Desde 1412 y con los tesoros de la Orden de Cristo, instituida para convertir infieles, comenzaron las expediciones á lo largo de la costa africana, sin que arredraran al Infante el éxito desgraciado de las primeras ni las preocupaciones del pueblo y burlas de anticuados doctores. En breve el cabo Non dejó de ser el último lugar accesible hácia el Mediodía; mas era preciso vencer rápidas corrientes y traidores arrecifes para traspasar el Bojador y engolfarse de lleno en los abismos del Mar impenetrable, del Océano tenebroso: esta mision y la de continuar reconociendo tierras hasta el Ecuador fué confiada en 1418 á dos hidalgos, *Tristan Vaz Teixeira* y *Juan Gonzalez Zarco*. Su pequeño buque, furiosamente combatido por las olas, les llevó á una isla desconocida, situada en el meridiano de las Canarias, que denominaron Puerto-Santo. Dos años despues, y cuando ya habían establecido una colonia en la mencionada isla, descubrieron otra en sus cercanías, deshabitada y tan cubierta de bosques, que la llamaron isla de la Madera; la prendieron fuego, y cuando trascurridos siete años se extinguió el incendio, plantaron sobre las cenizas la caña de azúcar y las famosas cepas de Borgoña y de Chipre. Sin embargo, es indudable que la isla de la Madera, así como las Azores, se conocía ántes de la época que historiamos: en un pasaje de la

Vita solitaria de Petrarca, escrito en 1346, se lee que á fines del siglo anterior los Genoveses, tal vez los Vivaldi, visitaron las Canarias, que tan próximas se hallan de aquellas islas; conocemos tambien las numerosas expediciones efectuadas en aquellos mares en el siglo anterior por Normandos, Españoles é Italianos; hay un mapa de 1351, publicado por Baldelli Boni en su edicion de *Marco Polo* (1847), donde, como en algunos de los citados en el capítulo anterior, se ven las Canarias, Azores y Madera; y finalmente, asevera las suposiciones la trágica historia del escocés Macham y su bella esposa Ana de Arfé, que en 1344, arrebatada por las corrientes la nave que los conducia, hallaron en la isla de la Madera refugio y tumba á la vez.

Pero en medio de todo, el cabo Non continuaba siendo el último límite de las expediciones al Sur del Océano Atlántico, y las naves portuguesas aún no se atrevian á navegar en aguas del Bojador, donde las olas van y vienen y giran con espantoso estruendo, porque los viejos marinos contaban que nadie lo habia hecho impunemente. D. Enrique, sin embargo, no era hombre capaz de sentir desaliento; «Si no lograis pasar el cabo,—decia á los navegantes,—haceos á lo largo y tendreis algun descubrimiento; despues virad de bordo, y *volveremos á empezar hasta que le hayamos doblado.*» Doce expediciones envió el Infante, y todas regresaron sin cumplir su objeto, hasta que encomendó la empresa á *Gil Eannez*, quien, en 1433, y ya en un segundo viaje, salvó el terrible cabo, y trajo á D. Enrique flores cogidas 30 leguas más al Sur del Bojador. Enviado tercera vez con *Gonzalez Baldaya* á prose-

guir su obra de descubierta, gana 20 leguas sobre las ya recorridas, deja abierto el camino á nuevos exploradores, y los espíritus meticulosos pudieron contemplar un mar tranquilo, afortunados climas y dilatadas costas allá en lo que creían region de abismos, tinieblas ó huracanes. Entónces el Infante se creyó en el caso de solicitar del Papa, que lo era á la sazón Martin V, la investidura de los descubrimientos realizados y los que en lo sucesivo hiciera á sus expensas, conforme al derecho público de la época, que atribuía al Pontífice el señorío de todas las islas. Martin V accedió á sus deseos, é hizo donación perpetua á Portugal de todos los países que se descubrieran desde el cabo Bojador á las Indias, otorgando además indulgencia plenaria á los que muriesen en la travesía. De esta manera, al placer de las aventuras se unió otro poderoso estímulo, la Religión, ambos reforzados muy luégo con los rumores que empezaron á circular de haberse descubierto arenas y guijarros de oro en las feraces playas del continente africano.

Por esta misma época *Gonzalo Velho Cabral* desembarcaba en la isla de Santa María, y hasta 1450 continúan descubriéndose las demas Azores que al principio se tomaron por las Antillas ó islas delanteras de las Indias, segun *Marco Polo*, Martin Behaim y los mapas del siglo XIV, que representan islas en la region extrema occidental del Globo. Los primeros colonos portugueses hallaron en las Azores monedas cartaginesas y una estatua que figuraba un jinete señalando con la mano hácia Poniente. Sea esto ó no verdad, parécenos verosímil y probable que los Árabes ó los Normandos arribaran en sus

viajes á alguna de las Azores, y que despues, entrando en relaciones con pueblos de la Europa meridional, les comunicaran su descubrimiento, oscuramente conservado por la tradicion, recogida á su vez con aplauso por los geógrafos y cosmógrafos de Italia que en ella veían una comprobacion de sus teorías científicas.

Continuaron las exploraciones allende el cabo Bojador, pero con lentitud, pues cada jefe de flota, apenas descubría algo, viraba en redondo é iba á recibir instrucciones del Infante: en 1443 *Nuño Tristan* dobla cabo Blanco, ve las islas de la bahía de Arguim y remonta con su compañero Antonio Gonzalez un brazo de mar, en cuyas playas vivian tribus de negros, que dieron á los Portugueses polvos de oro á cambio de prendas de vestir y otros objetos: aquel brazo de mar, por esta causa, se llamó *Rio dell Oro*. Cuando en el reino se supo que los salvajes africanos pagaban en tan buena moneda, el infante de Sagres fué ensalzado hasta las nubes por sus mismos detractores, desaparecieron dudas y desconfianzas, se juzgó sencillo lo que ántes se creía temerario, y de todos los países llegaban aventureros solicitando servir á las órdenes de don Enrique. Diez carabelas, dirigidas por *Gil Eannez*, se hacen á la mar en busca del precioso polvo; otras seis, equipadas por varios habitantes de Lagos, á sus expensas y con permiso del Monarca, pretenden explorar la costa, y se funda una Compañía ó Sociedad para el comercio y trata de esclavos en las fértiles y pobladas regiones á la sazón descubiertas. En 1446 llega *Nuño Tristan* al Senegal, donde vivian los negros idólatras; ve las frondosas selvas

de Cabo Verde, y en 1448 *Alonso Fernandez* alcanza las cercanías de Sierra-Leona, al grado nueve de latitud Norte.

El aleman Van-der-Berg completa el descubrimiento de las Azores, donde el Infante estableció en 1449 varias colonias para que sirvieran como de punto avanzado de la cultura europea y de la dominacion portuguesa en los mares de Occidente; *Antonio de Noli*, genovés, al servicio del rey de Portugal, descubre en 1450 las islas de Cabo Verde, y el veneciano *Aloysio de Cadamosto* llega en 1456 á la desembocadura del Gambia, y reconoce y da nombre á las islas descubiertas por el genovés. *Cadamosto* es el único, entre los marinos de Portugal, que escribió una relacion de sus viajes, impresa en Vicentia en 1507, abundante en curiosas noticias sobre los usos y costumbres del país explorado y establecimiento de las primeras colonias. Esto, y reconocer ó descubrir las islas de Cabo Verde, es su única gloria, porque no pasa más allá de los lugares visitados por *Tristan* y *Alonso Fernandez*. Y decimos *reconocer ó descubrir*, poniendo en duda si fué una ú otra cosa, porque la cronología de estos viajes, á juzgar por las obras que hemos consultado, es materia difícil en que hay aún mucho por hacer y bastantes dudas que aclarar; así es que miéntras unos anteponen el descubrimiento de *Noli* al de *Cadamosto*, otros, como Vivien de Saint Martin, asientan que *Cadamosto* y *Usodimare* son los primeros que ven las islas de Cabo Verde, y que *Antonio de Noli* no hizo más que completar el reconocimiento en 1462. Hubo otro viajero, *Juan Fernando*, que en 1445 penetró en el interior de Africa por el

rio del Oro, y compuso tambien una relacion describiendo algunas regiones y tribus del Sahara.

Pedro de Cintra dobla Sierra-Leona y llega hasta el Cabo Mesurado en 1462, y desde este momento, la costa africana, replegándose hácia el Oriente, parece señalar la ruta de la India á los marinos, y se recobra la esperanza de dar la vuelta al Africa, esperanza que perdian al ver dilatarse constantemente sus playas en direccion Sudoeste. El camino estaba ya trazado, pero la muerte de D. Enrique y el atraso de los medios de navegacion entorpecieron el curso de los descubrimientos, con tanta gloria iniciados por el infante de Sagres. Sin embargo, el deseo de figurar en grandes empresas hacia afluir á Lisboa de diferentes puntos de Europa sabios, comerciantes y aventureros, y se formaban asociaciones de carácter mercantil para fomentar los descubrimientos, no con un fin científico y humano, semejante al que guiaba á D. Enrique, sino con propósitos y ambicion de lucro que creían realizar, adquiriendo el célebre polvo de oro de la costa de Guinea.

En 1471 se reanudan las exploraciones y se avanza hasta el golfo de Benim, visitado cien años ántes, segun Estancelin (1), por marinos de Dieppe; pero este y otros viajes del siglo XIV, y algunos del XV, como el de *Juan Cousin* á tierras de América en 1488 (2), ofrecen notable vaguedad é incerti-

(1) *Recherches sur les voyages des navigateurs normands en Afrique.*

(2) M. Gaffarel, en un artículo publicado en la *Revue Politique et Littéraire*, y traducido en la REVISTA EUROPEA, sostiene que Juan Cousin, siguiendo la corriente ecuatorial, llegó en 1488 á las costas del Brasil, esforzándose inútilmente en rebatir las objeciones hechas contra el

dumbre, y ni en lo más mínimo pueden deslustrar los timbres gloriosos de Portugal y de Cristóbal Colón. *Juan de Santarem* y *Pedro de Escalona*, los exploradores de Guinea, llegan al cabo de Santa Catalina; en 1472, navegantes cuyo nombre ignoramos, descubren las islas de Santo Tomás, Príncipe, Annobon y la Bella ó Fernando Póo, situadas bajo el Ecuador, y Judíos de Portugal, desterrados á Santo Tomás, cultivan el azúcar por mano de negros, reducidos á esclavitud, cuando los Españoles ni pensaban aún en la existencia del suelo americano. De manera que en 1481, al terminar el reinado de Alfonso V, los Portugueses conocían toda la costa de Guinea hasta el golfo de Biafra, rio Gabon y las islas ecuatoriales.

El pabellon portugues flota ya en el hemisferio

citado viaje. En ningun documento oficial se conserva el relato de Cousin, y la obra donde aparece escrita la tradicion, *Memorias cronológicas para la historia de Dieppe*, de Desmarquets, carece de espíritu crítico. Esta objecion la rebate M. Gaffarel, presentando la posibilidad de que algun día se encuentre un manuscrito auténtico que disipe todas las dudas; pero tambien es posible que jamás se encuentre, sobre todo si el manuscrito no existe. Además, Cousin emprendía un viaje de circunnavegacion alrededor de Africa y debió dirigirse hácia el Sur: cierto, dice Gaffarel, pero las costas ofrecían gran peligro; para evitarlo hizo rumbo al Oeste, halló la corriente y la siguió. Pues ¿y cómo los Portugueses, ántes y después de Cousin, no necesitaron replegarse tan al Oeste como el marino de Dieppe? Y si buscaba la extremidad meridional de Africa, ¿por qué mudó de propósito, abandonándose á la corriente que le conducía en direccion tan opuesta? A la tercera objecion, fundada en que Pedro Descaliers, á quien se supone maestro de Cousin, vivió en 1550, contesta que pudo haber dos Descaliers, ó que el mapa de 1550 sería una copia, donde por inadvertencia se puso el nombre de su primer autor. En verdad que con este sistema de hipótesis es muy fácil argumentar, porque se presta á infinitas soluciones, sin más que conceder libre vuelo á la fantasia para que figure y presuma cuanto quiera.

austral. La confianza aumenta con el buen éxito, las tinieblas del Mar impenetrable se van replegando hácia el Sur, y á la vez crecen y se completan los medios auxiliares de la navegacion, porque Don Juan II, anhelando impulsar de nuevo los descubrimientos, consultó á la ciencia, y gracias á los esfuerzos de hombres tãan ilustres como Regiomontano, Behaim y Toscanelli, al médico Rodrigo y al judío José, se construyen ó perfeccionan el meteoróscopo, el astrolabio, las tablas de declinacion, la brújula, y los marinos pueden reconocer las latitudes y guiarse en las soledades del Océano por la altura del sol. El Rey se intituló señor de Guinea, y aseguradas las conquistas de Africa mediante una buena escuadra que envió á aquellos lugares con D. Diego de Azambuga y un fuerte que mandó construir en Mina, dispuso otra expedicion, que en 1484, y á las órdenes de *Diego Cam*, dobla el cabo de Santa Catalina, llega al país del Congo, pasa 1.125 millas más al Sur de la desembocadura del Zaire y remonta la corriente de este rio. Formaba parte de la expedicion el ya citado cosmógrafo aleman Martin Behaim, discípulo de Regiomontano, quien de regreso en Nuremberg construyó un globo terrestre determinando los lugares visitados por los marinos de Portugal, y por medio de inscripciones, la fecha é historia de los descubrimientos del golfo de Benim y del Congo, descubrimientos que, por desgracia, extendieron el comercio de negros al interior del continente; trata severamente perseguida por Don Juan III, mas sólo porque entregaba millares de negros á manos infieles.

En los últimos dias de Agosto del año 1486, tres

naves mandadas por *Bartolomé Díaz* se hicieron á la vela con rumbo directo al Sur: dejan á la espalda Loango, Congo, Angola, Benguela, y despues de avanzar hasta el 24° de latitud y clavar en las arenas de la costa una cruz con el escudo de Portugal, resuelve *Bartolomé Díaz* aventurarse en el Atlántico, perdiendo de vista la tierra, y con magnánima audacia, correr derecho hácia el Mediodía. La tripulacion, extenuada por falta de provisiones, se subleva y pretende volverse á Portugal; *Díaz* les exhorta, navegan aún 25 leguas, y cuando con ávidos ojos buscan puerto, sólo ven agua y más agua, inmenso mar que se dilata al Oriente, porque han llegado á las latitudes donde termina el Africa, avanzando hasta la bahía de Algoa. Al regresar contemplan la extremidad meridional del mundo africano, y entónces, á los piés del imponente promontorio se encrespan las olas agitadas y convulsas, mugen los vientos, retumba el trueno y rasga las negras nubes el fulgor del rayo: es que ante tres pequeños barcos y un centenar de marinos audaces, la Naturaleza se estremece y tiembla, vencida y subyugada por la enérgica voluntad del hombre. En memoria de la borrasca, *Bartolomé Díaz* llamó Cabo de las Tormentas á las últimas tierras de Africa que van á perderse en el mar; pero Juan II, con más conciencia del hecho y más fe en el porvenir, le dió otro nombre, exclamando: «No quiera Dios que conserve uno de tan mal agüero!... que se le llame el cabo de Buena Esperanza.»

Procuró tambien Juan II adquirir algunas noticias de la India por la ruta de tierra y del mar Rojo. Los negros del Zaire dijeron que á una distancia de

250 leguas al Este de Benim residía el famoso rey Oganés, príncipe invisible al que tributaban profundo homenaje los reyezuelos del Congo. Creyeron los Portugueses que ese monarca podía ser el Preste Juan, y con encargo de averiguar las verdaderas regiones en que gobernaba é inquirir la situación exacta de las islas de las Especies, enviaron al Oriente al monje franciscano *Antonio de Lisboa*, y despues, cuando aún no había regresado *Diaz* de su expedición al Cabo, á *Alfonso de Paiva* y *Pedro de Covilham*. Parten éstos de Lisboa en 1487, y agregándose en Fez á una caravana árabe, llegan al Cairo, penetran en Asia, y por el monte Siná pasan á Aden, en cuyo puerto se separan, *Covilham* para la India, *Paiva* para Abisinia. *Pedro de Covilham* visitó á Goa, Calicut, las minas de oro de Sofala, y tornó por Aden al Cairo, donde se detuvo esperando á su compañero. Mas recibió cartas de Lisboa que le informaron de la muerte de *Paiva*, asesinado por dos judíos, y entónces, resuelto á buscar por sí mismo al Preste Juan, marchó á Abisinia, y de tal manera se atrajo la voluntad del Negusch, que éste le colmó de honores y riquezas y le conservó á su lado sin permitirle jamás regresar á Europa. En 1515 vivía aún, casado y poseedor de vastos dominios.

Antes de partir para Abisinia había escrito *Covilham* al Rey informándole del éxito de sus viajes: decían las cartas que, segun los árabes, navios que avanzaran por las costas de Africa hácia el Sur, llegarían á la extremidad del Continente, desde cuyo punto, y subiendo por el Océano Oriental, se llegaba á Sofala y la isla de Gomar (Madagascar).

Si enlazamos estos datos con los que adquirió el rey de judíos portugueses que habían residido largo tiempo en Ormuz y Calicut y con el descubrimiento de *Bartolomé Diaz*, que revelaba la existencia de un mar al Sur de Africa, comprenderemos que era llegado el instante de recorrer la última mitad del camino é inaugurar la Edad moderna de los descubrimientos geográficos en el mundo oriental con la gloriosa expedición de Vasco de Gama.

Ahora, y gracias á los Portugueses, al infante D. Enrique, á *Diaz* y Vasco de Gama, comienzan los grandes triunfos de la Geografía; se traspasan los límites fabulosos que detuvieron el genio de los antiguos, se redondea el Continente africano, y después de Guinea, el Congo y el Cabo, se llega á los países orientales de Africa, imperfectamente descritos por los geógrafos árabes, Cafrería, Sofala y Mozambique, la costa de Zanguebar, la isla de Zanzibar y Abisinia. Calicut, en la costa de Malabar, recibe los primeros barcos del extremo occidental de Europa; el furor del viaje se apodera de los marinos portugueses, y en ménos de un cuarto de siglo registran toda la parte Sudeste de Asia, la ménos conocida y que más excitaba la curiosidad, Malaca, las islas de las Especies, la costa de Coromandel, Bengala, las islas Maldivas, Ceilan, China, Sumatra, Borneo, las Molucas, las Lieu-Kieu y el Japon.

Pero entre el viaje de *Bartolomé Diaz* al cabo de Buena Esperanza y la expedición de Vasco de Gama en torno de Africa para arribar á Calicut, media un período de diez años, célebre en la historia de la Geografía, porque en él acontece el memorable

descubrimiento de América. Los marinos y geógrafos del siglo XV afirmaban que al Occidente de Europa había tierras, islas, prolongación de las últimas regiones de Asia, á donde era imposible ó muy difícil llegar siguiendo la vías comunmente usadas. De aquí, como ya sabemos, el empeño que abrigan los hombres de la Edad Media de explorar los mares africanos para descubrir un paso que les permitiera avistar las feraces playas de la Arabia y de la India. Cristóbal Colon creyó más sencillo, puesto que el mundo era redondo, cortar los meridianos y caer en línea recta sobre las tierras citadas por los viajeros y exploradores de Asia: no pensaba que existiera un nuevo continente; como los geógrafos de su época, suponía que Groenlandia, Vinlandia, Bercil, las Antillas, la costa del Labrador—á donde arribó Sebastian Cabót en 1487—eran prolongaciones de tierras europeas y asiáticas; y el único fin y propósito que le guió al dirigirse á Occidente fué llegar á las extremas regiones Orientales del antiguo mundo. Por esto se ha dicho (1) que si Vasco de Gama hubiera precedido á Colon, el descubrimiento de América se hubiera retardado siglos; hipótesis que no creemos fundada, porque ya en 1492 *Bartolomé Diaz* había doblado el cabo de las Tormentas, convenciendo á los incrédulos de que por aquellos sitios el mar quedaba libre, y sin más que audacia para entregarse á los peligros de una larga y penosa navegacion, era posible llegar á las últimas regiones de Asia. Por otra parte, la Antilla de los Fenicios, la Atlántida de Platon, los escritos de

(1) Jules Verne: *La decouverte de la terre.*

Aristóteles, Plinio, Séneca y Alfergani, los países poblados por los colonos de Islandia y las islas que aparecían inscritas en mapas y planisferios de los siglos XIV y XV, eran estímulos poderosos que movían á explorar en breve los confines occidentales del mundo, y el hecho mismo de navegar Vasco de Gama centenares de leguas obteniendo un éxito que coronara dignamente sus esfuerzos, creemos que hubiera inspirado mayor confianza á los monarcas que tan desdeñosamente negaron su patrocinio al marino genovés.

Mas prescindiendo ahora de lo que pudo acontecer, para fijarnos tan sólo en lo que la historia dice, hallamos que Cristóbal Colon, buscando en los confines de Occidente las últimas regiones de Asia visitadas ó descritas por *Marco Polo*, los países de Quinsay, Zaitun, Mango y Zipango, descubre medio mundo, el mundo de la Edad moderna; y Vasco de Gama, Cabral, Alburquerque, Segueira, Andrade, Perez y Mota, costeando el África, llegan al Asia y hacen renacer aquel viejo mundo entre las ruinas y escombros de la civilizacion oriental. Los Portugueses fundan colonias en la India: ya no son la guerra ni la mision religiosa ó política los medios de que Europa se vale para extender su influjo en Asia; la colonizacion empieza, y los viajeros tampoco serán errantes peregrinos como en las pasadas centurias, sino hidalgos, militares, aventureros y comerciantes que van á gobernar ó defender las nuevas colonias y á explotar sus riquezas, vírgenes casi de la avidez europea. Las costumbres, la cultura, el genio, la vida entera de Occidente invade el Asia; y á la atonía sucede el movimiento, á los

terribles combates de religion y de raza, las guerras del colono invasor. La sed de oro y el ambicioso afan de extender los dominjos de la patria al otro lado de los mares; hé aquí los móviles que impulsan la fundacion de las colonias, porque el orgullo y la soberbia y la codicia y todas las pasiones juegan gran papel en la historia cuando se determina un progreso en la vida social humana.

Los Turcos han caido sobre Europa, abaten á la antigua Byzancio, y el fatalismo musulman y las muelles costumbres del Oriente completan la obra de Focio, esterilizando la vida y la inteligencia en aquellos lugares que immortalizaron los héroes, los poetas, los pensadores de Grecia y los guerreros de Macedonia. Pero aún no ha concluido el siglo de Mahomet, y ya los Portugueses, oriundos de las tierras extremas de Occidente—que en los últimos dias de la Edad Media y en los albores de la moderna son patria ó albergue de los grandes génius que exploran el cielo, la tierra y los mares, despiertan de su letargo al arte y reproducen las glorias militares de César y Alejandro — desembarcan en la India, establecen factorías, levantan fortalezas y ciudades, y construyen los primeros cimientos de la dominacion europea en la Península central de Asia que, asentada entre la China y la Turquía, y en manos de un pueblo frio y calculador, se hallará pronta á hacerse abrir á cañonazos las puertas del Celeste Imperio y á secundar la política de los colosos de Europa cuando les plazca invadir por mar y por tierra las feraces regiones de Siria y del Asia menor.

Concretándonos á nuestro primordial asunto—progresos de la Geografía y de la Historia en los úl-

timos dias de la Edad Media,—observaremos que al terminar el siglo XV gana la Geografía portentosas conquistas en las esferas del hecho y de la idea, popularizándose conceptos y nociones que en las pasadas edades fueron patrimonio exclusivo de aquel á quien la voz general, con más ó ménos fundamento, apellidaba sabio, astrólogo ó nigromántico. Colon y Vasco de Gama cumplen sus gloriosos descubrimientos en nombre de un pueblo, y nobles, rústicos y letrados saben que hay un mundo al Occidente, y al Mediodía un camino para el Asia; caen de un golpe los arbitrarios sistemas de Ptolomeo, Strabon y demas geógrafos de la Antigüedad, y la flota de Magallanes, dando la vuelta al Globo, acabará de persuadir á la muchedumbre de que la Tierra es redonda.

Difícil y confusa se presentaba la historia de Oriente en la Edad Media, y era desconocida la de aquellos países que en lo antiguo lograron sustraerse á la influencia romana; nada se sabía de la India ni de China, porque sus pueblos vivieron apartados del resto de los hombres, y si hoy es posible empezar á reconstituir su historia, gracias sean dadas á Portugal, que á través de los mares encadenó al Asia con Europa, y á Inglaterra, que consolida y afianza despues los lazos que unían ya á ambos continentes. Algunos siglos ántes de Jesucristo penetraron en Grecia ligeras nociones sobre los pueblos indios, conservadas por Herodoto y Ctesias, lo que unido al tráfico que mantenian los comerciantes del Asia Occidental con los mercaderes de India, sirvió de única fuente á los antiguos para recoger escasas y no importantes noticias sobre

este país, limitándose á describir prodigios de la Naturaleza, extravagantes usos y fabulosas ciudades. Los viajeros de la Edad Media no profundizaron tampoco gran cosa la Geografía y la Historia de las regiones situadas al otro lado del Indo; mas cuando llega el siglo XV y los portugueses se establecen en la India y fundan misiones y colonias, oyen hablar de castas y mitología Brahmánica, rectifican desde luégo algunos pormenores geográficos, y llama su atención la grande idea que de sí mismo tenía formada el pueblo indio. Pero en realidad, las ligerísimas nociones que hoy tenemos acerca de la historia india, y más de la historia moral que de la historia política, sólo empiezan á adquirirse desde que los establecimientos ingleses tomaron allí mayor consistencia. Es estudio que pertenece ya á la Edad Moderna, y si de él hacemos mención, es porque su base y origen se encuentra en el siglo XV, y vamos tras las consecuencias que derivan inmediata ó mediatamente de los descubrimientos portugueses. Se convenció Inglaterra de que la población que dominaba no era una población salvaje, como la de América, ni bárbara y nómada, como la de Tartaria, y descubrió restos de construcciones gigantescas y antiquísimos libros escritos en una lengua muerta que encerraban preciosos tesoros en religión, filosofía y literatura, fehaciente prueba de extraordinario saber en remotas edades. El sistema religioso de los Vedas, la mitología, las escuelas filosóficas ó Dhersana, las leyes, las prácticas civiles, la astronomía, las matemáticas, la medicina, la geografía física, natural y política; en suma, todas las ciencias y doctrinas de la India, fueron expues-

tas con más ó ménos claridad; pero desgraciadamente la Historia y la cronología han quedado relegadas al último lugar por la division infinita que del tiempo hacen los sacerdotes indios, la incertidumbre de las fechas y el desconocimiento de la mayor parte de los textos originales.

De las comarcas orientales de Asia, Griegos y Romanos tuvieron alguna que otra y muy vaga noticia; pero cuando verdaderamente empieza Europa á conocer el célebre Imperio chino es en la Edad Media, despues de las Cruzadas, por los escritos y relaciones de viajeros árabes y de los misioneros que en el siglo XIII penetraron en Tartaria. *Marco Polo* describe ya con gran copia de datos sus extensas regiones, la organizacion política y administrativa del Imperio, los productos de su industria, y el genio, carácter y costumbres de sus habitantes; y una vez en la India los Portugueses, salvan el estrecho de Malaca y se encuentran en los mares de la China, y desde entónces Portugueses, Holandeses é Ingleses procuran con tenaz empeño establecer factorías en territorio chino y convertir su poblacion á la fe de Cristo. Así empezó á conocerse la larga y monótona historia de China. Los indios buscan su porvenir en los cielos, en Brahm, y desprecian el pasado y el presente; el chino se entrega en cuerpo y alma al presente, se recrea en lo pasado y jamás piensa en el porvenir: por esto los chinos tienen historia, y no hay ninguna nacion que más cuidado y esmero ponga en escribir y conservar sus anales, depósito donde se contienen los sucesos todos del reinado de cada Emperador, recopilados por cronistas que muestran noble y varonil espíritu de independenciam.

Así, y no de otro modo, se acaudala la historia de la Humanidad. Primero es saber que existen razas y pueblos, imperios y naciones; después conocer sus orígenes, su vida, su aptitud especial, para hacerles entrar luego en la corriente general del mundo civilizado, que en tanto puede llamarse culto y civilizado el hombre, en cuanto tiene el alma preñada de ideales, motores del progreso indefinido, ideales que se conciben, engendran y realizan en el trato, comunicacion y ayuntamiento de todos los individuos de la gran familia humana.

Resumiendo. Arabes y Normandos inician nueva y fecunda edad en la historia de la Geografía; las tribus guerreras que llenan los vacíos que dejó el imperio de los Césares, electrizadas por la idea religiosa, van á descargar el rayo de su venganza y de sus iras sobre las gentes que con soberbia y altivez profanan los lugares que el Hijo de María consagró con santa vida y afrentosa muerte; el monje atraviesa los desiertos de Asia y se interna en remotos é ignorados países; el mercader afanoso camina centenares de leguas para aumentar su fortuna, y el marino se entrega á merced de las olas, y audaz, temerario, deja á su espalda las últimas tierras de Asia ó de Europa y surca mares que la tradición supone *tenebrosos é impenetrables*. Como consecuencia inmediata, el continente Asiático y los pueblos que en él viven entran en relaciones con el Europeo, y el contacto de la civilización arábica con la cultura cristiana introduce notables progresos en el Mediodía de Europa; aficiónase á las espe-

cias, aromas y otros deliciosos productos de Oriente; nace el comercio ó extiende su esfera de accion, y de aquí la rápida y brillante fortuna de las Repúblicas italianas, á la vez que los viajes por tierra dilatan el horizonte y círculo de conocimientos, y la perfeccion del arte náutico y ciencias afines facilitan los grandes viajes marítimos.

De este modo llegará Italia á ser el punto central del comercio con Asia, ya por la ruta de Alejandría y el mar Rojo, ya por la de los mares Azof y Caspio, y será tambien el foco adonde afluyan todas las ideas y conocimientos adquiridos ó conservados por la civilizacion oriental musulmana. Escritores italianos, en mapas ó en libros, nos mostrarán el resultado de propias investigaciones ó de largos años de estudios, se formularán nuevas teorías científicas sobre la forma y divisiones del Mundo, multitud de pueblos estrecharán sus lazos sociales, é irán alejándose de cada vez más lo extraordinario y lo fabuloso, logrando la Historia mayor grandeza en la concepcion, majestad y galanura en la forma, riqueza, colorido y verdad en el detalle.

Al terminar el siglo XV, el viaje y el descubrimiento entran ya en los caminos de la ciencia: no es un Justino, un Inocencio III, un San Luis, quien los impulsa y dirige; es un infante D. Enrique: no es un *Zeinmark*, un *Carpino*, un *Rubruquís*, quien los lleva á cabo; es un *Bartolomé Diaz*, un Colon, un Vasco de Gama. Porque en eso que llaman Renacimiento clásico hay una explosion de genios que hacen pobre y pequeño el mundo de Roma y de Atenas; porque ese mundo clásico que renace, crece y se desarrolla y se levanta al calor de hom-

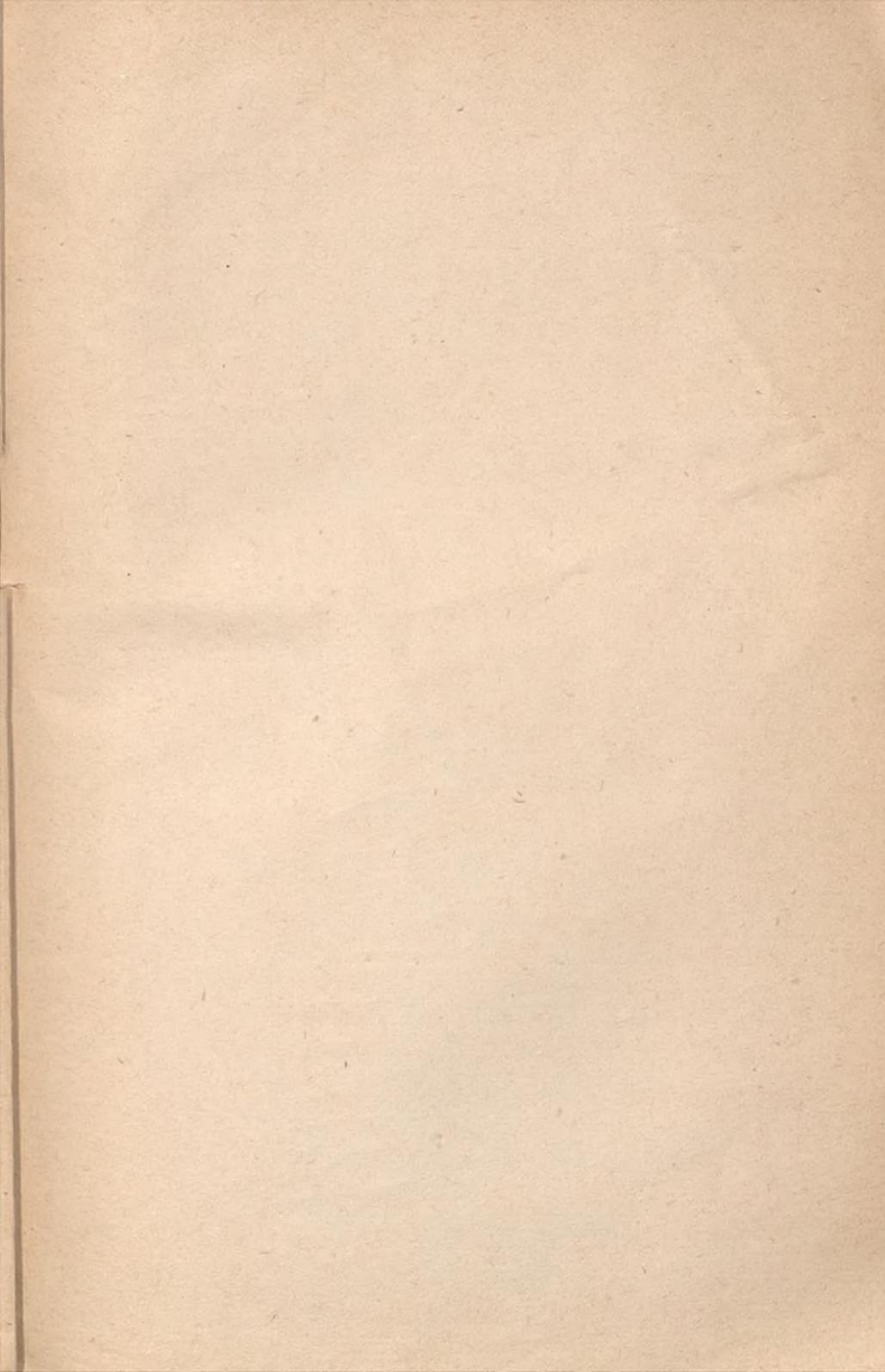
bres y de ideas que son nuevos y que crean un mundo nuevo también, el mundo de la Edad moderna. Los geógrafos del Renacimiento clásico desatierran para siempre las hipótesis y los sistemas de los clásicos; los viajeros van á hollar con su planta los últimos rincones del Planeta, y los marinos presienten el día en que sus barcos podrán girar en torno del Globo, porque ya no les cabe duda de que la Tierra es un globo.

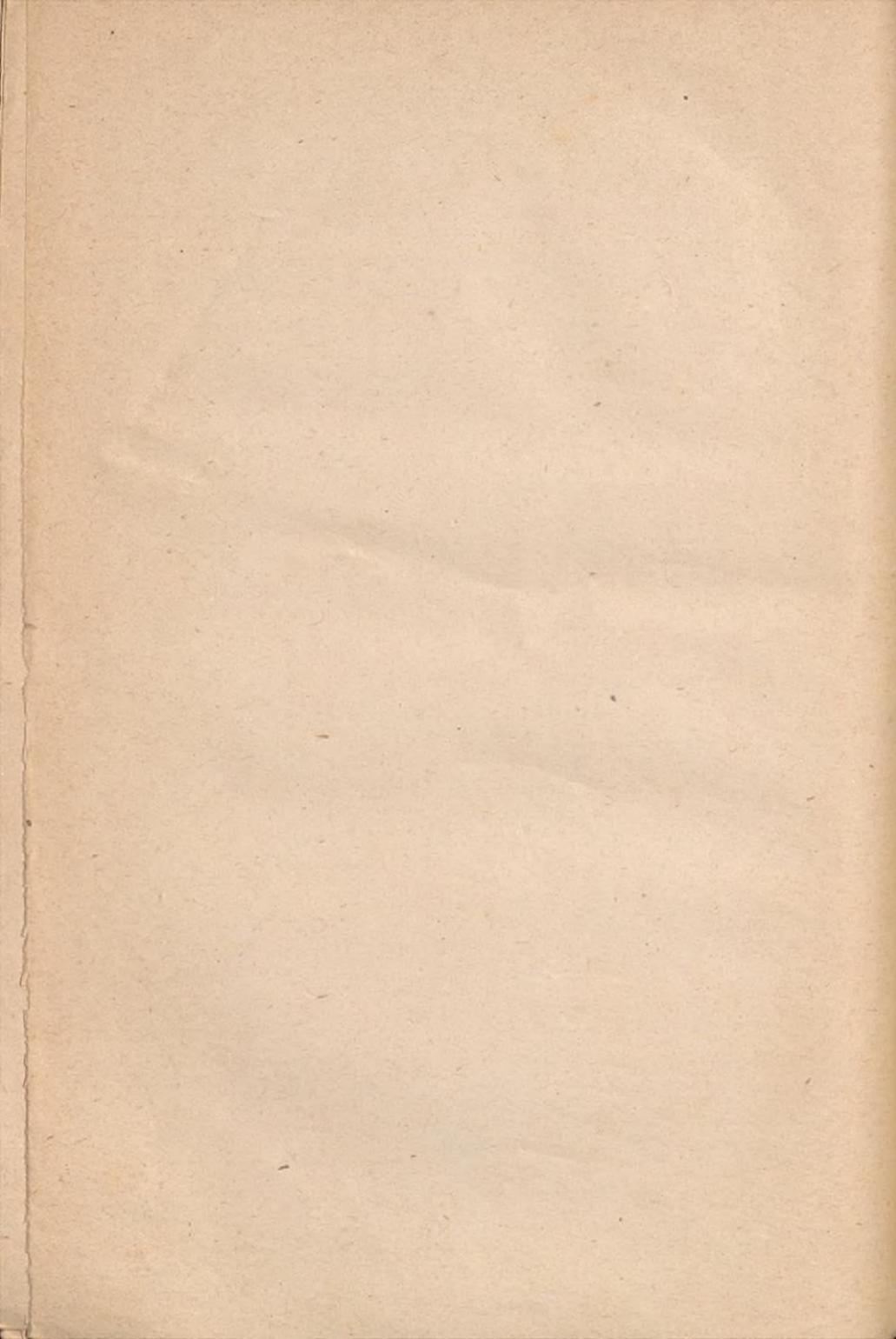
Pero las Repúblicas de Italia, las reinas del Mediterráneo, al sentir el frío de la muerte, se han convertido de señoras en esclavas, y los antiguos osados marinos de Venecia y de Génova, si realizan atrevidas expediciones, es al amparo de pabellon extranjero. Portugal recoge el cetro de los mares, diseña con la estela de sus barcos los perfiles de Africa, avanza hasta las costas de la India y, descubriendo la ruta del Cabo, facilita las comunicaciones con Oriente y, por lo tanto, el comercio y los viajes de exploracion en las regiones del Mediodía de Asia. Un italiano, un genovés, quiere adelantarse á Portugal, y como la línea recta es la más corta y el mundo redondo, en carabelas de España navega hácia el Oeste en busca de tierras orientales. Islas que no son de Asia, sino de otro mundo, de América, le detienen: el genio del progreso, á través de los mares, ha encontrado tierras vírgenes donde arrojar las semillas de la cultura humana.

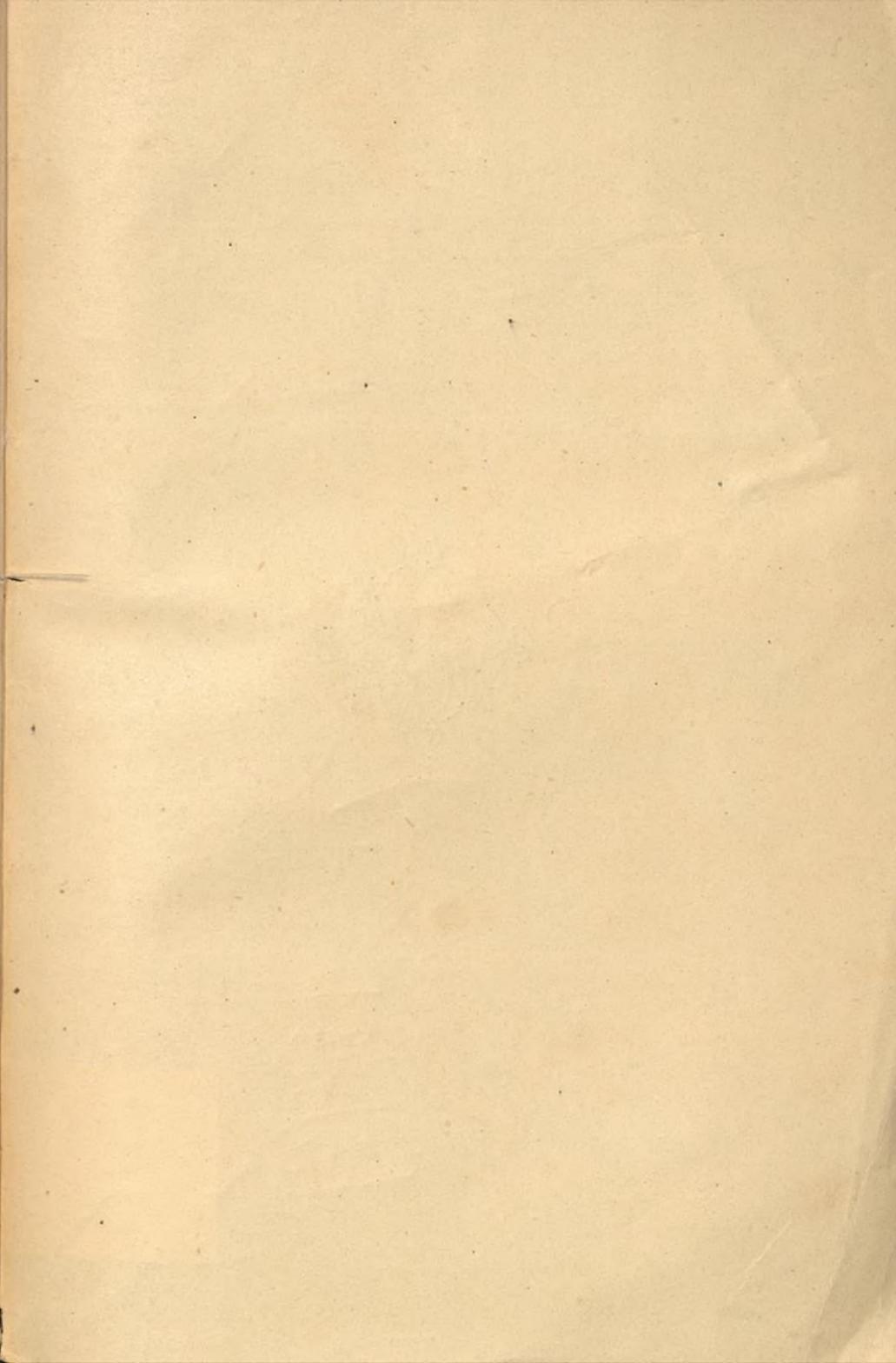
España y Portugal abren gloriosamente la Edad moderna en la historia de la Geografía; España y Portugal darán vida á hombres de accion, á genios emprendedores que de año en año descubren, con-

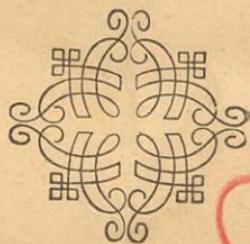
quistan y colonizan más y más tierras, ya en América, ya en los mares de la India y de la China; españoles y portugueses, holandeses é ingleses recorrerán en todas direcciones el Océano, y el mundo irá ensanchando, la humanidad creciendo, con islas y continentes, razas y pueblos, porque Colon y Vasco de Gama dejarán tras sí largo séquito de viajeros ilustres, Cabral, Nuñez Balboa, Magallanes, Elcano, Almagro, Mendaña, Drack, Davis, Tasman, Uries, Bugainville, Coock y tantos otros que, perseverando en una misma idea, han logrado completar el mundo en que vivimos y han hecho posible que la Geografía en nuestros tiempos estudie palmo á palmo la Tierra, deteniéndose sólo ante los Polos, porque un círculo de hielo los envuelve, y ante algunos países centrales de Africa y Oceanía, tal vez porque no hay un mar que los circunde.

FIN.









Prof (Long)

1847

828

fr

1

